

*DR*  
**JEKYLL**

**Y**

*MR*  
**SEEK**

«Una brillante  
y entretenida secuela  
que encantará a los  
fans de Stevenson»  
Kevin MacNeil



**ANTHONY O'NEILL**

# **DR. JEKYLL Y MR. SEEK**

**ANTHONY O'NEILL**

Traducción de Ana Herrera



**Rocaeditorial**

© 2017, Anthony O'Neill

Primera publicación en lengua original en 2017 por Black & White Publishing Ltd. Publicado en acuerdo con VicLit Agency.

Primera edición: enero de 2019

© de la traducción: 2019, Ana Herrera

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

**[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)**

**[www.rocalibros.com](http://www.rocalibros.com)**

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417541705

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos

## **DR. JEKYLL Y MR. SEEK**

**Anthony O'Neill**

*UNA SECUELA BRILLANTE Y DELICIOSA DE UNA DE LAS OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA. EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE CONTINÚA.*

Siete años después de la muerte de Edward Hyde, un elegante caballero aparece por las calles de Londres diciendo ser el doctor Henry Jekyll. Tan solo el señor Utterson, abogado y confidente del doctor Jekyll, sabe que es un impostor, porque Jekyll era Hyde. Pero mientras este misterioso hombre se va relacionando con la alta sociedad londinense y va reclamando sus bienes, los cuerpos de sus posibles enemigos van desapareciendo. Utterson comienza a temer por su vida y a cuestionarse su propia cordura.

¿Puede ser que este hombre que parece y actúa como el doctor Henry Jekyll sea en realidad un impostor?

### **ACERCA DEL AUTOR**

**Anthony O'Neill** nació en Melbourne y vive en Edimburgo. Es autor de éxito internacional en el terreno de la ficción histórica y detectivesca. *Dr. Jekyll y Mr. Seek* es su última novela.

### **ACERCA DE LA OBRA**

*«O'Neill mezcla a la perfección la narrativa con el suspense. Una gran secuela que bien podría merecer una adaptación a la gran pantalla.»*

*THE OBSERVER*

*«Una secuela muy entretenida e inteligente que hará las delicias de los*

*fans de Stevenson.»*

*THE SUNDAY TIMES*

Este libro está dedicado a la memoria de Eileen Elizabeth O'Neill, que recorrió las calles de Melbourne buscando al doctor Jekyll y al señor Hyde.

*«Si él juega a ser el señor Hyde, yo jugaré a ser el señor Seek.»*  
Gabriel Utterson, en *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, de  
ROBERT LOUIS STEVENSON

# UNA VENTANA EMPAÑADA

Una niebla de un amarillo sulfúreo, tan espesa que ahogaba el repique de las campanas dominicales, se había adherido por la noche a Londres y se negaba a verse desalojada por la brisa, aunque fuera cruda. Sofocaba cúpulas y agujas, emborronaba chimeneas y gabletes, desdibujaba paredes y ventanas y, en conjunto, convertía la ciudad en un inmenso museo espectral, a través del cual hasta los viajeros más audaces pasaban con precauciones, sin estar muy seguros de las extrañas imágenes que podían acecharles en la sala siguiente.

El señor Gabriel Utterson, abogado calvo y con cara de pájaro, y su pariente lejano, el señor Richard Enfield, el hombre más guapo de la ciudad, estaban más que familiarizados con la niebla de Londres, ya que llevaban casi dieciocho años haciendo su paseo dominical juntos. Sin embargo, no deja de ser cierto que de no haber sido por la densidad de esa niebla en particular, ese día en concreto, no se habrían encontrado en una calle lateral de especial mala fama.

—Bien —dijo Enfield, tras un momento de duda—. No hace falta que te diga adónde nos ha guiado la mano del destino.

—Conozco bastante bien esta calle —replicó Utterson.

—Un determinado edificio... sí, ahora lo veo. Un lugar tan desagradable como el hombre que salió de él.

—Ya hace tiempo que no sale de ahí. Ni de ningún otro edificio, apostaría algo.

—Y sin embargo aún veo su cara —murmuró Enfield—, como si hubiera sido ayer.

Ambos hombres miraban al otro lado de la calle, donde, no lejos de la



esquina, se encontraba un edificio sin ventanas, con un gablete hosco y una puerta oscura y llena de ampollas. Ambos hombres recordaron de inmediato al espantoso hombrecillo llamado Hyde que salió por aquella puerta hace tiempo y se escabulló hacia la noche, y perpetró unos crímenes tan malvados que todavía tenían la capacidad de helar la sangre, aunque fuera contemplándolos a través de la ventana empañada de la memoria.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Enfield.

—Casi siete años —respondió su compañero.

—¿Siete años? ¿Desde que pisoteó a esa pobre chica y asesinó a sir Danvers Carew?

—Y se quitó la vida, en esa misma sala de disección.

—Siete años... —dijo Enfield, mirando fijamente el edificio—. Entonces... ¿hace también siete años que desapareció Jekyll?

—Casi.

—¿Y eso quiere decir que tú, al ser abogado de Jekyll y único beneficiario suyo, en breve tomarás posesión de su herencia?

—Dentro de dos semanas, efectivamente.

—¿Incluyendo todas sus propiedades?

—Tal y como indicó el propio Jekyll.

Enfield asintió lentamente, mirando todavía al otro lado de la calle.

—Entonces, si puedo preguntártelo, ¿cómo vas a gestionar todo esto?

—¿La sala de disección? —preguntó Utterson—. Me propongo venderlo todo lo antes posible, porque para mí no tiene valor alguno... y poco para los demás, supongo.

El hombre más joven asintió.

—No se puede decir nada bueno de esa sala —dijo—. Así que esperemos que pronto lo derriben todo y se olvide.

—Eso es —afirmó Utterson.

Pero ambos hombres sabían que aquella era solo la mitad de la historia, porque la sala de disección estaba conectada, por la parte trasera, a otro edificio mucho más presentable, en una calle también más presentable. Y a continuación los dos hombres fueron a inspeccionar la parte delantera de esa otra residencia, y como por acuerdo tácito, doblaron la esquina y cruzaron la plaza.

—Disfrutamos de algunas cenas espléndidas con Jekyll ahí —dijo Enfield, mirando hacia atrás.

—Pues sí, efectivamente.

—Henry era un anfitrión excepcional.

—Sí que lo era.

—Y tenía un gusto exquisito en la mayor parte de las cosas.

—Eso tampoco se puede negar.

Enfield asintió.

—¿Te propones vender su casa también?

—No, eso no podría soportarlo —dijo Utterson—. De todas las casas de Londres, esta ha sido siempre mi favorita. Me resultaría odioso renunciar a ella ahora.

—Dudo de que Henry quisiera que lo hicieras —dijo Enfield.

—Yo también lo dudo.

Los dos hombres miraron la bonita fachada, con sus ventanas relucientes, sus pulidos ladrillos y su puerta con cristales, durante casi un minuto entero.

—¿Y qué planes tienes para esta casa, entonces?

—Bueno... —dijo Utterson, agitándose un poco—, me gustaría darle algún uso, ya sabes...

—¿Sí?

—Sería una lástima que estuviera vacía.

—Supongo que sí.

La curiosidad de Enfield parecía bastante inocente, pero Utterson sospechaba que estaba dando rodeos en torno a algo, una revelación inquietante, quizá. De modo que los dos hombres se quedaron quietos y algo tensos un rato, y finalmente el más joven suspiró.

—Es que tengo que contarte algo, querido amigo. Y no me hace ni pizca de gracia, me temo.

—¿Ah, sí?

—Es algo que he oído comentar en mi club. Una conversación sobre el destino de Jekyll y el papel que representaste tú en todo el asunto.

—¿Mi papel, dices?

—Fue hace unos meses, y hasta hoy la verdad es que he creído que no valía la pena mencionarlo. Pero me voy mañana de la ciudad, y como te vas a

hacer cargo de la propiedad, quizá sería mejor que supieras cuáles son los cotilleos que corren por ahí.

—¿Cotilleos? —dijo Utterson, frunciendo el ceño—. ¿Qué cotilleos son esos?

—No... —Enfield pareció cambiar de opinión—. Prefiero no repetirlos. Seguro que son paparruchas. Pero debes prepararte, querido amigo, por si alguna de esas calumnias llega a tus oídos.

Utterson no dijo nada, pero algunas de las calumnias, en el sentido de que él había desempeñado algún siniestro papel en la desaparición de Jekyll, e incluso que había reescrito el testamento del doctor en su propio favor, habían llegado ya a sus oídos. Y aunque no disfrutaba nada oyendo tales infundios, no podía evitar sentir mucha curiosidad por ellos.

—Dime, al menos, qué ha sido lo que ha originado tales comentarios.

—Llegó un miembro nuevo a mi club —dijo Enfield—, que resultó tener una curiosidad especial por Jekyll. No recuerdo su nombre, y desde entonces no he vuelto a verlo.

—¿Y no dio motivo alguno para hacer tales preguntas?

—Bueno, sí, tenía buenos motivos, después de la sórdida muerte del otro Jekyll, Thomas Jekyll, el hermano de Henry.

—Medio hermano solamente —dijo Utterson—. Henry lo mencionó una sola vez, sin afecto alguno.

—Aun así, los detalles de su muerte aparecieron en *The Times*, junto con una referencia a la desaparición previa de Henry... seguramente lo recordarás.

—Lo recuerdo. ¿Y eso hizo que el desconocido preguntase por mí?

—Sobre todo por Henry, pero salió tu nombre en ocasiones. Tonterías, me pareció a mí. Muchas tonterías.

Enfield no continuó hablando, y Utterson decidió que en realidad no le apetecía husmear más... al menos no ese día. Sonaban melodías de feria en un organillo que estaba por alguna parte; un perro ladraba furiosamente; alguien soltaba unas carcajadas exageradas. Los dos hombres, inquietos, estaban a punto de seguir andando cuando Enfield se inclinó hacia delante.

—Yo diría —dijo, entrecerrando los ojos en la niebla— que ese humo sale de la chimenea de Jekyll...

Utterson, ajustándose las gafas, vio una mancha de humo oscuro que remolineaba entre la niebla.

—Eso parece —dijo, encogiéndose de hombros—. El ama de llaves, sin duda. He contratado a una para que mantenga la casa, en ausencia de cualquier otro personal.

—Entonces ¿vive en la casa?

—No, pero tiene llave, y trabaja cuando le parece.

—¿En domingo?

—Pues podría ser, porque tiene obligaciones en otros lugares.

En realidad Utterson había quedado muy inquieto al ver aquello, pero la acumulación de amargos recuerdos y sensaciones, tan poco adecuados para el talante de su paseo semanal, le habían dejado poco dispuesto a aceptar más cosas desagradables. De modo que cambió de tema.

—Y de todos modos —dijo—, esto no nos lleva más cerca de nuestro destino.

—Supongo que no —dijo Enfield, aunque en realidad los dos hombres, en todos los años que llevaban paseando juntos, jamás habían tenido un destino concreto.

El caso es que cuando se separaron, después de disfrutar de un pastel de alondra y café en Pagani's, fue con gran calidez y no poca tristeza. Enfield le dio a su pariente la llave de su apartamento, para que pudiera inspeccionar el lugar en su ausencia, y luego los dos hombres se estrecharon las manos vigorosamente y sus caminos se separaron. Utterson se dirigió solemnemente hacia el sur de Londres y Enfield se fue a buen paso hacia Piccadilly, y ninguno de los dos sospechaba en aquel momento que uno de ellos pronto estaría muerto.

## UN SER DIVIDIDO

Al día siguiente Utterson estaba en su despacho, examinando algunos documentos financieros, cuando su administrador jefe, el señor Guest, apareció en la puerta.

—Hay una mujer bastante frívola en el vestíbulo de entrada. Con ropa de criada. Insiste en que es empleada suya, señor.

—¿Le ha dado su nombre?

—Se hace llamar señorita Finnegan. —Guest bufó—. Irlandesa, creo.

—Por favor, señor Guest, hágala pasar.

En circunstancias normales, Utterson habría agradecido la distracción. Tras veinticinco años de compraventas, administración de fincas, testamentos y albaceazgos, suspiraba con cada movimiento de su pluma. La vista se le estaba debilitando, cada vez toleraba menos la trivialidad y había veces que no podía evitar que su atención divagase inútilmente. De modo que cualquier visita inesperada, cualquier oportunidad para conversar, la mayor parte de los días habría sido un divertimento muy bienvenido. Pero el recuerdo del humo en la chimenea de Jekyll había dado alas a su imaginación toda la noche, y ahora mismo odiaba tener que pensar en cualquier complicación más.

—No quiero molestarle, señor —dijo la criada, al entrar por la puerta, remisa—, pero supongo que es mejor que venga en persona.

—Por favor, señorita Finnegan, siéntese.

—Ah, no, señor, no hace falta, no se preocupe, no tengo mucho que decir, es que acaba de pasar una cosa en la casa Jekyll, ahora mismo.

—¿En la casa Jekyll...? —frunció el ceño Utterson—. ¿Y qué ha ocurrido?

—Pues que he ido esta mañana, señor, y he intentado abrir la puerta

delantera con la llave que usted me dio, pero cuando he probado... he probado... —tosió con una tos persistente—, un caballero me ha abierto la puerta... bueno, no era un caballero, no podría llamarle así, era más bien un bruto, un bruto con mala cara, con cara de malas pulgas, y me ha dicho que me fuera porque no tenía nada que hacer allí.

—¿Y quién era ese hombre para darle órdenes a usted de semejante manera?

—Pues no me ha dado su nombre, señor, pero creo que era un mayordomo.

—¿Un mayordomo? ¿Dice usted que el hombre era un mayordomo?

—Creo que sí, señor, por la manera en que iba vestido.

El pulso de Utterson se aceleró.

—¿Y le ha dado a usted el nombre de su amo?

—No, señor... solo me ha dicho que me largara de allí y me ha gruñido como un perro.

—Y dígame, señorita Finnegan, ¿estuvo usted ayer en casa de Jekyll?

—Pues no, señor, estaba donde el señor Cremorne.

—¿De modo que no encendió fuego?

—No, señor, el domingo no.

—¿Y cree usted que la casa podría estar ocupada desde hace días?

—Pues eso creo, señor... ¿Por qué? ¿Qué va a hacer?

Como abogado, Utterson siempre estaba dispuesto a buscar reparación a través de mandatos y diligencias, haciendo uso del poder de la pluma y la oratoria. Era un hombre de la formalidad más rígida, no dado a las acciones impulsivas. Pero, en aquel momento, al presentársele aquella infracción personal, una amenaza a sus esperanzas y sueños más queridos, se puso de pie, muy indignado.

—Yo solucionaré este asunto —dijo—, eso es lo que haré. —Buscó su sombrero y su bastón—. Y no hay ni un minuto que perder, por lo que parece.

Fuera, las refulgentes vetas del atardecer invernal teñían el aire con un color sangriento. Los faroleros, con sus chaquetas de fustán, empezaban su ronda en aquel momento. Las calles estaban animadas por gritos y chillidos, chirriar de ruedas y resoplidos de caballos. Pero Utterson, que se abalanzó

hacia un coche de alquiler, no vio ni oyó nada. Ni siquiera notó el pinchazo del viento subártico. Su propio pulso latente le calentaba, y en su cabeza daban vueltas todo tipo de especulaciones.

El gran secreto de Utterson, tan privado que no lo había admitido ante nadie del todo, ni siquiera ante Enfield, era que quería trasladarse a la casa de Jekyll para vivir allí en cuanto consiguiera su posesión legal, y así dejar su vieja casa en Gaunt Street, donde había residido casi veinte años, y cedérsela a una viuda que se llamaba Nora Spratling.

Ella se llamaba Bryant, cuando pisoteaba los corazones de los jóvenes. Utterson, que entonces era un estudiante de leyes despreocupado, fue uno de aquellos a los que despreció; su amigo íntimo Hastie Lanyon era otro, y Henry Jekyll, que durante mucho tiempo parecía el amor principal de Nora, de alguna manera escapó a su devastación. Al final, se decidió por un hombre de negocios mucho mayor que ella, un especulador que se llamaba Albert Spratling cuyo principal atractivo, según creían sus rivales, era una fortuna de misterioso origen.

Pero la verdad es que aquella unión fue muy feliz, y duró mucho más de lo que parecía en un principio. La pareja se estableció en la propiedad de Spratling en Cornualles, donde se hicieron famosos por sus cacerías, banquetes y bailes de disfraces (a algunos de los cuales se decía que asistían figuras de gran renombre, como el duque de Marlborough). Pero al final el pasado acabó pidiéndole cuentas al viejo especulador, que murió de una paliza durante una pelea en la cárcel de los deudores, dejando a Nora a merced de la escasa compasión de un batallón de acreedores.

Desesperada, acudió a pedir consejo legal a Gabriel Utterson, el hombre que más la adoró en sus tiempos, y se trasladó de nuevo a Londres, tanto para pagar sus titánicas deudas como para estar más cerca de los médicos que trataban a su hijo, que estaba alelado. Ahora vivía en una casita adosada infestada de cucarachas, en las callejuelas traseras de Shepherd's Bush y... al menos a ojos de Utterson, más encantadora que nunca. Así que él acabó por encontrar la idea irresistible: Nora Bryant instalada en su antigua casa, como un papagayo en una jaula, mientras él ocupaba el hogar del antiguo amor de ella, el doctor Henry Jekyll. Las posibilidades eran tan sugerentes que daban vértigo.

Y así llegó a la plaza que le resultaba tan familiar, donde un fuerte viento

soplaba entre los árboles. Apretando la mandíbula, subió los escalones de la casa de Jekyll, cogió el llamador, de considerable tamaño, y lo golpeó con un ritmo militar. Al no obtener respuesta inmediata, dio unos golpes en la madera con su bastón de cabeza de león.

Finalmente oyó cómo se corrían unos cerrojos y se retorció un picaporte y la puerta, tan gruesa como las de la caja fuerte de un banco, se abrió, y apareció un hombre como un toro con un sobretodo negro. El hombre examinó a Utterson con la nariz arrugada, pero no dijo nada.

—¿Quién es usted? —exigió el abogado.

El hombre no respondió.

—Le he preguntado su nombre, señor... sea tan amable de decírmelo.

—Me llamo Baxter —dijo el hombre, con fuerte acento.

—¿Y qué está usted haciendo aquí?

—Soy el mayordomo.

Utterson estuvo tentado de apartarlo y entrar, pero el hombre tenía el tamaño del mismísimo Minotauro.

—¿El mayordomo de quién? Debe saber que esta no es su casa, y que no tiene usted...

Pero el mayordomo, para el asombro de Utterson, se limitó a cerrar la puerta.

Utterson se quedó en el umbral medio minuto, horrorizado por la insolencia. Luego recordó que tenía llave, por supuesto, y que además tenía todo el derecho a usarla. De modo que la sacó y la metió en la cerradura. Pero, por mucho que lo intentó, no consiguió abrir la puerta. Habían cambiado la cerradura.

Utterson retrocedió hacia la acera y miró hacia arriba. La sombra de un hombre movió las cortinas, y la luz disminuyó.

Alguien había tomado posesión de la casa de Jekyll. Alguien había cambiado las cerraduras. Era un ultraje, un delito descarado. Y Utterson no podía dejarlo correr sin más. Subió los escalones y volvió a dar nuevos golpes. Intentó llamar la atención. Las ventanas del otro lado de la plaza se abrieron, también los postigos. Finalmente apareció un resplandor en el montante, y se volvió a abrir la puerta.

—Esto no va a quedar así —declaró Utterson—. ¡Esto no va a quedar así!



—Le ruego que se vaya, señor —gruñó el mayordomo de nariz torcida—, o me verá obligado a llamar a la policía.

—¿Usted me amenaza a mí con la policía?

—El señor no se encuentra bien... necesita descansar.

—¡El señor! ¿Dice usted el señor? ¿Quién es su amo, por el amor de Dios?

El mayordomo bufó, como si la pregunta fuera demasiado necia como para merecer una respuesta.

—Mi amo, por el amor de Dios, es el doctor Henry Jekyll.

Y dicho esto, cerró la puerta con tanta fuerza que todo el aire escapó de los pulmones de Utterson.

## EL CUSTODIO DE LOS SECRETOS

El primer impulso de Utterson fue ir directamente a la comisaría de policía más cercana. Pero lo pensó mejor nada más doblar la esquina: el agente de policía local seguramente habría cambiado en los últimos siete años, y difícilmente se podría esperar que el nuevo oficial de policía estuviese familiarizado con las complejidades del caso Jekyll.

De modo que paró un coche de caballos y se dirigió a Scotland Yard, donde Francis Newcomen, el policía asignado originalmente al caso, tenía ahora el cargo de detective inspector. No obstante, Utterson no estaba en absoluto seguro de tener éxito, debido a una decisión fundamental que tomó una inolvidable noche de marzo de 18...

Fue aquella noche cuando el señor Poole, el devoto mayordomo del doctor Jekyll, llegó sin aliento a la puerta de Utterson, en Gaunt Street, asegurando que el señor Hyde había tomado el control de la sala de disección y estaba ladrando órdenes desde detrás de la puerta del laboratorio. Y eso para Utterson fue muy inquietante, porque Jekyll había jurado que nunca más tendría tratos con el señor Hyde, a quien se buscaba por asesinato, entre otras innumerables atrocidades.

De modo que Utterson corrió con Poole a casa de Jekyll, rompieron la puerta con un hacha, y dentro encontraron a Hyde retorciéndose en el suelo, tras haber consumido una ampolla de veneno. Pero del doctor mismo no había rastro alguno, aparte de un par de documentos recién escritos: un testamento revisado en el que aparecía Utterson como único beneficiario, y una larga confesión que el abogado se guardó inmediatamente en el bolsillo.

—Yo no diría nada de estos papeles —le dijo a Poole—. Si su amo ha huido o está muerto, al menos salvaremos su reputación. —Miró el reloj—. Ahora son las diez; debo ir a casa y leer estos documentos con tranquilidad,

pero volveré antes de medianoche, y entonces mandaremos a buscar a la policía.

De vuelta en casa, en Gaunt Street, Utterson corrió las cortinas, encendió fuego, ocupó su lugar de costumbre ante la chimenea y leyó, por primera vez, la declaración completa de Henry Jekyll sobre el caso, además de una carta del difunto Hastie Lanyon, que, según sus instrucciones, solo se debía abrir en caso de desaparición de Jekyll.

Una hora más tarde se levantó, volvió a tocarse con el sombrero, se puso los guantes, cogió su bastón y se dirigió de nuevo a casa de Jekyll. Pero no cogió un coche de alquiler, ni siquiera anduvo con especial urgencia. Con un viento vigorizante que le clavaba alfileres en el rostro, y el frío de las aceras que le cosquilleaba los pies a través de la suela de sus zapatos, fue andando sin rumbo, con la frente arrugada, los ojos distantes y la cabeza dándole vueltas como un derviche.

Si lo que acababa de leer era cierto, y no tenía motivo alguno para no creerlo, entonces Henry Jekyll, uno de sus mejores y más antiguos amigos, estaba ahora muerto en el suelo de su propio laboratorio. Jekyll no era en realidad el compañero del señor Hyde... «era» el señor Hyde. Había creado una pócima que transformaba su aspecto y eliminaba sus inhibiciones, convirtiéndolo en un monstruo enloquecido. Y eso significaba que el misterio que había confundido a Utterson durante dieciséis meses (¿quién era ese hombrecillo demoníaco que se llamaba Hyde, y cuál era el extraño poder que poseía sobre Jekyll?), finalmente tenía respuesta. Pero era una respuesta tan asombrosa que Hastie Lanyon, a quien Jekyll se había visto obligado a revelar su secreto inesperadamente, quedó afectado por su carga y murió al cabo de unos días de escribir sus notas sobre el caso.

Sin embargo, Utterson se enorgullecía de ser más duro de pelar. A lo largo de su vida había sobrevivido al corazón roto, a tragedias familiares, al odio juvenil hacia sí mismo; por su profesión, se había familiarizado con todo tipo de estafadores, falsificadores y malhechores, y a pesar de todo era conocido por su paciencia y su imperturbabilidad. No en vano se había convertido en custodio de los secretos de los demás hombres, y no sin motivo Lanyon y Jekyll le habían identificado como sacerdote de su extremaunción.

Así que mientras caminaba por la ciudad, aquella terrible noche, con la cara torva y el estómago hecho un nudo, decidió adoptar una discreción

absoluta, una prudencia de la que pocos hombres serían capaces. No le contaría a nadie la verdad, ni a un alma, ni siquiera a Enfield. ¿Qué bien podría hacer, ahora? ¿A qué propósito podía servir? El villano Hyde estaba muerto y había sido castigado, y su creador junto con él. Pero mientras Hyde no sería recordado por nada, salvo su infamia, Jekyll al menos mantendría su reputación *post mortem*.

Cuando Poole le dejó entrar de nuevo en el vestíbulo de la casa de Jekyll, donde el fuego se reflejaba en los paneles, Utterson ya estaba reconfortado por su propia caballerosidad.

—¿Puedo preguntarle por las cartas? —dijo Poole.

—Nada. —Chasqueó la lengua Utterson—. Solo indicaciones sobre sus propiedades y el desembolso de fondos.

—¿Nada sobre el señor Hyde?

—Ni una palabra.

—¿Y ninguna indicación... ninguna indicación de que mi amo pueda volver?

Utterson se sintió conmovido por la preocupación del mayordomo.

—Me temo que tengo que decirle, Poole, que tal y como está redactada la carta, me hace sospechar que no volveremos a ver a Henry Jekyll... nunca más.

Y luego, tras dar a Poole unos momentos para asimilar lo dicho, añadió discretamente:

—Aunque todavía pienso que será mejor no decir nada del documento, ¿no cree? A nadie —apuntó así a algo inmencionable, pero sin traicionar ninguna indicación de su verdadera naturaleza.

—Sí —dijo Poole, tragándose su consternación—. Es mejor dejar que tales cosas descansen en paz.

—Muy bien expresado, Poole, muy bien expresado. Es hora de que todos, todas las víctimas de este triste asunto, descansen en paz.

Y así había sido durante siete años.

Ahora Utterson, después de corregir el rumbo un par de veces, llegó a Scotland Yard y encontró el edificio casi irreconocible, bajo unos andamios y lonas colgadas por unos constructores. Se dirigió al mostrador principal y le

dirigieron por un laberinto de estancias hasta la división del detective, donde, en la sala de espera, una solitaria lámpara siseaba en su soporte. El detective inspector Newcomen, parecía tan remozado como el edificio, porque en siete años había adquirido un impresionante bigote, patillas de hacha y unas bolsas moradas bajo los ojos, saludó indiferente y lo condujo hasta la sala.

—Tiene suerte de encontrarme aquí, señor Utterson... tengo que ir a comer con mi prole.

—Ah —dijo Utterson—. ¿Ahora tiene familia?

—Mujer y tres pequeños.

—Entonces no le entretendré demasiado —dijo Utterson—. Es que ha surgido un asunto bastante grave, y creo que usted es el hombre más indicado para enfrentarse a él.

Se instaló en una silla y le contó al inspector lo de la chimenea que echaba humo, el seco despido de la señorita Finnegan y su propia visita a casa de Jekyll, de cuya puerta había sido expulsado por un beligerante mayordomo.

—Y no solo eso —siguió—, sino que el hombre aseguraba que su amo era el doctor Henry Jekyll.

—Henry Jekyll, ¿eh? —Newcomen se retorció la punta del bigote—. ¿El mismo Jekyll que lleva desaparecido todos estos años?

—Casi siete.

—¿El que era patrocinador del señor Hyde?

—Eso es.

—¿El que le legó sus propiedades y todas sus inversiones... a usted?

—Sí, ese mismo.

—Y ahora parece que ha vuelto, ¿no?

Utterson retrocedió un poco.

—Bueno, sea quien sea ese hombre, es un impostor, desde luego... un estafador de algún tipo. No hace falta decirlo.

—¿Y le ha visto usted?

—No, se me impidió pasar de la puerta principal, como he dicho.

—¿Así que no vio usted al doctor Jekyll?

—Al hombre que asegura ser Jekyll... pues no.

Newcomen pensó en todo esto un rato y al final se soltó el bigote.

—Entonces ¿cómo sabe usted, señor Utterson, que no era el doctor Jekyll?

—Mi querido señor —dijo Utterson, antes de encontrarse atrapado—. No puede ser Jekyll... sencillamente no puede ser. Es imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—¿Por qué? —Utterson no había esperado tal escepticismo por parte de un detective tan familiarizado con el caso original. Adelantando el cuerpo en la silla, dijo:

—Inspector, tendrá que creerme. Han pasado siete años. Y yo conozco a Henry Jekyll... o al menos le conocía. Y sé que no puede ser Jekyll, por muchos y muy buenos motivos. Sencillamente, no puede ser. El auténtico Jekyll ha desaparecido. El auténtico Jekyll... se ha ido.

Pero su voz se puso tensa al decir aquellas palabras, porque claro, no podía explicar cómo sabía todo eso con tanta certeza. Y notó, a la luz de los rumores detestables que corrían, que no podía permitirse parecer «demasiado» nervioso por la idea del regreso de Jekyll.

—Bueno, iré a verlo mañana —decidió Newcomen—. Haré una pequeña visita a la residencia Jekyll y tendré unas palabritas con el buen doctor.

—Con el doctor no —insistió Utterson—. Es un impostor.

—Puede ser —bufó Newcomen—. Puede ser.

Utterson contuvo el impulso de protestar más aún.

—Muy bien —dijo, poniéndose de pie con la ayuda de su bastón—. ¿Entonces sabré algo de usted mañana, durante el día?

—Es muy probable.

Pero Newcomen miraba distraído algunos documentos mientras decía aquello, sin dar indicaciones, le pareció a Utterson, que contemplaba aquel asunto como apenas algo más que una nimiedad.

## UN RELOJ QUE FALLA

Hombre de una precisión de mecanismo de relojería, Utterson invariablemente se acostaba en su colchón con las campanadas de las doce, y al cabo de unos minutos ya estaba dormido. Pero aquella noche en particular se quedó allí echado como una momia, tapado con las mantas, durante muchas horas, hasta que amaneció, echando nubecillas de vapor en el aire y alimentándose vorazmente de su propia indignación.

La víctima de una estafa descarada, como sabía por su experiencia legal, es alguien que se siente especialmente violado. La arrogancia de la estafa, la astucia implacable necesaria para producirla, y por encima de todo el aspecto «personal» de la hazaña, todo eso por sí solo bastaba para que la víctima se pusiera febril de rabia.

Y en el caso de Utterson, todo ello se veía agravado por el conocimiento de que estaba condenado a la impotencia por el pacto no escrito que había hecho con el legado de Jekyll. ¿Quién iba a creerle de todos modos, si decía la verdad? ¿Un distinguido doctor ingiere una pócima espumante y se transforma en un troglodita asesino hasta que pierde el control de todo el proceso y se metamorfosea sin ton ni son? Paparruchas acientíficas, material de sueños febriles y de novelas sensacionalistas. No, Utterson jamás podría verse asociado a tales ideas. Tendría que confiar en que el impostor fuese expulsado rápidamente por otros medios cualesquiera, cosa que sería seguramente cuestión de tiempo.

Cuando sonaron las campanadas de las cuatro y los deshollinadores empezaron a corretear por los tejados, Utterson decidió ahogar sus nervios con un buen vino. En camisa de dormir, bajó las escaleras y a la luz de una vela abrió la bodega, y sacó de su estante su mejor burdeos.

Mientras salía de la bóveda, sin embargo, pisó una rata y se le escapó la

botella, que se estrelló ruidosamente contra las piedras.

—¡Maldita sea! —susurró, y la llama de la vela parpadeó.

Pasando con cuidado entre los añicos de cristal, porque todavía llevaba los calcetines de dormir, eligió otra, una cosecha muy inferior, y estaba ya cerrando la puerta cuando vio que Poole venía con una lámpara en la mano.

—¿Hay algún problema, señor?

—Nada, Poole... se me ha caído una botella.

—¿Quiere que lo limpie?

—No, mañana por la mañana, claro.

—Entonces tendrá que dejarme la llave de la bodega.

—Sí, ya lo haré, Poole.

—¿Y no quiere que ponga un poco de veneno para las ratas, ya que entro?

—Sí, claro.

—Entonces necesitaré algo de dinero de los gastos diversos, señor.

—Mañana por la mañana, Poole... le dejaré un poco de dinero por la mañana.

—Muy bien —dijo el mayordomo—. Felices sueños, señor.

—Lo mismo digo, señor Poole... felices sueños.

Pero Utterson no dejó de notar la desaprobación que se leía en aquellas palabras, el mismo aire de sufrimiento que llevaba mostrando Poole desde que entró en Gaunt Street. Estaba claro que el viejo mayordomo, aunque era tan prudente que jamás manifestaría abiertamente su disgusto, echaba de menos los días en los que presidía el hogar del doctor Jekyll, se ocupaba de las lujosas cenas del doctor y actuaba como conservador de su considerable bodega, que a diferencia de la de Utterson, nunca estaba cerrada. En casa de Utterson se había visto obligado a ejercer los papeles de mayordomo, lacayo, cocinera y doncella, y además tenía que ocuparse de unas habitaciones pequeñas y asfixiantes, que eran la antítesis de las que había recorrido en casa de Jekyll. (Hasta los esfuerzos de Utterson por hacer más agradable aquel lugar, porque en preparación de la llegada de Nora había introducido un papel pintado de brocado, pantallas onduladas y una chimenea tan inmensa que parecía el proscenio del Adelfi, parecía que no hacían otra cosa que acentuar su fealdad).

En cualquier caso, y a pesar de los deseos poco convincentes de Poole, el



vino hizo poco por facilitar el sueño de Utterson, y se quedó mirando por la ventana la luz de gas de los cielos. Vio dos estrellas fugaces, y cuando soñó, solo lo hizo con puertas oscuras y llenas de ampollas, y a la mañana siguiente tenía los ojos tan fatigados que evitó con cuidado mirarse en el espejo. Se afeitó, desayunó y acudió al trabajo con el entusiasmo de un soldado que se dirige a un cañoneo.

Apenas había bajado de su coche cuando oyó una voz.

—¡Utterson, querido amigo! Noticias importantes, ¿eh?

Sir Palfrey Bramble, el intrépido explorador, iba avanzando despacio por Bedford Row en un coche de punto.

—¿Noticias? —exclamó Utterson.

—Sobre el regreso de Henry Jekyll —exclamó sir Palfrey, antes de añadir, con la franqueza de un hombre que ha pasado treinta años entre salvajes y bestias de la selva—: Pero no demasiado buenas para usted, ¿no?

Rápidamente se alejó de su vista, dejando confundido a Utterson. ¿Dónde se había enterado Bramble de las noticias? ¿Por qué no había considerado oportuno preguntárselo? ¿Por qué pensaba que eran noticias «importantes»? Utterson estaba tan distraído que pasó gran parte de la mañana corrigiendo sus propios errores, cometiendo faltas de ortografía, echando manchas de tinta en sus libros...

Y todavía sin noticias del inspector Newcomen. Ni tampoco sus excursiones habituales al mostrador de recepción, en busca de correo reciente, le produjeron ninguna satisfacción. Por la tarde pensó en hacer un viaje rápido a su casa, porque quizá Newcomen le hubiese enviado un telegrama allí, o incluso en ir directamente a Scotland Yard. Pero sabía que no podía parecer demasiado ansioso ni impertinente.

De modo que soportó como pudo el día en Bedford Row, y solo la tensión le impidió quedarse dormido, y cuando los relojes dieron las siete, bajó las escaleras y se fue a casa en un coche, con la mano apretada con tanta fuerza en torno a su bastón que casi lo rompió en dos.

En Gaunt Street, Poole le esperaba con el correo de la tarde.

—Una entrega especial, señor.

Utterson la cogió codiciosamente y se dirigió hacia el salón, donde abrió el sobre y leyó la carta bajo la lámpara más cercana.

Pero la nota, que estaba escrita con tinta violeta, no era del inspector

Newcomen, en absoluto. De hecho, para la irritación de Utterson, pretendía ser del mismo Jekyll.

Sus ojos corrieron furiosos por encima de las palabras.

*Mi querido Utterson:*

*Confío en que me perdonarás por la seca recepción que te prodigó la tarde pasada mi mayordomo, el señor Baxter, y la manera descortés en la que se te expulsó de mi puerta. Pero mi fe en tu bondad me hace confiar en que comprenderás que tengo que volver a acostumbrarme a muchas cosas, y la conducta de mis sirvientes, por no mencionar la sensibilidad de mis amigos, en este momento ocupan un lugar muy bajo entre mis prioridades.*

*Sin embargo, puedes estar seguro de que sigues siendo mi amigo más íntimo y (espero calurosamente) mi aliado más fiable, en mis momentos de necesidad. Por tanto, te ruego que seas tolerante con mis muchas flaquezas, y tan generoso como siempre con tu ayuda, si la necesito en algún momento.*

*Para volver a presentarme en sociedad, daré una cena que empezará a las ocho en punto el sábado por la noche. Ya sé que aviso con poco tiempo, pero no hay nadie, mi querido Utterson, cuya presencia en la cena sea más importante para mí que la tuya.*

*Tu eterno amigo,*

*HENRY JEKYLL*

«Tu eterno amigo...» Utterson seguía mirando aquellas palabras, asombrado ante la desfachatez de aquel hombre, cuando se dio cuenta de que Poole miraba por encima de su hombro. Rápidamente apartó la carta y la guardó en su bolsillo.

—Perdóneme, señor —dijo el mayordomo, irguiéndose.

—No es nada —dijo Utterson—. Nada.

Poole, sin embargo, parecía reacio a retirarse.

—Señor... —dijo—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—¿Preguntarme qué?

—¿Es esa... es esa por casualidad una carta del doctor Jekyll?

Utterson frunció el ceño.

—¿Qué demonios le hace pensar eso?

—Ah, ya sé que parece una tontería, señor, pero parecía su letra... aquí, en el sobre, quiero decir. Y yo conocía perfectamente su letra.

—Pues se equivoca, Poole, está muy equivocado. Esta no es una carta de Jekyll... ¿cómo iba a serlo?

—Pues parece su letra, como digo.

—Señor Poole, está usted equivocado. Es una carta de un cliente. Un... —Por un momento terrible, a Utterson no se le ocurrió ninguna profesión adecuada—. Un... una especie de banquero.

Y miró al mayordomo con tanta ferocidad que Poole parpadeó y tragó saliva como un perro nervioso.

—Lo siento mucho, señor... No sé en qué estaba pensando.

—Ni yo tampoco, Poole. Ni yo tampoco.

Minutos después, Utterson encendía fuego en su chimenea y echaba la carta a las llamas. Pero no destruyó el sobre. Este lo sujetó con fuerza en la mano toda la noche, como una nota de suicidio, incluso los pocos minutos en que su cabeza se enfrió lo suficiente para permitirle dormir un poco.

## LA SOMBRA EN LAS CORTINAS

En su despacho, por la mañana, Utterson dejó el sobre del impostor junto a otro dirigido a él años antes por el genuino Henry Jekyll e hizo venir a su escritorio al señor Guest. Fue su escribiente en jefe, que era una especie de estudioso de la caligrafía, quien muchos años antes notó la marcada similitud entre la letra del doctor Jekyll y la del señor Hyde.

—Mire con atención esta letra —le dijo Utterson, pasándole el sobre auténtico—, y dígame si la reconoce.

—Pues claro, señor, es la letra del doctor Jekyll... la reconocería en cualquier parte.

—Es muy característica, ¿verdad?

—El doctor tenía un estilo especial para la mayoría de las cosas. Se puede ver en la confianza de sus bucles y la firmeza de sus rasgos.

Utterson gruñó.

—Pues ahora examine con sus agudos ojos esta otra —dijo, pasándole el sobre que llevaba toda la noche agarrando.

Guest la estudió mucho más tiempo del que esperaba Utterson.

—¿Qué? —preguntó el abogado.

—Bueno... no estoy seguro, señor.

—Es una falsificación, ¿verdad?

—Es difícil decirlo.

—¿Qué pasa con los bucles y los rasgos? No me dirá que son los mismos en ambas muestras...

—No exactamente... esta letra carece de la confianza de la otra...

—Por supuesto.

—Pero me atrevería a decir, señor —Guest parecía indeciso— que hay

más similitudes que diferencias... y es bastante normal porque, después de todo, la letra de un hombre va evolucionando con el paso de los años.

—¿Con el paso de los años? ¿Pero cómo ha...?

Pero Utterson se mordió la lengua. Se dio cuenta de repente de que Guest debía de estar indicándole que él también, como sir Palfrey Bramble antes, conocía la noticia del regreso de Jekyll. Pero si era así, ¿por qué no se lo había mencionado? ¿Por qué no le había preguntado a su más antiguo y querido amigo, el propio Utterson, si aquello era cierto? Desconcertado, recogió ambos sobres y los guardó en un cajón.

—Es igual —dijo—. No importa. —Se levantó, abrochándose el abrigo—. Voy a salir un rato.

Guest parecía sorprendido.

—¿Y la cita que tiene a las nueve con el señor Spurlock, señor?

—El señor Slaughter atenderá debidamente al señor Spurlock. O usted mismo, incluso.

Utterson recogió su sombrero y su paraguas, porque caía una fina llovizna, y salió a la calle. Junto a Drury Lane se le echó encima un borracho maloliente, pero él apenas se dio cuenta. Al pasar por Trafalgar Square, un caballo de carga demasiado agotado por el trabajo se derrumbó, medio aplastando a un niño; él pasó sin detenerse. Cuando llegó a Scotland Yard, pidió ver al detective inspector Newcomen, esperando que le dieran algún tipo de excusa, que el inspector estaba fuera de la ciudad, o algo por el estilo, pero para su alarma, lo encaminaron hacia el departamento del detective. Allí pasó quince minutos mirando los tableros de noticias sin verlas, y luego apareció Newcomen y lo dirigió a su escritorio.

—Supongo que vendrá usted por el asunto de Jekyll.

—Pues sí —dijo Utterson, disgustado con el tono del inspector.

—Hum... bien. —Newcomen sacó la barbilla—. Hice la visita ayer, como le dije. Y vi a ese hombre del que me habló, el sirviente, Baxter.

—Ah, sí, el señor Baxter.

—Dice que en tiempos fue boxeador. Y marinero. Y hombre forzado del circo. Un tipo interesante.

—¿Y qué hay del amo de la casa? ¿Consiguió verlo?

—Pues sí, estuve con él también. Y tuvimos una conversación muy

interesante. Hablamos de muchísimas cosas.

Utterson parpadeó.

—Y le ordenó usted que desalojara el edificio de inmediato, claro está. Le advirtió de que si no lo hacía, le arrestaría.

Newcomen aspiró aire por la nariz.

—¿Y por qué iba a hacer semejante cosa?

—¿Por qué? —Utterson apenas podía creer en la actitud del inspector—. ¡Porque ese hombre es un charlatán, por supuesto!

—Bueno, señor Utterson, eso está por ver, ¿no cree? Su historia me pareció muy convincente. Y hablaba con absoluta seguridad. Así que decidí dejar las cosas como están, por ahora.

—¡Ha decidido dejarlo como está!

—Hasta que tengamos más motivos para dudar de él, sí. Va a recoger unas cuantas declaraciones juradas en los próximos días, según dice, de amigos y similares. Y en cuanto lo haya hecho, y haya establecido sus credenciales, hará los movimientos necesarios para reclamar sus propiedades.

—Ah, sí, claro...

—Le mencionó también a usted. Algo de que su antiguo amigo abogado le ayudaría.

—¿Me mencionó por el nombre?

—«Mi querido amigo Utterson», dijo. Le tiene mucha consideración el doctor, pero mucha, incluso después de todos estos años.

Para Utterson todo resultaba cada vez más ridículo.

—Pero de verdad, inspector, no me estará diciendo que le creyó... que le creyó de verdad.

—¿Por qué no iba a creerle?

Utterson respiró con fuerza.

—Espere un minuto, inspector. Ahora que lo pienso, usted nunca conoció al doctor Jekyll, ¿verdad? Quiero decir al auténtico doctor Jekyll... no le conoció como Jekyll. Si no recuerdo mal, solo le vio cuando era... Quiero decir que usted solo conoció al señor Hyde. Cuando fue asesinado sir Danvers Carew, usted me acompañó al alojamiento de Hyde en el Soho. Pero nunca conoció a Jekyll en carne y hueso, ¿verdad?

Newcomen se puso tieso.

—Quizá no, pero sé muy bien el aspecto que tenía el doctor. Yo fui quien hizo su descripción cuando se le declaró desaparecido.

—Sí, pero nunca lo miró de frente a la cara, ¿verdad? Nunca le estreché la mano, ni conversó con él. Nunca le tuvo como conocido, ni mucho menos como amigo. De modo que no tiene base con la cual juzgar si ese impostor es Jekyll.

Newcomen gruñó.

—Ni usted tampoco, señor Utterson, porque todavía no le ha visto, como admite.

—Pero no tengo que verlo —insistió Utterson—. No tengo que... —Pero de nuevo acabó callando.

—A mí me parece, señor Utterson —dijo Newcomen, acariciándose el bigote—, que será mejor que se vuelva a presentar ante ese hombre. Da una cena el sábado y ha invitado a todos sus amigos. Así que, ¿por qué no retrasa su decisión hasta entonces? Si es un charlatán, como usted dice, entonces estoy seguro de que dará un paso en falso, más tarde o más temprano. Y si no lo es, bueno, pues al menos no veremos a un hombre inocente entre rejas.

—¿A un hombre inocente? —se burló Utterson—. ¿Entre rejas? Déjeme decirle, señor, que ese hombre...

Se mordió la lengua. Sus emociones le estaban traicionando otra vez. De modo que se esforzó por murmurar una disculpa y se retiró con rapidez.

Pero aquella noche, protegido con su sobretodo, volvió a la calle de Jekyll, al paisaje que había vigilado como un Argos de mil ojos los días que intentaba desentrañar el misterio del señor Hyde. Encontrando refugio en la puerta de una barbería (antes era una pañería, igual que en la tienda de al lado vendían mapas), esperó hasta que vio pasar una sombra por las cortinas de Jekyll, atravesó la plaza y llamó a la puerta.

—Señor Baxter —dijo Utterson, cuando apareció el mayordomo—. Supongo que me recordará.

—Sí.

—He venido a hablar con su amo.

—Mi amo está ausente.

—¿Ausente, dice?

—Visitando a unos amigos.

—Bobadas —dijo Utterson—. Su amo está arriba. Acabo de verlo hace unos momentos, por la ventana del dormitorio. Y ahora, déjeme hablar con él o...

Pero de nuevo, para la sorpresa de Utterson, Baxter se limitó a cerrar la puerta.

Afectado, porque había sido lo bastante idiota para aceptar la disculpa del impostor por la insolencia de su mayordomo, Utterson retrocedió en la acera y miró hacia arriba. Pero ya no se veía ninguna luz en el piso superior.

Por un momento pensó en irse a su casa a lamerse las heridas y esperar a la cena del sábado, como había sugerido Newcomen. Pero al final se retiró solamente hasta la barbería, esperando a ver si ocurría algo más.

Se quedó allí quizá unas tres horas, ocultándose entre las sombras cuando algún policía o comerciante pasaba a su lado, pero no vio nada extraño hasta cerca de las dos de la tarde, cuando un hombrecillo andrajoso, con unos pantalones que le llegaban por las rodillas y una gorra de percal, atravesó la plaza. Utterson no le prestó demasiada atención al principio, porque el hombre, que llevaba un saco muy abultado encima del hombro, parecía un trapero normal y corriente, pero cuando dobló la esquina y se metió por una calle lateral, Utterson vio el reflejo metálico de una llave que se sacaba del bolsillo.

Sobresaltado, corrió a través de la plaza y cruzó la calle, pero cuando llegó a la sala de disección, el hombrecillo ya había abierto la temida puerta y estaba metiendo el saco en el interior.

—¿Quién es usted? —preguntó Utterson.

Pero el hombrecillo, como Baxter antes que él, cerró de golpe la puerta con un ruido resonante.

¡No antes, sin embargo, de que Utterson hubiera podido atisbar, bajo la luz de una farola callejera cercana, el rostro más tiznado, gruñón y completamente «maligno» que hubiera visto desde los días del señor Edward Hyde!



## UNA TORMENTA QUE LIMPIA

La posibilidad de que un hombre disfrazado de Jekyll se hubiese unido a un hombre disfrazado de Hyde le parecía a Utterson completamente absurda. Pero la idea de que el impostor se estuviera transformando en una imagen distorsionada en un espejo, como había hecho Jekyll, parecía igualmente ridícula. De modo que, al final, Utterson tuvo que tranquilizarse y decirse que el hombre a quien había visto desapareciendo en la sala de disección, aunque indiscutiblemente malévolo, no era ni Jekyll ni Hyde. Sencillamente, no era el mismo hombre... u hombres.

Sin embargo, las especulaciones le inquietaron tanto que Utterson no hizo ningún intento inmediato de volver al hogar de Jekyll. Ni tampoco pasó mucho tiempo en la oficina de Utterson & Slaughter. Su explicación al socio más joven de su firma, Gideon Slaughter, fue categórica:

—Negocios urgentes. Un asunto privado.

Visitó a sir Palfrey Bramble en Park Lane, donde el celebrado aventurero residía en una mansión palaciega repleta de figuras de porcelana, esculturas hindúes y trofeos de caza disecados.

—¡Utterson, mi querido amigo! ¡Quédese a comer conmigo! He hecho que traigan algunas vituallas... —Bramble dio unas palmadas para llamar a los sirvientes, vestidos de seda.

Utterson negó con la cabeza.

—En circunstancias normales nada me gustaría más, sir Palfrey. Pero tengo que hacerle unas preguntas, y luego debo seguir mi camino.

—¡Pues tome asiento al menos, viejo amigo! Siéntese junto a *Pierre*.

*Pierre* era un gorila congolés disecado al que faltaba el ojo izquierdo. El propio explorador, al que también faltaba el ojo izquierdo, encajó su

considerable bulto en un sillón de ratán, bajo una cabeza de rinoceronte.

—Usted me dijo algo al pasar en el coche.

—¿Dije algo al cazar por la noche? —Años de descargas de rifle habían vuelto al anciano algo duro de oído.

—¡En el coche! —repitió Utterson, más alto—. Creo que dijo usted algo de Henry Jekyll.

—¿Jekyll, dice? Pues sí, qué curioso, ¿verdad? ¡Muy curioso!

—¿Puedo preguntarle qué ha oído decir exactamente?

—Bueno, pues que acaba de volver a Londres, claro... vivito y coleando, de vuelta de las garras de... no sé, de las garras de lo que haya escapado.

—Pero ¿quién le informó de esa noticia?

—¿Quién? —Sir Palfrey frunció el ceño—. Bueno, pues no me acuerdo, la verdad... esas cosas se saben, ¿no? ¿Cómo lo averiguó usted?

—Fui a la casa de Jekyll —dijo Utterson—. Pero me dieron con la puerta en las narices.

—¡No me diga! Bueno, pues eso es un poco grosero por parte del hombre. Supongo que no habrá algún resentimiento antiguo entre los dos, ¿verdad?

—Quiero pensar que no... —dijo Utterson—. El propio Jekyll... o al menos un hombre que se hace llamar Jekyll, me aseguró en una carta que todavía somos amigos íntimos.

—Pero ¿él no le ha hecho una visita a usted?

—No.

—Un poco raro, ¿verdad? ¡Cuando ha visitado prácticamente a todo el mundo!

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Utterson.

—¿Está usted diciendo, sir Palfrey, que el hombre que responde al nombre de Jekyll ha visitado por turno a todos los amigos del doctor?

—¿Que ha visitado Saturno con un abrigo de rector? ¿Cómo?

—Que si ha visitado a sus amigos —dijo Utterson, inclinándose hacia delante—. A los hombres del círculo de Jekyll.

—Pues sí... ¡ha estado aquí no hace ni quince minutos! ¡En esta misma habitación!

Utterson notó que se le secaba la boca.

—¿Dice usted que ha estado aquí?

—Justo donde se encuentra usted ahora.

Utterson se removi6, inc6modo; le haba parecido, al sentarse, que el asiento estaba algo caliente.

—¿Y de qu6 han hablado?

—¿C6mo? —Sir Palfrey se puso una mano en torno a la oreja.

—Le pregunto de qu6 ha hablado el hombre que se hace llamar Jekyll cuando ha estado aqu6.

—Ah, pues no lo s6. Simplemente se ha vuelto a presentar, supongo. Llevaba tanto tiempo sin venir que apenas recordaba el sitio. Se ha interesado mucho por mis colecciones.

—¿Por casualidad no le habr6 hecho firmar a usted una declaraci6n jurada o cualquier otro documento?

—Nada en absoluto. Estaba muy contento. Me ha invitado a su cena del s6bado. Aunque no podr6 ir... mis achaques, ya sabe. Pero a Jekyll no parece que le haya importado.

—Jekyll... —dijo Utterson, y luego se agit6—. Supongo que habr6 visto bien al hombre...

—Ah, s6, s6.

—¿Y se parec6a al aut6ntico doctor? —pregunt6 Utterson, bien consciente de que la vista de sir Palfrey era tan poco fiable como su o6do.

—Bueno, ya sabe usted... un hombre que ha soportado lo que ha sufrido 6l... pues no se puede esperar que sea «exactamente» igual, ¿verdad?

Utterson se inclin6 m6s hacia delante.

—No es la misma persona, ¿verdad? No se parece a Henry, ¿verdad que no?

—Ah, s6, s6 que es Henry —dijo sir Palfrey—. Yo tengo un sexto sentido para esas cosas. Y *Pierre* tambi6n. Entre los dos tenemos dos ojos buenos, as6 que sabr6amos seguro si un hombre es un impostor, ¿no?

Y gui6o un ojo al gorila disecado.

—Claro, claro que lo sabr6an. —Utterson se levant6, y se puso el sombrero—. Entonces no le hago perder m6s tiempo.

—Supongo —dijo el explorador— que no estar6 usted disgustado por todo lo que ha pasado, ¿verdad? Debe de ser dif6cil, imagino, con todo lo que

había planeado...

—¿Planeado? —repitió Utterson—. ¿Y qué supone usted, si me permite que se lo pregunte, que había «planeado»?

Pero Palfrey, visiblemente apocado, se puso de pie y murmuró algo incomprensible.

Utterson se dirigió entonces al hogar atestado de libros del profesor Edmond Keyes, en Cavendish Square. De todos los miembros supervivientes del círculo de Jekyll, Keyes, un historiador especializado en mitología antigua, era el que parecía a Utterson menos susceptible de dejarse engañar por un estafador.

—Sí, me enteré de la noticia. —Keyes estaba examinando las pruebas de su nueva monografía sobre Aqueloo—. Aunque la verdad es que no le di mucho crédito, en un primer momento.

—Por supuesto que no —dijo Utterson—. Usted sabe tan bien como yo que eso no puede ser cierto.

—Bueno, Utterson, he dicho que no le di crédito en un principio. Pero la verdad es que luego le he visto en persona. Ha estado aquí, en esta misma habitación, y hemos hablado un buen rato.

—¿Ese demonio ha estado aquí también? —exclamó Utterson, horrorizado.

—¿Cómo que demonio, Utterson? No sé por qué le llama así.

—¿Pero ha estado aquí, en esta misma casa?

—Pues hace solo un rato. Y ha sido muy persuasivo. Sabía cosas que solo podía saber el auténtico Jekyll.

—¿Como qué, si no le importa que se lo pregunte?

—Pues detalles incidentales. Detalles privados. Sobre nuestro pasado común. No diré más.

Utterson decidió no proseguir por ahí.

—Pero no se parecía realmente a Henry, ¿verdad?

—¿No? ¿Quién le ha dicho eso?

—Pues... es lo que me han inducido a creer.

—Bueno, pues yo difiero. De hecho, me atrevería a decir que el parecido es convincente.

—¿Convincente?

—Decididamente. Y me sorprendería que alguien pensara de otra manera. Me sorprendería que usted mismo lo pensara.

Utterson estaba exasperado.

—Pero no es Jekyll, ¿no lo ve? Se parezca a quien se parezca, y por muy persuasivo que pueda ser.

—Hum... —dijo Keyes—. El peso de los números debería bastar. Iré a esa cena el sábado por la noche, como debería ir también usted, Utterson, y si otros conocidos de Jekyll están convencidos de que es quien dice ser, entonces yo no le desafiare, la verdad. Y usted tampoco debería hacerlo. *Vir prudens non contra ventum mingit.*

Utterson gruñó.

—¿Y si le desenmascaro en la cena, por la misma regla de tres? Entonces, entiendo que usted me respaldará. No me dejará que luche solo con la bestia, ¿verdad?

—Si hay una Gorgona a la que matar —dijo Keyes, alisando bien su manuscrito—, entonces puede confiar en que seré, mi querido amigo, el primero en desenvainar la espada.

Pero a Utterson, Keyes no le pareció en absoluto una persona que estuviera preparándose para ninguna batalla.

Visitó entonces al doctor Chauncey Wiseman, en Henrietta Place, al doctor Hubert Frost, en Savile Row, y a Gareth Sessions, el eminente miembro del Parlamento, en Haverstock Hill, y en cada caso encontró que el que aseguraba que era Jekyll había pasado ya, como una tormenta que va barriéndolo todo. Cada uno de esos hombres había conversado un cierto tiempo con él; cada uno de ellos parecía más o menos satisfecho con la credibilidad del susodicho, y todos decían que estaban dispuestos, si llegaba el momento, a responder por él, en la forma que fuese necesaria.

—Pero no es quien dice ser —insistía Utterson de nuevo, una y otra vez—. Es el doctor Disfraz... eso es lo que es. ¿Por qué todo el mundo quiere creer que es el doctor Jekyll?

—¿Y por qué —respondió Sessions, agudamente— quiere usted creer tan apasionadamente que no lo es?

Utterson hizo una última visita a su casa en Gaunt Street, por si el impostor había pasado por allí, en sus rondas de visita a los amigos de Jekyll. Pero Poole pareció sorprendido.

—¿Visitantes? No, señor. ¿Esperábamos a alguien?

—No, solo es para que esté prevenido —le dijo Utterson—. Y tenga muchísimo cuidado de no creer en cuentos de hadas.

En la oficina de telégrafos, justo antes de que cerraran, envió un telegrama a Richard Enfield:

*EXTRAÑAS COMPLICACIONES STOP IMPOSTOR OCUPANDO HOGAR  
JEKYLL STOP NECESITO DESCRIPCIÓN DE HOMBRE INQUISITIVO  
ENCONTRADO EN CLUB STOP GRACIAS ANTICIPADAS UTTERSON*

Era una apuesta un poco descabellada. Sabía que antes de embarcarse hacia Francia, Enfield pasaría unos cuantos días en Dover, posiblemente retomando la relación con alguna antigua amante, aunque no estaba seguro de dónde se alojaría (siguiendo un barrunto, dirigió el telegrama al hotel Lord Warden, que su pariente había mencionado favorablemente). Sin embargo, estaba extrañamente convencido de que el desconocido inquisitivo al que encontró Enfield en su club de alguna manera estaba relacionado con el reclamante, si es que no era el propio reclamante en sí, y ahora su único pesar era no haberle preguntado más cuando tuvo la oportunidad.

Fuera cual fuese el caso, sería bueno renovar el contacto con alguien (con «cualquiera») que pudiera ponerse de su parte. Cada vez más desprovisto de amigos en Londres, Utterson ansiaba desesperadamente algún apoyo mientras se preparaba para la cena del reclamante. El propio Hércules, como podría haber atestiguado el profesor Keyes, seguramente debió de temblar a la hora de enfrentarse a sus trabajos solo.

## EMOCIONES TEMPESTUOSAS

Hubo una época en que las cenas en casa de Jekyll eran las joyas de la temporada social. Utterson acudía a ellas como acudiría a un banquete real, las saboreaba en su momento como un vino de buena cosecha, y luego atesoraba su recuerdo durante semanas, meses incluso...

Aquel sábado, sin embargo, llegó a su casa de Gaunt Street a las seis, abrió la puerta con precauciones, subió sin hacer ruido a su dormitorio, cepilló bien el frac, se puso la corbata y los gemelos y destapó una licorera con ginebra que tenía junto a la cama para tranquilizar un poco los nervios. Le temblaban las manos incontrolablemente, se dio cuenta.

—¿Querrá cenar aquí esta noche el señor? —preguntó Poole desde la puerta.

Utterson, a toda prisa, ocultó el vaso.

—Esta noche no, Poole —dijo—. Voy a cenar con unos antiguos amigos.

—¿Antiguos amigos, señor?

—Todo ha sido muy inesperado, por eso no le he informado antes.

—Muy bien, señor... Entiendo entonces que volverá tarde, ¿no?

—Muy tarde, supongo. Si ha preparado algo para cenar, puede disfrutarlo usted solo.

—Pues muchas gracias, señor.

En el coche de punto, todavía temblando, Utterson no pudo evitar revivir un té de una singularidad excepcional que había compartido aquella misma tarde con la viuda Spratling.

Había sido en el salón de té del hotel Savoy, ese tipo de establecimiento de moda que nunca habría frecuentado de no ser por la necesidad de impresionar a una dama. La viuda, todavía con sus sedas de luto, y con un

aspecto indecentemente atractivo aun bajo el horrible resplandor de las lámparas eléctricas del hotel, estaba acompañada como de costumbre por su sonriente hijo Terrence y tenía en el rostro una expresión de gran expectación.

—Me dijiste la semana pasada que tenías unas noticias muy agradables para mí, Gabriel.

—¿Ah, sí?

—Y sin embargo, has sido ya tan bueno conmigo que no sé cómo podría pagarte.

—No debes pensar siquiera en pagarme, Nora.

—Sí que debo pensar en ello, Gabriel. Cada día le digo a Terrence que nos ha sido entregado un ángel. Le digo que nunca desespere si las cosas parecen horribles, porque Gabriel encontrará una forma de aliviar nuestro sufrimiento.

—No deberías elevarme a tales niveles —dijo Utterson, algo tieso—. En realidad, me temo que voy a ser una gran decepción para ti, porque la noticia que me proponía darte seguramente habrá que posponerla.

—¿Ah, sí? —La cara de la viuda se arrugó.

—Bueno —concedió Utterson—, es solo un contratiempo temporal, espero, y estoy haciendo lo posible para arreglar el asunto con toda rapidez. Sin embargo, no puedo representar ahora mismo el papel angelical que tan generosamente me has atribuido. De modo que confío en que podrás perdonarme.

—Pues claro que te perdono, Gabriel... ¿cómo no iba a perdonarte? —Nora hizo una pausa, luchando claramente por contener su curiosidad—. Pero ¿qué podría ser —acabó al fin— lo que querías anunciarme? Espero que no sea inadecuado preguntarlo...

Picado por su tono quejoso, y deshecho por la angustia que se leía en los ojos de ella, Utterson acabó confesándole su pequeño secreto.

—Bueno —dijo—, supongo que no hace ningún daño que te lo diga. Verás, planeaba trasladarme personalmente a casa de Jekyll la semana que viene, en cuanto pasara a ser de mi propiedad legal, dejando vacante mi actual alojamiento en Gaunt Street para que lo ocupéis vosotros dos.

La viuda dio un respingo.



—¿Quieres decir que nos ofrecerías tu propia casa a Terrence y a mí?

—Eso mismo.

Ella sonrió.

—¡Dios mío, Gabriel! ¿Puede ser cierta tal cosa?

—Ha sido mi intención desde hace tiempo.

—Pero ¿cómo podría yo sufragar la renta de una casa tan bonita, con las estrecheces que estoy pasando ahora mismo?

—No esperaba obtener ninguna renta —dijo Utterson—. De hecho me harías un enorme favor, porque no deseo abandonar la casa por completo, ni tampoco concibo unos inquilinos más fiables que Terrence y tú.

—¡Ah, cierto, Gabriel, es verdad! Nosotros cuidaríamos de esa casa como si fuera nuestra. Es exactamente la noticia que esperaba oír. ¡Un hogar en Gaunt Street! Es justo lo que soñaba... apartarme de ese apestoso y ruidoso agujero en Shepherd's Bush. ¡Oh, Gabriel, sin duda alguna eres un ángel!

Utterson ya lamentaba haberlo revelado.

—Sin embargo —le advirtió—, podría haber un retraso, como ya he indicado... y bastante grave.

—¿Cómo podría ser eso, Gabriel? ¿Qué podría entorpecernos ahora?

Utterson suspiró.

—Pues es algo muy tonto... —dijo—. Verás, un hombre, un impostor, se ha trasladado a la casa de Jekyll, asegurando que es suya.

—¿Un impostor?

—Un hombre que asegura que es Henry Jekyll.

—¡Henry Jekyll! ¿Nuestro Henry?

—Es un timador —insistió Utterson—. Un estafador muy atrevido y con el corazón muy negro.

La viuda frunció el ceño, pensativa.

—Pero si es un estafador, querido Gabriel, ¿por qué no has hecho que lo expulsen inmediatamente?

—Porque ese hombre, quienquiera que sea, ha conseguido engañar a muchos de los que le conocían... sobre todo hombres ancianos a los que les falla la memoria.

—¿Pero no a ti?

—A mí no —exclamó Utterson—. Pronto me enfrentaré a él.

—¿Así que todavía no lo has visto?

—Lo veré esta noche, en la cena.

—¿En la cena, dices? ¿Vas a enfrentarte a ese estafador mientras cenáis?

Utterson se dio cuenta de lo absurdo que sonaba todo aquello.

—Me ocuparé de él allí mismo.

La viuda parecía poco convencida.

—¿Y estás absolutamente seguro de que no es Henry?

—Por completo.

—¿Aunque el cuerpo de Henry no se descubriera nunca?

—Su cuerpo... no hace falta que se descubra su cuerpo.

—¿Y sin embargo admites que no tienes pruebas reales de que Henry esté muerto?

—Es que no necesito pruebas. Ninguna, te lo aseguro. Porque «sé» que Henry Jekyll está muerto. Y «sé» que sus amigos han sido engañados. Lo sé con total seguridad.

Siguió un silencio insoportable, durante el cual la viuda parecía cada vez más distante.

—Henry Jekyll... —susurró.

—No, Jekyll no —dijo Utterson—. Un charlatán.

Pero la viuda no parecía haberle oído. En realidad daba la sensación de que había caído en trance.

Y Utterson, en ese espantoso momento, comprendió que Nora también quería creer, por motivos personales suyos, que Henry Jekyll todavía estaba vivo.

«Porque... Dios mío, sigue todavía enamorada de él».

Todas esas ideas iban dándole vueltas en la cabeza mientras el coche recorría la calle de Jekyll, donde un repentino escalofrío, años atrás, habría hecho más invitador aún el resplandor de las ventanas del doctor. Aquella noche, sin embargo, atravesando una verdadera tempestad de emociones, a Utterson le parecían casi las llamas del propio infierno.

## VISIÓN BORROSA

La primera sorpresa de Utterson fue que el impertinente Baxter no estaba por ninguna parte. Saludándole en la puerta se encontraba un sirviente inmaculadamente compuesto y con un porte y unos modales perfectos, y al pasar por el pasillo vio que un par de ayudantes de cocina limpiísimas se atareaban en la cocina. Personal contratado, supuso, exclusivamente para la ocasión.

Su segunda sorpresa fue que todos los artículos de mobiliario que llevaban años hibernando en la sala de disección (sillas de caoba, un ornamentado paragüero, cuadros de la caza del zorro) habían vuelto a su lugar en el vestíbulo, y con extraordinaria precisión, por cierto, como si nunca hubiesen estado en ningún otro sitio.

Nervioso e indignado, porque la restauración de la casa Jekyll era un placer que se había reservado para sí mismo, Utterson era consciente de que se oían unas voces en el salón delantero: hombres que charlaban y hacían bromas, como si estuvieran en las carreras. Una nube de humo de cigarro colgaba en el aire, espeso como incienso de misa. En la cocina se oía el siseo de la grasa. Y entonces, justo cuando se estaba limpiando las gafas, porque el contraste rápido entre las temperaturas exterior e interior le había empañado los cristales, oyó una voz llamativamente familiar:

—¡Utterson, viejo amigo! ¡Te juro que es una alegría volver a ver tu cara!

Utterson se dio la vuelta en redondo y vio, borrosamente, una figura que se acercaba por el salón a saludarle.

—¿Han pasado siete años, de verdad?

Entonces, antes de poder pronunciar la respuesta maliciosa que llevaba días preparando («¿Nos conocemos de algo, señor?») se puso las gafas sobre la

nariz y contempló una figura que parecía haberse recreado con sus recuerdos más queridos.

Los mismos hombros anchos, el físico deportivo, los mismos iris color castaño y relampagueantes y las cejas negras muy amplias, la misma sonrisa pícara, los mismos labios manchados de vino y la piel morena, la misma mata de pelo gruesa y engominada hacia atrás, plateada ya por los lados. Y todo ello resplandeciente con un frac, su camisa correspondiente y corbatín negro, unos artículos cogidos directamente, según parecía, del guardarropa del doctor.

Henry Jekyll, como su vestíbulo de entrada, había sido restaurado con una precisión absoluta.

—¿Qué ocurre, viejo amigo? No habrás empeñado esa lengua de plata tuya, ¿verdad?

—N-n-no —consiguió decir Utterson, sacudiendo la mano del hombre—. No llego tarde, ¿verdad?

—¿Tarde? —El solicitante se echó a reír—. ¡Ningún cronómetro en Londres es más fiable que Gabriel Utterson! Ven por aquí, amigo mío, estábamos hablando de ti, justamente.

Y el abogado se encontró guiado por el pasillo mientras el supuesto doctor murmuraba disculpas a su oído:

—Lo siento otra vez por Baxter, viejo amigo, pero debes comprender que ese hombre no tenía que haber sido nunca mayordomo. Era un marinero cuando le vi por primera vez, así que sus modales no son todo lo correctos que debieran. Y mis disculpas más sentidas también por no haberte visitado en días recientes. Pero creo que has contratado a Poole como mayordomo, y no quería arriesgarme a dar con el viejo a solas. Poole siempre tuvo un concepto absurdamente elevado de mí, y no estoy seguro de cómo recibirá la noticia de mi regreso. Puede ser sorprendentemente emotivo, a su manera.

—Vio tu sobre —murmuró Utterson.

—¿Cómo?

—Digo que vio tu sobre... la letra.

—Así que ya sabe que he vuelto, ¿no?

—Pues algo dijo...

—Bueno, tendría que habérmelo imaginado. Nunca se le pasó nada por

alto, al viejo Poole.

Pero entonces, como si oyera una conversación que venía de muy lejos, Utterson se dio cuenta con estupefacción de que el impostor ya le había atraído hacia su trampa. Porque se había quedado tan desarmado ante la semejanza física, por no mencionar el cálido tono de familiaridad, que estaba respondiendo al reclamante como si realmente «fuera» Henry Jekyll.

Pero ahora entraban en el salón, donde vio a Hubert Frost y a Chauncy Wiseman parloteando alegremente; Edmond Keyes estaba fumando en el rincón con Roderick Godfreys, abogado de Su Majestad, mientras Hubert Tilley, el artista del retrato real, y Christopher Piggott, el escritor de renombre, inspeccionaban un jarrón de porcelana. Y todos aquellos hombres hicieron una pausa un momento para saludar la llegada de Utterson y murmurar en voz baja saludos y moverse un poco torpemente por la sala, mientras el reclamante, haciendo la ronda, continuaba riéndose y recordando cosas y de vez en cuando miraba en dirección de Utterson, como si esperase su aprobación. El abogado mismo, mientras tanto, habiéndose recuperado ya de la conmoción inicial, devolvía la mirada de aquel hombre, cada vez más molesto, porque ahora veía que aquel tipo se parecía «demasiado» a Henry Jekyll para resultar creíble. Era como si se hubiese «transformado» para parecer exactamente como la única imagen que sobrevivía de Jekyll, un retrato fotográfico del Real Colegio de Cirujanos. Pero bajo el resplandor de la luz de gas estaba claro que la piel debía su color a la aplicación de polvos teatrales, que el cabello había sido oscurecido por medio de tinturas indias, y que todos sus gestos estaban antinaturalmente estudiados, como si estuviese interpretando los gestos de Jekyll, como se hace en una obra de teatro en la que se reciben instrucciones.

No era Jekyll, desde luego, y Utterson lo sabía. De modo que, ¿por qué se mostraban los demás tan condenadamente receptivos?

Sonó una campanilla y los hombres se dirigieron al momento hacia el comedor, donde la magnífica mesa de palo de rosa de Jekyll estaba vestida con un mantel de satén, y se habían colocado sobre ella la vajilla y cubertería más finas. Incluso vio una botella sin descorchar de Bouchard que Utterson planeaba saborear desde que la descubrió, años antes, en la bodega.

El reclamante se puso a la cabecera de la mesa, con Utterson frente a él en el extremo norte, y los otros se sentaron a los lados. Las lámparas color

albaricoque arrojaban un resplandor asalmonado en la habitación, y desde la cocina, en sucesión, llegó una sopa de rabo de toro, tostada con queso, ostras fritas, costillas de cordero, pato, faisán estofado, encurtidos guisados y helado especiado.

Pero Utterson comió poco y no bebió nada en absoluto, esperando impaciente el momento de la sobremesa en que pudiera enfrentarse al impostor a solas. Y mientras tanto, tuvo que contentarse con observar el entusiasmo falso del hombre, sus modales falsificados y su «explicación» escandalosamente prefabricada.

—No tengo duda alguna de que se estarán haciendo muchas preguntas sobre mi desaparición —dijo el hombre, apagando su cigarro—, y hasta cierto punto, espero haberlas respondido ya en persona. Pero me temo que quedan algunos puntos sobre los cuales mi relato va a quedar poco concreto, y va a resultar incluso totalmente insatisfactorio debido a la gravedad de las heridas de mi memoria.

Utterson no pudo resistirse a lanzar un pequeño resoplido, y los otros le miraron muy serios.

—Sí —dijo el interfecto, con aire humilde—, ya sé que todo suena muy inadecuado, pero la verdad es que no puedo hacer nada más. Temo que en mi mente haya algunos puentes rotos que nunca acabarán de ser reparados, y algunos hilos en la trama de mi memoria que será difícil recoser. Pero, por favor, no se dejen engañar por mi aspecto, caballeros, porque la verdad es que esta noche están cenando con un hombre muy enfermo.

—¿Estás enfermo? —preguntó Utterson.

—Pues sí, mucho —dijo el reclamante, suspirando, y por un momento pareció que no podía reunir las fuerzas suficientes para continuar—. Y todo empezó —siguió finalmente—, con ese hombre de un carácter más que odioso, ese sinvergüenza cuya naturaleza quedó clara de inmediato para todos los que le conocieron, y cuya naturaleza, más concretamente, me resultó obvia de inmediato a mí mismo...

Pensando un momento, por muy ilógico que fuera, que el personaje estaba a punto de reconocer su peculiar relación con Hyde, es decir, que Jekyll «era» Hyde, Utterson contuvo el aliento. Pero el hombre continuó:

—Bueno, quizá la cosa empezara antes de Hyde —admitió—. Con mis experimentos en el campo de las pócimas transformadoras. Algunos de

ustedes conocen mejor que otros de qué estoy hablando, porque en realidad siempre fui muy discreto a la hora de revelar la escala de mis ambiciones, incluso a mis amigos más íntimos. Pero estaba decidido, como verán, a producir unas fórmulas químicas que transformarían la naturaleza del hombre, unas pócimas que lo liberarían de sus impulsos más violentos y convertirían a los villanos más inveterados en hombres virtuosos. Siempre hubo un gran impedimento a mi éxito, y es que, naturalmente, necesitaba un sujeto... un hombre, al menos, sobre el cual poder probar la eficacia de mis preparados.

Hizo una pausa, adoptando de nuevo un aire angustiado, y por un momento pareció que estaba a punto de admitir su gran secreto: «De modo que decidí probar la pócima en mí mismo». Y de nuevo, Utterson tuvo que recordarse que aquel «no» era el auténtico Jekyll.

—Pero entonces, a una hora infernal de la mañana —siguió el hombre—, yo andaba paseando por las calles intentando aclararme la cabeza, cuando di con una escena violenta y horrible. En la boca de un callejón, en la parte trasera de un edificio de almacenes destartado, un hombrecillo con un sobretodo gris estaba dando una paliza con su bastón a un pilluelo, y golpeándole repetidamente en las costillas. Mi primera reacción, naturalmente, fue contener a aquel bruto, de modo que, junto con un desconocido que pasaba por allí, lo agarré por la pechera y lo sujeté, aunque luchaba y se debatía como un gato salvaje. Intentamos parar a un agente de policía; el pilluelo, que resultó ser un carterista, ya había salido corriendo, pero no pudimos encontrar a ningún policía en aquel distrito desierto, por mucho que gritamos. Así pues, decidimos detener a aquel villano temporalmente, hasta poder llamar a la policía, y viendo que mi casa estaba cerca de donde nos encontrábamos, convertí en una especie de celda mi sala de disección, y allí fue, para bien o para mal, donde llegué a conocer un poco mejor a aquel hombrecillo.

El supuesto doctor, claramente consciente de que tenía hechizada a su audiencia, hizo una pausa y frunció los oscuros labios como si estuviera paladeando su propio desdén.

—El otro hombre, que era panadero, tenía que irse para atender a su negocio, de modo que tuve que quedarme solo con aquel bruto, escuchando cómo despotricaba contra el mundo en general y palpando la visible

malevolencia que exudaba como almizcle. Al final comprendí, por el rumbo que tomaron sus desvaríos, que era un exconvicto, que no tenía domicilio fijo, que estaba destinado, al parecer, a mayores tumultos... y la verdad es que se me ocurrió una nueva posibilidad. Porque me pareció que justo en aquel momento, estaba a mi alcance la respuesta a todos mis problemas. En realidad, era como si la providencia me hubiese regalado a aquel pequeño monstruo: en concreto, acababa de conseguir un sujeto para mis experimentos químicos.

El único sonido que se oía era el tictac del reloj de Jekyll en el vestíbulo.

El personaje suspiró.

—Así que hice un pacto con aquel tipo. Le dije que no lo entregaría a la policía, como tenía todo el derecho a hacer, si él accedía a compartir mi fórmula. Le ofrecí alojamiento y un dinero mientras durase aquello, e incluso una participación en mi herencia, a cambio de su obediencia y su silencio. Y aunque el villano, comprensiblemente, al principio se mostraba algo receloso, acabó aceptando los términos de mi oferta, que por supuesto, nunca se consignarían formalmente en un papel.

»Y así empezaron mis esfuerzos para cambiar la naturaleza bestial del “señor Hyde”... que fue el nuevo nombre que le di, despertando de su sueño las cualidades más virtuosas del hombre, y al mismo tiempo exorcizando sus demonios más destructivos.

»Alquilé unas habitaciones lúgubres en el Soho que le sirvieran como alojamiento, y en secreto, a última hora de la noche, él se presentaba en mi casa, entraba por la puerta de la sala de disección y se tomaba mis pócimas. No puedo asegurar que mi éxito fuese inmediato, porque hubo muchas pruebas y errores, pero me pareció que al cabo de unos meses, el señor Hyde se había vuelto un hombre muy distinto, más agradable, capaz de sentir compasión y hasta con destellos de ingenio... así que yo creí genuinamente que lo estaba cambiando a mejor. Y sin embargo, aunque la cosa era tan seria que a veces estaba tentado de gritar “¡eureka!”, no podía estar seguro del todo, porque era posible que la mejora en su conducta fuera simplemente una respuesta a la seguridad y la amistad que yo le había otorgado. De modo que en secreto empecé a administrarle mezclas que eran solo placebo (agua espumeante sin propiedades transformadoras), solo para ver si la ausencia de la pócima genuina devolvía al hombre a su estado anterior...



El narrador ahora meneaba la cabeza con pesar, como si apenas pudiera continuar.

—No tengo que decirles, caballeros, que fue durante esos periodos oscuros, cuando no estaba tomando mis medicinas correctivas, que se entregó a los accesos de rabia más violentos. Seguramente fue durante ese tiempo cuando lo conocieron algunos de ustedes, y está claro que no pudieron dejar de preguntarse por la naturaleza de mis relaciones con semejante bestia. En realidad, su maldad parecía más pronunciada que antes, como si el demonio que habitaba en su interior estuviera intentando compensar el tiempo perdido. Y fue en uno de esos accesos de rabia, lamento decirlo, cuando golpeó y acabó matando a sir Danvers Carew...

El silencio en toda la casa era ya sobrenatural; incluso el reloj parecía que había cesado de hacer tic-tac.

—Quedé destrozado. Nunca había esperado un resultado semejante. Por supuesto, dispuse que lo arrestaran de inmediato... ¿cómo podía haber hecho otra cosa? Y sin embargo, cuando Hyde apareció ante mí, después del crimen, culpó a las pócimas que yo había preparado para él, diciendo que le habían dado violentos dolores de cabeza y náuseas, que a su vez habían hecho que perdiera el control de sus sentidos. En ese estado de puro delirio, dijo, atacó a sir Danvers... ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Y yo comprendí entonces cómo podía haber ocurrido aquello: que el súbito cambio de dosis pudo haber hecho que aquella parte de él saliera a la luz. También me percaté de que, si ese era el caso, yo mismo era responsable en parte de sus actos. Y de ese modo, para bien o para mal, decidí continuar mi tratamiento del señor Hyde, aunque solo fuera para apartarle de la iniquidad, mientras todavía hubiese tiempo, y luego ponernos a los dos a disposición de la ley.

»De modo que redoblé mis esfuerzos, con apreciable éxito, y justo cuando pensaba que había hecho todo lo humanamente posible, me di cuenta de que algunos antiguos socios del tipo, al ver que su compañero vivía con tales lujos, se habían propuesto aprovecharse de él.

El reclamante miró a su alrededor con los ojos llenos de tristeza.

—Esto causó una gran ansiedad a Hyde, porque no tenía deseo alguno de verse arrastrado de nuevo hacia los otros, y me produjo a mí un desasosiego mayor aún, porque no podía permitir que esos canallas deshicieran todo lo

que había luchado tanto por conseguir. De modo que cuando esos maleantes convocaron a Hyde al Soho, para perpetrar con él algún tipo de chantaje, yo, estúpidamente, fui en su lugar, armado pero solo, proponiéndome poner fin al asunto de una vez para siempre. Pero no había pasado mucho rato desde que empezó la refriega, de la que apenas recuerdo nada, cuando me golpearon con una porra y tiraron mi cuerpo a un vapor cargado de carbón que estaba amarrado en el Támesis. Y cuando me desperté estaba en Lisboa, sin tener ni idea de cómo había llegado allí, incapaz de recordar quién era ni de dónde venía, e insensible a todo excepto la sospecha agobiante de que sería poco seguro para mí volver a Londres.

»Mientras tanto, Hyde se había suicidado (no me enteré de todo esto hasta muy recientemente) y yo fui dado por desaparecido. Y la verdad es que estuve desaparecido varios años, caballeros, incluso para mí mismo. Tuve la buena suerte, sin embargo, de dar con una pequeña comunidad de fugitivos ingleses, cuyos nombres reales todavía desconozco, que me ofrecieron refugio y me mantuvieron un tiempo, y poco a poco mis habilidades para la cirugía fueron reapareciendo, de modo que pude dedicarme con gran provecho a mi oficio, convirtiéndome en un físico errante, que participó en muchas cirugías y aventuras a lo largo y ancho de toda la península. Y al final, los fragmentos de mi memoria se fueron recomponiendo lo suficiente para que recordara quién soy y lo que me ocurrió, y decidiera volver de una vez a Londres y recuperar mi antigua existencia, disculparme con todos aquellos que lo requerían, enfrentarme al castigo que fuera necesario, y trabajar incansablemente para restaurar mi buen nombre.

Miró a su alrededor en la mesa, implorante, y luego levantó una copa con sus dedos amarillentos.

—Así pues aquí estoy de nuevo, caballeros, buscando redención de mis días de vergüenza. Y si de vez en cuando surge alguno de mis recuerdos, y otros en cambio permanecen para siempre sumidos en el olvido, confío en que me perdonarán por ello. Porque estoy fracturado, sí, e incompleto, sin duda, pero sigo siendo de palabra y espíritu su fiel amigo, Henry Jekyll... y me propongo brindar por ello.

Y tal fue su convicción durante esta notable actuación, que los otros hombres sentados a la mesa, la mayoría de los cuales estaban ebrios en diversos grados, levantaron sus copas aprobadoramente. Roderick Godfreys

incluso murmuró: «¡bravo, bravo!», y brindaron todos por el buen doctor y sus irreprochables ambiciones. Pero cuando las copas tintinearón y se bajaron de nuevo, a nadie le sorprendió ver que el señor Utterson había permanecido rígido en su asiento, con la copa intacta, la boca apretada, y los ojos ardiendo como carbones encendidos.

## EL CALOR DEL FUEGO Y EL VINO

Los demás se fueron retirando por etapas, aunque Hubert Tilley se quedó remoloneando de una manera muy desagradable durante un rato, pero al final, como todo el personal se había retirado, solo quedaron en la antigua casa dos hombres, sin contar a quienes pudieran estar acechando desde las sombras de las habitaciones contiguas.

El abogado y el reclamante ocuparon sus lugares junto a la chimenea de Jekyll, donde un fuego bien atizado ardía con fuerza, y el amo de la casa sirvió un poco de vino, que Utterson fue agitando en la copa antes de dar algunos sorbos y, como había ocurrido en innumerables ocasiones en el pasado, después de una cena excelente, escuchó atentamente mientras el doctor le hacía una confesión.

—Esto es muy extraño, Utterson. Parece que todo el mundo en mi círculo me apoya, y sin embargo tú, mi amigo más íntimo, sigues siendo inflexiblemente escéptico.

Utterson sonrió.

—He averiguado, por experiencias pasadas, que vale la pena ser inflexiblemente escéptico.

—Por supuesto que sí, y en muchos aspectos, no habría esperado nada menos. Pero aun así, bajo estas circunstancias, no puedo simplemente saludarte al pasar, cuando nos crucemos por la calle, sino que tengo la intención de ganarte por completo, porque solo entonces tendré la sensación de que he vuelto de verdad.

—No me ganarás nunca, quienquiera que seas —replicó Utterson—. Tu plan se desmoronará, y esta casa nunca será tuya... de eso puedes estar seguro.

El reclamante asintió con gravedad.

—Entonces es mucho peor de lo que pensaba —dijo—. Y sin embargo, veo que mi reaparición puede que no haya sido bienvenida por ti, por diversos motivos personales. No obstante, debes saber que estoy dispuesto a recompensarte generosamente por tu ayuda, si es que decides ayudarme... porque sigues siendo, aparte de todo lo demás, mi consejero legal de toda confianza.

—¿Recompensarme generosamente? —Utterson apenas podía creerlo—. Crees que todo esto es una cuestión solo de finanzas, ¿no? ¿Y realmente piensas que yo estaría dispuesto a asesorarte y a actuar en tu nombre? Por Júpiter, eres más descarado de lo que yo pensaba.

—Utterson, debes creerme, no quiero comprarte. Quizá me he expresado mal. Es que seguramente tendrías determinados planes, lo comprendo, y estoy dispuesto a compensarte por todos los inconvenientes. Como hombre de negocios y como amigo.

Utterson lanzó una risita sin alegría alguna.

—Entonces debo felicitarle, señor.

—¿Felicitarme...?

—Felicitarle, sí, por lo lejos que has llegado con esta flagrante pantomima. Nadie podría acusarte de carecer de audacia... o de estar mal preparado, tampoco. En realidad, si no supiera que no es cierto, hasta yo habría caído en la trampa. Pero debes saber que eso jamás ocurrirá. Porque yo estoy en posesión de un determinado documento... un documento escrito por el único y auténtico Henry Jekyll. El Henry Jekyll «real».

El reclamante asintió.

—De hecho, yo escribí ese testamento cuando me dirigía a enfrentarme con los chantajistas de Hyde. No quería que el peso de mi propiedad descansara sobre los hombros de Hyde, haciéndolo vulnerable a los planes de sus amigos, de modo que alteré los términos de mi testamento para que fueras tú mi único beneficiario. Pero si hubiera vuelto de aquel encuentro fatídico, ciertamente habría destruido el documento... porque nunca estuvo destinado a ponerse en práctica, lamento decirlo.

—Ah, no, no hablo del testamento —dijo Utterson, y el fuego crepitó, siniestro—. Y aquí es donde todos tus preparativos no te servirán de nada, quienquiera que seas. Porque es el «otro» documento el que yo recogí de la

sala de disección, aquella noche terrible... el «otro» documento escrito por Henry Jekyll.

—¿Otro documento? —preguntó el reclamante.

—Pues sí —dijo Utterson—. Una declaración... una confesión, si quieres, escrita de puño y letra de Henry Jekyll.

—¿Una declaración?

—Eso es lo que he dicho.

—¿Y estás en posesión de esa declaración?

—Está bien guardada.

—¿Y qué viene a decir, en sustancia, esa declaración?

—Tú podrías decírmelo.

—¿Cómo?

—Bueno, la escribió Henry Jekyll, así que Henry Jekyll sabrá cuál es su contenido.

El reclamante meneó la cabeza.

—Me temo que no recuerdo nada de una segunda declaración.

Utterson sonrió.

—Claro que no... porque no la escribiste tú.

Durante un momento, los únicos sonidos que llegaban eran del fuego y del viento que silbaba. Luego, el reclamante negó con la cabeza.

—Este asunto es muy grave, Utterson.

—No puedo estar en desacuerdo con eso.

—Pareces sugerir que ese documento es significativo.

—Es muy significativo.

—¿Lo bastante para usarlo contra mí ante un tribunal?

—Te destrozaría —dijo Utterson.

—Ya veo... —El reclamante miró su vino—. Entonces realmente me gustaría recordar haber escrito ese documento.

—Por mucho que lo intentes, nunca lo conseguirás.

—Claro, claro, no puedo recuperar mi estado mental de aquel momento. Pero recuerdo que durante mi reunión con los chantajistas, me pusieron delante un papel en blanco...

—Ah —dijo Utterson, riendo bajito—, ¿así que pretendes decir que

escribiste esa declaración bajo amenazas?

—Si la escribí, me parece que esa es la explicación más probable.

—Pues la escribiste, sí —insistió Utterson, y luego se corrigió—: Quiero decir... que Jekyll la escribió.

El hombre se encogió de hombros.

—Bueno, quizá fuese obra de Hyde, claro. Al fin y al cabo era muy hábil en el arte de la falsificación.

—¿Ah, sí? —dijo Utterson—. ¿Y qué motivo podría haber llevado a Hyde a inventarse una declaración semejante?

—Pues no sé lo que dice la declaración, porque te niegas a contármelo, pero puedo imaginar diversos motivos. Quizá estuviera intentando protegerse, por ejemplo.

—No hay nada en esa declaración que pudiera proteger a Hyde —le aseguró Utterson.

—O quizá se vio «obligado» a escribir la declaración... obligado por sus chantajistas, quiero decir, para explicar su suicidio. Y mi propia desaparición, al mismo tiempo.

—Bueno, eso tampoco es...

Pero Utterson no acabó la frase, dándose cuenta de que tal explicación sí que sonaría creíble ante un tribunal. «Un ridículo fárrago de mentiras, milord, destinado a despistar por completo a la ley.» Tenía que ser más prudente; posiblemente ya había revelado demasiado.

—Eso no importa —dijo, por el contrario—. La propia declaración atestigua tus mentiras. Pero hay otras muchas formas de desmontar tu historia.

—Si te refieres a mi memoria, querido Utterson, ya he hablado de su naturaleza fragmentaria.

—Sí, muy conveniente, por cierto. ¿Recuerdas por casualidad nuestros días en Cambridge?

—Por supuesto que sí.

—¿Y recuerdas en concreto, por casualidad, la noche que tomamos un atajo atravesando el cementerio de St Giles?

—Tengo un vago recuerdo de esos hechos...

—Entonces recordarás lo que ocurrió allí, entre las tumbas.

El reclamante parecía incómodo.

—¿Importa realmente todo esto?

—¿No recuerdas nada en absoluto?

—Me temo que no.

—¿Y el sacristán que nos rescató? ¿No recuerdas su nombre?

—No, la verdad es que no. Pero todo eso pasó hace muchos años, Utterson, y no vale la pena recordarlo, aunque mi memoria no estuviese deteriorada.

—¿Dices que no vale la pena recordarlo? Henry Jekyll «jamás» se habría olvidado de los hechos que acontecieron aquella noche.

—Quizá Henry Jekyll no quiera recordarlos.

Utterson resopló.

—Bueno, ¿y nuestra visita a Brighton, pues... nuestra famosa estancia en Brighton? ¿Recuerdas eso?

—Pues también muy vagamente.

—¿Y recuerdas el nombre de la joven a la que cortejaste allí?

—Era Lucy Thicke, ¿no?

—Era Lizzie Thorn... ¿cómo es posible que no lo recuerdes?

—¿Lizzie Thorn? —El hombre frunció el ceño.

—Ni más ni menos. El «auténtico» Henry Jekyll jamás habría olvidado eso.

—Pero me temo que estás equivocado, querido Utterson.

—¿Que yo estoy equivocado?

—Pues sí —aseguró el reclamante—. Lizzie Thorn era el nombre de una criada joven de Bristol... ¿no lo recuerdas? Pero a quien cortejé en Brighton fue a Lucy Thicke; ciertamente, era Lucy Thicke.

—¿Ah, sí? —dijo Utterson—. ¿Ah, sí?

Pero entonces, en un momento de indescriptible horror, Utterson se dio cuenta de que su oponente tenía razón.

—No me hace ninguna gracia tener que corregirte, Utterson —dijo el hombre, con un brillo en los ojos—. Pero esto solo prueba que el recuerdo de todos los hombres puede ser poco fiable en la neblina del pasado, ¿verdad?

Utterson de repente notó que le faltaba el aire. El fuego crepitaba y reía. El reloj de la repisa de la chimenea hacía tictac estruendosamente. Y el



propio reclamante... el reclamante tenía una mueca tan maliciosa en los labios que de repente Utterson no pudo tolerarlo. Un extraño impulso se apoderó de él.

Se lanzó hacia delante y apuñaló con el dedo la mejilla del reclamante, luego lo arrastró por encima de la oscura piel y lo levantó triunfante, esperando ver un manchurrón de polvos en su yema.

Pero no había polvo alguno en ella. No había nada en absoluto.

El impostor, tocándose la cara como si buscara una herida, parecía perplejo.

—Mi querido Utterson —dijo—, ¿qué significa todo esto?

Pero Utterson, aspirando una bocanada de aquel aire abrasado, no pudo responder. Se enderezó, pero notaba un mareo considerable, se tambaleó sobre sus pies y la habitación se inclinó a su alrededor, miró al rotro y notó que los ojos le daban vueltas.

—Nunca lo conseguirás —declaró—. ¡Nunca te saldrás con la tuya, te lo aseguro!

Y entonces, para no caer, salió corriendo de la habitación, bajó a toda prisa las escaleras, recogió su sombrero y su bastón con el puño de cabeza de mono y salió por el vestíbulo a la fría noche, donde su aliento surgía como nubes de vapor de un motor.

## DÍA DE AGITACIÓN

El sueño de Utterson aquella noche fue tan profundo que estaba convencido de que le habían puesto algo en la bebida. ¿Cómo si no se podía explicar aquello? Con la mente tan agitada como siempre, era inconcebible que se hubiera podido sumergir con tanta rapidez en el olvido. Además, el vino tenía un regusto metálico que, ahora que lo pensaba, le parecía altamente sospechoso. Y Jekyll siempre había sido muy adepto a las pócimas (no, Jekyll no, tuvo que repetirse a sí mismo para recordarlo, sino el impostor que había ocupado su lugar).

En cualquier caso, no recordaba nada por la mañana salvo un sueño vívido en el cual Jekyll no se había matado en la persona del señor Hyde, sino que había sobrevivido, confesado sus crímenes al mundo y contratado a Utterson para que le defendiera en el Old Bailey.

«Señores del jurado —decía Utterson, con su peluca y su toga por primera vez en décadas—, aquí tienen ante ustedes a un hombre de una integridad sin par, del tipo más elevado, un miembro de la Royal Society, nada menos, a quien se acusa de los crímenes más espantosos que jamás se hayan visto ante este tribunal. Pero les pregunto, ¿es realmente el doctor Jekyll quien debería estar aquí en el banquillo hoy? ¿O es el segundo ser, aquel llamado señor Hyde? Porque fue Hyde, ¿verdad?, quien cometió los delitos por los que hoy se juzga al doctor Jekyll. Fue Hyde quien asesinó, aporreó y robó. Y sin embargo, ¿dónde está ese tal señor Hyde? ¿Es visible ante ustedes? Pues no, claro que no. Porque Hyde está oculto muy hondo dentro del doctor Jekyll, prisionero y completamente a salvo allí. Es un bribón y un malhechor, cierto, pero no más malo ni peligroso que todos los demás bribones y malhechores que se encuentran escondidos dentro de este mismo tribunal. Porque ¿quién entre ustedes no tiene un señor Hyde dentro?

¿Y quién no oye a veces a ese Hyde dando golpes contra las paredes de su celda? ¿Quién no reprime diariamente, cada hora, los impulsos de ese horrible Hyde?

»No —decía Utterson—. El único crimen de Henry Jekyll, me parece a mí, fue experimentar consigo mismo para probar la seguridad de la prisión, y que el señor Hyde escapara tan violentamente no hace más que justificar la urgencia de la inspección. De modo que aunque ustedes tienen todos los motivos para emitir un veredicto contra el señor Hyde, no pueden condenar al doctor Jekyll, igual que tampoco pueden condenarse a sí mismos. Todos somos Jekylls, sí, pero del mismo modo, todos somos Hydes también.»

Al final sonaron las campanas a las nueve en punto. Utterson dio un salto (no se había quedado dormido desde hacía años) y se vistió con una prisa inusitada, abrochándose la ropa mientras bajaba a saltos la escalera.

—¿No se encuentra bien el señor? —preguntó Poole, en el vestíbulo.

—¿Por qué lo pregunta, Poole?

—Le oí hacer ruido anoche, y caer derrumbado en la cama.

—Sí, la verdad es que fue algo así.

—Y después le he oído moverse.

—Es posible —admitió Utterson, aunque no recordaba en absoluto tal cosa—. Pero no tengo tiempo de hablar ahora, Poole. Llego tarde a la iglesia.

Cuando llegó a St Mary, el diácono ya estaba leyendo unas frases del Génesis.

—«Y Jacob le dijo a Rebeca, su madre: Mira, mi hermano Esaú es un hombre peludo, y yo soy un hombre lampiño; mi padre quizás me toque, y si nota que le engaño, arrojará sobre mí una maldición y no una bendición.»

Pero Utterson no le escuchaba. De todos los acontecimientos de la noche anterior, y de todas las mentiras que se habían soltado, una de las conversaciones había arraigado profundamente en sus pensamientos. Fue la ridícula explicación del impostor como excusa para no visitar Gaunt Street: «No quería arriesgarme a encontrarme a solas con el viejo. Poole siempre me tuvo en muy alta estima, absurdamente, y no estoy seguro de cómo recibiría la noticia de mi regreso».

En aquel momento Utterson no le había prestado demasiada atención, ya que todavía estaba intentando precaverse contra el indudable encanto del personaje. Pero ahora, instalado en su banco de costumbre en St Mary, dio

con una explicación mucho más plausible: el impostor no quería enfrentarse a Poole porque su mayordomo precisamente era alguien que nunca se dejaría engañar por él. Y ese era el verdadero motivo de la renuencia del impostor, no por delicadeza hacia las emociones del anciano.

—¡Maldita sea! —susurró Utterson, antes de volver en sí y hacer señas disculpándose con los feligreses que estaban a su alrededor.

Sin embargo, se puso de pie en el acto en cuanto hubo acabado el servicio, y volvió decidido a Gaunt Street, donde encontró a Poole intentando quitar unas manchas de vino de las escaleras... que él no recordaba haber causado.

—No importa eso, Poole, quiero que venga conmigo.

—¿Señor?

—Que deje ese cubo, digo... vamos a hacer un viajecito.

—¿Un viaje, señor? ¿En coche, señor?

—Ya sé que es una sorpresa —de hecho, los dos hombres no habían viajado juntos desde hacía años—, pero no se tiene que cambiar de ropa ni nada. Simplemente quiero que vea algo.

Quince minutos más tarde iban corriendo como una exhalación por las calles heladas.

—¿Tiene algo que ver con su enfermedad, señor? —aventuró Poole.

—¿Qué enfermedad?

—Usted dijo que se encontraba mal. Me preguntaba si tendría algo que ver con la cena de anoche.

—Supongo que se podría decir que sí.

—¿Algo que comió, señor?

—No... algo... —Utterson miró a su mayordomo y decidió decirle la verdad—. Vamos a casa de Jekyll, Poole, ahí es donde vamos... a casa de Henry Jekyll.

—¿Señor?

—Como respuesta a una complicación bastante desagradable.

—¿Qué ha ocurrido, señor? —preguntó el mayordomo, preocupado de verdad.

—Bueno, antes que nada, debo confesar que no he sido totalmente honrado con usted, Poole. ¿Recuerda la carta que recibí el miércoles... la que

usted pensaba que estaba escrita con la letra de Jekyll?

—Me acuerdo.

—¿Y si le dijera que es una hábil falsificación... la obra de un hombre que asegura ser el doctor perdido?

—¡Un hombre que asegura ser el doctor Jekyll!

—Así es. ¿Y si le dijera que ese impostor desvergonzado se ha instalado en casa de Jekyll, que asegura que es la suya?

—¿Quiere decir que hay un hombre que finge ser mi amo? ¿Y que le ha quitado su casa?

—Precisamente.

—¡Ese demonio! —dijo Poole, inclinándose hacia delante en su asiento, con los puños apretados. Y Utterson recordó, con considerable satisfacción, que aquel era el mismo hombre que siete años antes, temiendo que el señor Hyde hubiese hecho daño a su amo, había golpeado con un hacha la puerta del laboratorio, con una furia que daba miedo.

—Es un demonio, Poole —dijo Utterson—. Como verá dentro de poco usted mismo.

Por encima de la calle de Jekyll, una bandada de cuervos daba vueltas en el aire como buitres. La luz del sol, lechosa, se filtraba a través de unas nubes como de gasa. Utterson, hinchando el pecho como una paloma, subió las escaleras y llamó a la puerta con su bastón de cabeza de avestruz. Luego se volvió hacia Poole.

—El impostor tiene un mayordomo —le advirtió—. Un bellaco llamado Baxter.

—¡Un mayordomo!

—Que ni siquiera finge que es como usted, Poole. Pero aun así, debería usted prepararse, porque si no...

Pero entonces se corrieron los cerrojos y la enorme puerta chirrió y se abrió. Utterson se dio la vuelta, esperando ver a Baxter en el umbral. Por el contrario, para su sorpresa, vio que era el propio reclamante, resplandeciente con un abrigo morado y un sombrero de piel de castor.

—¡Utterson! —exclamó el hombre—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ah, ¿eres tú?

—Estoy a punto de salir, querido amigo... ¿por qué?

—¿Por qué? —bufó Utterson—. Porque he traído a alguien conmigo, por eso... ¡un hombre al que parece decidido a evitar!

Y se apartó a un lado, extendiendo un brazo por si Poole cargaba, indignado, y vio que la cara del reclamante se fruncía momentáneamente y luego se llenaba de deleite.

—¡Poole! —exclamó el hombre—. ¡Mi buen Poole!

Utterson se volvió, esperando encontrar al viejo mayordomo adecuadamente furioso. Pero, para su pesar, Poole solo parecía desconcertado.

—¿Señor...? —El mayordomo tenía la boca abierta.

—¡Poole! —volvió a decir el hombre—. Palabra, cuánto me alegro de ver su fea cara.

—Señor... ¿es usted, de verdad?

—Su antiguo señor, Poole, ¡de vuelta a su castillo inglés!

El reclamante se adelantó y cogió las manos de Poole y las estrechó vigorosamente, y Poole, para la consternación cada vez mayor de Utterson, se quedó allí de pie, estupefacto, con una lágrima brillando en sus ojos... como si realmente fuese Henry Jekyll quien le saludaba en la escalinata.

—Siento muchísimo no haber ido a verle, viejo amigo.

—¡No importa, señor!

Los saludos, las sonrisas, los apretones de manos y las risitas continuaron durante lo que pareció una eternidad, y solo quince minutos después, cuando volvían a casa en el coche, Poole reconoció, tardíamente, algún pesar.

—No lo sé, señor —admitió, tímidamente—. «Parecía» el doctor Jekyll... y todas las expresiones eran suyas, eran exactamente las mismas. Exactamente las mismas, señor. —Suspiró—. Bueno, estábamos muy unidos mi amo y yo, y llevábamos veinte años juntos, así que... ya sabe lo que pasa, señor.

Utterson se limitó a mirar por la ventanilla, con los ojos entrecerrados como dos rendijas.

## HASTA QUE CAIGA EL CIELO

Un codicilo del testamento de Jekyll permitía acceder a todas las posesiones (propiedades físicas, así como también medio millón de libras esterlinas) tres meses después de la desaparición del doctor. Pero el abogado había decidido no proseguir ese camino (incluso destruyó el codicilo por completo), irónicamente, para no despertar ninguna sospecha. Y ahora, después de esperar casi siete años para que declarasen muerto a Henry Jekyll *in absentia*, su legado legítimo estaba en peligro de quedar anulado, solo cinco días antes de que fuera oficialmente suyo, por un maligno estafador y un círculo de amigos que parecían extrañamente dispuestos en favor de aquel hombre. No solo eso, sino que la inesperada respuesta de Poole, por si lo otro fuese poco, parecía ahora una última traición... porque si un hombre no puede confiar en su mayordomo, pensó Utterson, ¿en quién podrá confiar?

Lo que necesitaba, decidió, era a alguien que hubiese conocido al doctor mucho más íntimamente que Poole. Hastie Lanyon había sido físico personal de Jekyll un tiempo, pero llevaba varios años muerto. Y en cuanto a su sustituto, Utterson creía que Jekyll había contratado a un doctor extranjero, alguien poco cualificado... ¿cómo demonios se llamaba? Visitó sus archivos, donde tenía una larga lista de acreedores de Jekyll, y al final consiguió desenterrar la respuesta: una factura a nombre de un tal H. Preiss, doctor en Medicina, de Shoreditch.

Al cabo de noventa minutos ya estaba en su dirección, una casa moderna y fea con ventanas enormes. Una *hausfrau* que parecía muy severa respondió a la puerta.

—Busco a un tal doctor Preiss —le dijo—. ¿Podría indicarme dónde se encuentra?

—¿Quién lo pregunta, por favor?

—El señor Gabriel Utterson, abogado de la City.

La *hausfrau* se retiró hacia la oscuridad. Se oyeron unos murmullos guturales y ruido de pasos y apareció en la puerta un hombre con barba y gafas, fumando una pipa de espuma de mar.

—¿Busca usted a Herman Preiss? —preguntó, con un acento muy alemán.

—Así es.

—Entonces no puedo ayudarle señor... el doctor ya no vive aquí.

—¿Sabe usted dónde reside ahora?

—El doctor ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Cuánto tiempo hace?

—Seis meses.

—¿Y nadie sabe dónde está?

—Así es.

—¿Y qué le ha pasado?

—Pues no lo sé.

Utterson asintió.

—¿No ha oído hablar usted nunca de un hombre llamado Henry Jekyll?

—Pues no.

—¿Ha visto alguna vez por aquí a un hombre alto, bastante guapo, con el pelo negro y con canas en las sienes, de piel morena?

—Su descripción no me dice nada.

—¿Sería usted tan amable de ponerse en contacto conmigo en mi despacho, si apareciera en algún momento? ¿O si volviera el doctor Preiss?

El hombre accedió sin demasiada convicción, y Utterson le dio una nota con la dirección de su firma en Bedford Row.

Utterson recordó entonces al dentista de Jekyll, un tal doctor Bennett, en Great Ormond Street, y recordó también el estado excepcional de las encías de Jekyll, y cómo, en casos recientes, cuando un cuerpo quedaba quemado y resultaba irreconocible, por ejemplo, los registros dentales habían proporcionado el único medio de identificación. ¿Sería posible, entonces, que Bennett desenmascarase al impostor sencillamente examinando la mandíbula del hombre?

Pero cuando Utterson llegó a la antigua residencia de Bennett, se había



convertido en un hueco en una hilera de dientes perfectamente cuidados.

—Se quemó hasta los cimientos —le dijo uno de los vecinos, paseando a un movido terrier—. Junto con todo lo que había dentro.

—¿Y el doctor Bennett también?

—Pobre hombre —dijo el vecino, asintiendo—. Estaba durmiendo. Dejó la chimenea encendida, y los rescoldos prendieron la alfombra... o al menos eso dicen.

—¿Y cuándo ocurrió?

—Hace dos meses, más o menos.

Utterson examinó las negras ruinas.

—¿No hubo circunstancias sospechosas?

—No, que yo sepa.

—¿Y sus documentos... sus historiales dentales?

—Eche un vistazo —dijo el vecino, con el perro tirando de su correa—. Si la madera y el yeso no sobrevivieron, ¿cómo cree que iban a hacerlo los archivos?

A Utterson se le ocurrió también que había otra persona en Londres que había conocido a Henry Jekyll más íntimamente que sus médicos. Es más, la viuda Spratling tenía interés personal en aclarar el tema con la mayor eficiencia posible. Pero ¿cómo podía llevar al reclamante ante ella? ¿Y cómo podía convencer al impostor de que se sometiera al examen de la dama? Decidió visitarla de todos modos, aunque solo fuera por la excusa de disfrutar de su compañía de nuevo.

Cuando llegó a su calle, en Shepherd's Bush, sin embargo, se sorprendió al encontrar a Terrence de pie en la esquina, en silencio.

—Buenas tardes, Terrence... ¿ya te dejan estar aquí fuera?

El chico tenía las manos metidas en los bolsillos y miraba fijamente a la acera de enfrente, donde unas niñas medio desnudas saltaban a la cuerda. «Dos pajaritos en una pared, uno se llama Pablo, otro se llama Andrés.»

—Anda, ven conmigo —dijo Utterson, pero cuando tendió la mano al niño, Terrence la rechazó con brusquedad—. Muy bien —dijo Utterson, frunciendo el ceño—. Se lo preguntaré a tu madre.

Terrence, todavía mirando a las niñas, estaba extrañamente callado.

Preocupado, Utterson continuó hasta la puerta de la viuda, a la que llamó

con su bastón de cabeza de chacal. Pero durante largo rato no hubo respuesta.

«Uno es de colores bonitos, el otro es oscuro y chiquitito.»

Estaba a punto de volver con Terrence, buscando una explicación, cuando se abrió la puerta.

La viuda Spratling, que parecía que acababa de salir de la cama, llevaba un chal tapándole los hombros.

—¡Gabriel! —exclamó—. Pensaba que era Terrence...

—¿Podría hablar un momento contigo dentro, Nora? —preguntó Utterson. El ruido de la obra vecina le perforaba los tímpanos, por no mencionar los chillidos de las niñas que saltaban, que le atacaban los nervios.

«Uno está lleno de plumas y el otro no tiene ninguna.»

—No tardaré mucho —la tranquilizó Utterson, y luego se tomó la libertad de entrar en el mohoso vestíbulo—. Ciertamente, no quiero molestarte —dijo, quitándose el sombrero—. Es que el impostor que te mencioné, el estafador que asegura ser Henry Jekyll, anda por ahí...

Se vio interrumpido por el ruido de unos pasos. La madera del suelo crujió como si fueran las cuadermas de un barco. Y entonces oyó una voz alegre y terriblemente familiar:

—¡Utterson! Dios mío, hombre... ¿es que no puedo librarme de ti?

Utterson, aterrorizado, levantó la vista. Y vio en la parte superior de la escalera al propio reclamante, a Jekyll en persona, metiéndose los faldones de la camisa en los pantalones.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh?

Utterson, encogido hasta un tamaño ridículo, se volvió hacia la viuda, con los ojos bajos, y luego miró al reclamante de nuevo, que sonreía con voracidad.

—¿Por qué no te unes a nosotros, viejo amigo? Y pasamos todos un buen rato, ¿eh?

Sin poder respirar, Utterson giró sobre sí mismo y salió corriendo a la calle, donde incluso Terrence tenía un brillo pícaro en la mirada.

«Tu mamá es muy mala» decía el chico, imitando la voz del viejo, y Utterson lo miró hasta que no pudo soportarlo más.

Entonces se alejó en dirección a la ciudad, huyendo de la escena como si fuera una catástrofe bíblica, y preguntándose durante un momento si no se

habría vuelto loco.

«Vuela, vuela, Andrés; adiós, adiós, Pedrito, y no volváis hasta que el cielo se haya caído.».

## UNA AUSENCIA LLAMATIVA

Obligado a dar un rodeo inesperado por las obras de la calle y de la edificación de un puente, Utterson, cuando llegó a Gaunt Street, había recuperado la compostura suficiente para decir a Poole que acudiera al salón.

—Tengo que enseñarle algo, Poole —anunció, con voz tensa—. Una declaración escrita por su antiguo amo.

—¿Por el doctor Jekyll? —preguntó Poole, frunciendo el ceño.

—Eso es.

—¿O sea que le ha visto después de... nuestro encuentro?

—¿Cómo? No, no, «ese» no. El impostor no, por el amor de Dios. Me refiero a una declaración escrita por el «auténtico» Henry Jekyll. Una declaración que yo recogí de la sala de disección aquella noche terrible que encontramos a Hyde muerto... tiene que acordarse.

Poole parecía extrañado.

—Sí, recuerdo un documento...

—Una declaración —dijo Utterson—. La traje aquí para leerla antes de volver a casa de Jekyll, donde convocamos a la policía.

Poole asintió.

—Instrucciones en cuanto a la propiedad y las cuentas bancarias...

—¿Perdón?

—Usted dijo que el documento contenía instrucciones sobre la propiedad y las cuentas bancarias.

Utterson asintió, impaciente.

—Sí, eso fue lo que dije, en aquel momento. Pero le mentí, Poole. Intentaba proteger a su amo, y no quería manchar el nombre de un buen amigo.

La frente de Poole se frunció.

—La declaración era asombrosa —explicó Utterson—. Increíble. La leí dos o tres veces solamente, pero desde entonces se me ha quedado clavada en la mente. Y ahora, si es capaz usted de hacerse cargo de su contenido, deseo enseñárselo.

—¿Ha guardado ese documento?

—Lo tengo en la caja fuerte del piso de arriba. Con una declaración que la corrobora por parte de Hastie Lanyon, que debe leer también.

—Si insiste, señor...

—No es cuestión de insistir. Usted querrá saber la verdad, sin duda. Y debe recordar que probablemente le sorprenderá mucho. Su fe en muchas cosas se pondrá a prueba. Pero esto es en su interés, lo crea o no. ¿Está preparado?

—Supongo que sí, señor.

Utterson subió las escaleras hasta su despacho, donde abrió la caja fuerte (con una dificultad inesperada) y fue a buscar en el compartimento interior. Buscó por todas partes, pero el compartimento parecía vacío. Se inclinó más para examinarlo de cerca. No había declaración alguna. Buscó en otros compartimentos, abrió nuevas carpetas, pero nada. Una oleada de pánico le invadió, pero luego poco a poco fue remitiendo.

No había necesidad de alarmarse. Las declaraciones estaban en la caja fuerte, y tenían que seguir allí. Recordaba con total claridad haberlas guardado allí, aquella noche espantosa, igual que recordaba haberlas visto allí varias veces, en los años que siguieron.

De modo que registró de nuevo todos los compartimentos. Abrió todas las cajas. Se lo llevó todo a su dormitorio, testamentos, escrituras, recuerdos... y lo extendió allí. Lo fue examinando exhaustivamente. Le costó casi media hora. Sin embargo, no pudo encontrar declaración alguna por parte de Henry Jekyll, ni tampoco la narración de Hastie Lanyon que lo corroboraba todo.

—¿Querrá que le sirva la cena, señor?

Con un sobresalto, Utterson se dio cuenta de que su mayordomo estaba muy tieso en la puerta.

—¿Cómo? —saltó.

—¿Querrá que le sirva la cena señor? —preguntó Poole, con las cejas

enarcadas.

A Utterson le pareció que se reía de él.

—Supongo que usted las ha sacado...

—¿Señor?

—Usted abrió la caja fuerte y sacó las declaraciones, ¿verdad?

—¿Señor?

—¿Le ordenó él que lo hiciera? ¿El impostor? ¿Le dijo que las destruyera?

Poole parecía ofendido.

—¿Está sugiriendo usted que yo le he robado algo de la caja fuerte, señor?

—¿Lo ha hecho?

—Señor —dijo el mayordomo, tragando saliva—, debe usted saber que yo jamás haría una cosa semejante. Debe saber que yo «no puedo» hacer semejante cosa.

—¿Ah, no? —dijo Utterson, pero no pudo combatir la manifiesta sinceridad de Poole—. Bueno, pues el hecho es que alguien ha abierto esta caja de seguridad. Y han desaparecido unos documentos muy importantes. No existe duda alguna de ello, ninguna en absoluto. ¿Qué explicación puede haber, por lo tanto?

El mayordomo intentó ayudar.

—¿No es posible —sugirió— que usted mismo sacara esos documentos?

—¡Claro que no! —dijo Utterson—. ¿Cree usted que no recordaría haberlo hecho? —Entonces se le ocurrió una idea—. Anoche... anoche, en la cena del impostor, mencioné las declaraciones... incluso mencioné que estaban guardadas a salvo. Y ahora que lo pienso... sí, eso es —miró a Poole—, usted dijo que oyó ruidos en casa anoche, ¿verdad?

—Lo oí a usted andando por la casa, señor.

—Sí, pero ¿cómo sabe que era yo? ¿Me vio usted? ¿Me vio en realidad?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué iba a ser yo? Estaba durmiendo como un tronco. ¿Por qué iba a dar vueltas por la casa?

—Podría haber andado sonámbulo, señor.

—¿Sonámbulo?

—Ya le ha pasado otras veces, señor.

—¿Sonámbulo yo?

—Sí, señor. A menudo anda por la casa, por la noche. Choca con las paredes y tira cosas al suelo, murmura palabrotas.

—¡Tiro cosas!

—En sueños, señor.

Utterson se quedó helado.

—¿Y cuánto tiempo hace que pasa esto?

—Desde que yo estoy aquí.

—¿Y por qué nunca se ha molestado en mencionarlo?

—Pensaba que le resultaría violento, señor.

—¡Violento! —Utterson estaba muy afectado—. Pero...

Pero su lengua estaba trabada.

—Le ruego que me perdone, señor —aventuró Poole—, pero ¿sabe cuál podría ser la explicación? Que usted hubiese entrado sonámbulo en el despacho, abierto la caja y se hubiese llevado los documentos, sin darse cuenta.

—Sí... —Utterson veía que Poole le estaba ofreciendo una solución caritativa, pero bajo aquellas circunstancias, con eso bastaría—. Sí, tiene que ser eso. Gracias, Poole, gracias. Puede continuar preparando la cena.

Recogió todos sus papeles y los metió de nuevo en la caja fuerte, luego cerró la puerta y dio la vuelta a la llave. Pero mientras tanto se preguntaba cómo podía estar seguro de algo, si ya no estaba seguro ni de sí mismo.

# DISPERSIÓN DE LA NIEBLA

A la mañana siguiente, Utterson llegó temprano a su despacho, sacó sus tinteros, colocó bien una hoja de papel y, tan meticulosamente como le fue posible, rascando furiosamente con la pluma, empezó a reconstruir la declaración de Henry Jekyll sobre el caso.

Palabras, frases, párrafos enteros surgían unidos con extraordinaria claridad... casi como si los hubiera compuesto el propio Utterson:

*El peor de mis defectos era una disposición impaciente y alegre... una profunda duplicidad... esas provincias del bien y del mal que dividen y conforman la naturaleza dual del ser humano... logré elaborar una sustancia... sabía que corría peligro de muerte... una droga tan potente, capaz de dominar y conmocionar la misma ciudadela de la identidad...*

Utterson, sacando la punta de la lengua, como un gato, se iba emocionando cada vez más a medida que iba llenando páginas. Porque reconocía la clara voz de Jekyll en todo lo que escribía:

*Las vi bullir y humear juntas... me bebí la pócima... unas convulsiones atroces, un rechinar de huesos, unas náuseas mortales... Volví en mí como si saliera de una grave enfermedad... supe que era más perverso, diez veces más perverso... consciente de que era más joven, más ligero, más feliz físicamente que Henry Jekyll... Edward Hyde era pura maldad.*

Ocasionalmente, cierto, la mano de Utterson flaqueaba un poco, incluso se detenía por completo, porque el significado de esas palabras, vistas con



tanta crudeza en el papel, era indudablemente raro: ¿un hombre podía beberse una pócima y convertirse en un ser irreconocible incluso para sus amigos más íntimos? Desde luego, no era algo que pudiera llevarse ante un tribunal con total confianza.

*La droga derribaba las puertas de la prisión de mi personalidad... mi maldad rápidamente aprovechó la oportunidad... el placer empezó a convertirse en algo monstruoso... Tras largos años de cautiverio, mi demonio salió de su prisión rugiendo... su propensión al mal era aún más desenfrenada y violenta... el espíritu diabólico despertó al instante en mí con una furia incontenible... como si la niebla se disparara... presa de las mismas sensaciones encontradas...*

Pero ya la mano de Utterson cogía velocidad de nuevo, porque la confesión estaba escrita con tan manifiesta sinceridad que iba más allá de los reinos de la ficción; y él, siendo abogado, era de algún modo experto en la mendacidad de los criminales. De modo que su declaración, sencillamente, tenía que ser verdad. «Tenía» que serlo.

*¿Morirá Hyde en el cadalso? ¿O encontrará el valor para liberarse en el último momento? Únicamente Dios lo sabe. A mí me trae sin cuidado; ésta es la auténtica hora de mi muerte, y lo que suceda a continuación ya no me concierne a mí sino a otro. Así pues, en el momento de dejar la pluma y sellar esta confesión, pongo fin a la vida del desdichado Henry Jekyll.*

Por aquel entonces, la oficina a su alrededor estaba llena de ruidos y ajetreo. Totalmente ausente a ellos, Utterson cogió un nuevo fajo de hojas de papel y empezó a recrear el segundo documento: el relato de Hastie Lanyon de la transformación de Hyde de vuelta a Jekyll.

*Apenas acababan de dar las doce en los relojes de todo Londres cuando la aldaba sonó muy suavemente en la puerta... encontré a un hombre encogido entre las columnas del pórtico... la extraña expresión de su rostro... el traje le venía enorme por todas partes...*

*algo anormal y deforme en la misma esencia de la criatura... «¿Lo tiene?», gritó... «Ahí está, señor», le dije... la mezcla, que al principio tenía un tono rojizo, empezó a volverse más intensa... él saltó hacia la probeta... se llevó la probeta a los labios y se la bebió de un solo trago... empezaba a hincharse, sus facciones se derretían y se alteraban... «¡Oh, Dios mío!», chillé... ¡porque allí, ante mis propios ojos, estaba Henry Jekyll!*

Era cierto, la voz de la carta de Lanyon, la sintaxis y los modismos, parecían notablemente similares a los de la primera carta, la compuesta por Henry Jekyll, pero no era ninguna sorpresa, ya que Jekyll y Lanyon se conocían desde Cambridge, y se movieron después en la misma galaxia. También había que admitir que Lanyon confundía sus datos en un momento dado, asegurando que había recibido instrucciones escritas de Jekyll tanto en enero como varios meses antes... pero la verdad es que, como Utterson sabía muy bien, a todo hombre la memoria le juega a veces malas pasadas. De modo que al final pudo contemplar los dos documentos reconstruidos con una sensación de gran logro personal. Ciertamente, se había convencido a sí mismo, si no había convencido a nadie más. Y no se le estaba yendo la cabeza.

Llamó a su administrador jefe.

—¿Tiene usted una caja fuerte en su casa, señor Guest?

—Me temo que no, señor.

—¿Y un escondite de algún tipo? Un sitio donde guarde artículos valiosos...

—Puedo encontrar uno fácilmente.

Utterson emitió un sonido de aprobación.

—Hace ya siete años, mi amigo Hastie Lanyon me encargó la responsabilidad de guardar una carta en su nombre, y abrirla solo cuando desapareciera. Ahora, señor Guest, le encargo a usted la tarea de guardar en secreto estos dos documentos que está viendo ante usted, y abrirlos solo si yo desaparezco. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Supongo que sí, señor —dijo Guest, y frunció el ceño—. Pero ¿puedo preguntarle, señor, por la sustancia de los documentos?

—Son declaraciones relacionadas con los crímenes de Henry Jekyll... y

eso es todo lo que tiene que saber por ahora. —Utterson se los tendió—. Lléveselos y no se los enseñe a nadie.

—¿Va a salir usted, señor? —preguntó Guest, porque el abogado buscaba su bastón.

—Pues sí... ¿por qué?

—Porque el señor Spurlock ha venido a verle a usted otra vez.

Utterson agitó la mano, desdeñosamente.

—El señor Slaughter puede atenderle.

—El señor Slaughter tiene la agenda llena esta mañana, y el señor Spurlock ya lleva un tiempo esperando, señor.

—Muy bien —replicó Utterson, molesto—. Le recibiré, pero nadie más después. ¿Ha habido alguna correspondencia del señor Enfield, por cierto?

—Nada, señor; y nada del caballero a quien usted encargó que investigase. ¿Se propone usted asistir al funeral de sir Palfrey Bramble?

—¿Cómo dice?

—Sir Palfrey Bramble... estaba en los periódicos, señor. Falleció en su cama el viernes por la noche.

—¿Sir Palfrey? ¿Está usted seguro?

—Tan seguro como los impuestos, señor.

Utterson recordaba haber visitado al explorador de cara rubicunda solo unos días antes, y ahora ese hombre, corpulento, excitable, constantemente sonrojado, estaba muerto. Era uno de esos fallecimientos que producen tristeza, pero no demasiada sorpresa.

—Bueno, qué noticia más triste, la verdad —dijo Utterson, sin muchas ganas de recrearse en ella—. En cualquier caso... haga pasar al señor Spurlock.

Hudson Spurlock, vestido con todos los colores de un arlequín, fingía ser importador de ropa persa, pero era conocido en toda la ciudad como consumado ladrón. Desde su cuartel general en los burdeles en torno a Elephant & Castle, presidía un pequeño ejército de timadores, carteristas, falsificadores y reventadores de cajas fuertes, a los cuales despachaba diariamente a todos los rincones de la ciudad. Sus negocios con Utterson & Slaughter se relacionaban estrictamente con algunos casos de pequeñas demandas, pero a medida que Utterson escuchaba distraído (porque Spurlock

había sido denunciado por un contratista de obras por no pagarle lo que le debía), se le ocurrió algo extraño.

—No importa... —dijo de repente.

—¿El qué no importa?

—Sus deudas, señor Spurlock. Procuraré que su caso se prolongue indefinidamente, y nuestros servicios solamente le costarán la mitad... no, una cuarta parte de la tasa ordinaria.

Spurlock parpadeó.

—Muy generoso por su parte, señor Utterson, pero usted me perdonará por...

—Como disculpa por mi parte, por haberle tenido esperando esta mañana y por no haberle atendido la semana pasada.

—Muy considerado, de verdad. —Spurlock se acarició la punta de la barba—. No estoy seguro de que los pecados de este caso valgan la penitencia.

Utterson gruñó.

—¿Cree usted que mi buena voluntad tiene precio?

—Es solo mi disposición natural hacia la suspicacia, señor Utterson.

—Pues su disposición no le engaña, señor Spurlock.

La sonrisa de Spurlock mostró un destello de oro.

—¿Desearía usted aprovechar mis habilidades especiales, quizá?

—Un pequeño favor, y el tiempo es lo esencial.

—Pues me sentiré muy feliz de serle de ayuda, señor Utterson... mientras no me aparte demasiado de mi camino.

—En absoluto... es muy cerca de su base de operaciones, de hecho.

Una hora más tarde estaban en el despacho de Utterson en Gaunt Street, inspeccionando la caja fuerte del abogado.

—En realidad, no sabría decirlo —admitió el ladrón—. Hay unas marcas alrededor de las clavijas, desde luego, pero las cerraduras ya eran antiguas de entrada...

—Pero ¿podrían haberla abierto?

—¿Lleva usted las llaves siempre encima?

—En todo momento.

—Entonces es posible... si usted hubiera estado profundamente dormido,

o desmayado por la bebida... quizá alguien podría habérselas quitado. O podrían haber forzado las cerraduras con un buen equipo. Pero aun así...

—¿Aun así?

—Habría que ser un verdadero maestro, señor Utterson, y no hay nadie en esta ciudad tan habilidoso como yo.

—Que usted sepa.

—Conozco a la mayoría.

—Pero no a todos.

—No, a todos no.

—Entonces sigue siendo posible... podrían haber abierto la caja fuerte, ¿verdad?

Spurlock expulsó el aire por la nariz y sonrió al mismo tiempo.

—Si eso es lo que quiere usted oír, señor Utterson, yo encantado de decírselo.

Utterson rumió un momento y luego volvió a mirar al ladrón.

—¿Le gustaría a usted liquidar por completo su factura, señor Spurlock?

—¿Por completo, señor Utterson?

—No le cobraría nada por los servicios que le prestara... ni ahora, ni nunca.

El brillo en los ojos de Spurlock hacía juego con el de su diente.

—¿Y cuál es el precio de su caridad, si puedo preguntarlo, señor Utterson?

El abogado suspiró, pero no respondió directamente.

—¿Puedo quedar con usted esta noche? ¿En torno a medianoche? ¿Le parece, señor Spurlock?

# LA OSCURIDAD DE LA SALA DE DISECCIÓN

Un almacén de té indio junto al río se había incendiado, y el aire estaba lleno de un humo fragante, y remolinos de hojas de té tostadas, como nubes de polen negro, se posaban en todos los elementos que sobresalían.

Hudson Spurlock, que parecía muy cómodo con una casaca sucia de paño y pantalones de molesquín, ya había advertido a Utterson que no se quedaría por allí una vez hecho el trabajo: «No me gusta nada Newgate», había dicho. Los dos hombres se agazapaban entre las sombras, al otro lado de la plaza ante la casa de Jekyll, esperando que las luces se apagaran, y se retiraron hacia lo más hondo de las sombras cuando aparecieron los policías, para ver si todo el mundo estaba a salvo, resoplando, dando con los pies en el suelo y apartando a manotazos la espesa llovizna de cenizas aromáticas. Pero hasta medianoche no se acabó de apagar la luz del lugar, y ni siquiera entonces se empezó a mover Spurlock.

—La herramienta más importante de un ladrón es la paciencia —susurró.

De modo que Utterson, muy impaciente, tuvo que resignarse a seguir esperando. De hecho, ni siquiera estaba seguro de lo que iba a hacer una vez estuvieran dentro de la casa de Jekyll, pero la necesidad de encontrar pruebas incriminatorias, cualesquiera que fueran, se había vuelto imperiosa. Aquella misma tarde había recibido una carta de la viuda Spratling que parecía la gota que colmaba el vaso:

*Mi queridísimo Angel:*

*No pienses mal de mí, porque las cosas no siempre son lo que parecen. Cuando el hombre que se hace llamar Henry Jekyll llegó a*

*mi casa ayer, Terrence había salido a hacer un recado, y el visitante sufrió un desmayo, debido, según me dijo, a que llevaba la ropa muy apretada. Él estaba aflojándose esos artículos en el piso de arriba y yo me cambiaba para ponerme algo más presentable, para recibirle de una manera más adecuada, cuando apareciste ante la puerta. Debo decir que todavía no sé con absoluta seguridad si ese hombre es Henry Jekyll o un impostor, como me has asegurado, de modo que he consentido en volver a reunirme con él, y me propongo examinarle más de cerca.*

*Tu amiga más fiel,*

NORA.

Utterson tenía la experiencia suficiente con Betsabés e incluso Jezabeles para reconocer a una mujer que se estaba adentrando en los bajíos de una corriente impetuosa. Sin embargo estaba dispuesto a perdonárselo todo a Nora, todas sus argucias, con tal de salir victorioso al final. En realidad, había decidido que ella sería más deseable aún en cuanto él se hubiese ocupado del impostor... en cuanto el dragón hubiese muerto a manos del ángel.

—Ya es hora —decidió de repente Spurlock—. Espere aquí un momento, señor Utterson, y mantenga los ojos bien abiertos para ver a los policías.

Saliendo de su distracción, Utterson vio a Spurlock pasear despreocupadamente por la calle lateral, mirando a derecha e izquierda, y sacar de su bolsillo un aro con unas llaves sin acabar de pulir. Luego, ante la puerta de la sala de disección, el ladrón apoyó una rodilla en el suelo y empezó a insertar esas piezas en la cerradura, probando cada una hasta llegar a la que ofrecía más posibilidades. Empezó a limar industriosamente esta última, mientras Utterson le miraba desde lejos.

Hubo una explosión en la distancia y las farolas de gas parpadearon como fantasmas sobresaltados.

—Es de noche, señor.

Utterson dio un respingo, porque no se había dado cuenta de que se acercaban a él, pero rápidamente se rehízo.

—Ah, hola, señor agente.

—¿Espera a alguien?

—Sí, a un amigo —inventó Utterson—. Hemos tenido que dar un rodeo

por culpa del fuego.

El corpulento policía, que tenía acento de Yorkshire, levantó los ojos hacia las nubes enrojecidas.

—¿Así que ha estado usted en la cercanía del incendio?

—Una imagen de lo más perturbadora.

—¿Y ha llegado al mercado de pescado?

Utterson, haciendo verdaderos esfuerzos para no mirar en dirección de Spurlock, hizo un gesto, distraído.

—¿El mercado de pescado?

—El mercado de Billingsgate.

—Sí... pues no lo sé. Podría ser.

El policía lo miró de hito en hito.

—No es usted de esta parte de la ciudad, ¿verdad?

—Pues no, solo estoy de paso. Vengo del sur.

—¿El sur de Londres?

—Suffolk.

—Yo procedo de York.

—Ya me lo imaginaba.

—Bien. Pues buenas noches, señor.

—Buenas noches, agente.

Utterson esperó hasta que el policía se hubo alejado, comprobando los cerrojos y los pomos de las puertas, y luego volvió a la calle lateral. Pero Spurlock no estaba por ninguna parte. Le entró el pánico y se dirigió a la sala de disección, mirando frenéticamente en todas direcciones, pero no había ni rastro del ladrón. Entonces oyó un silbido que procedía de un jardín cercano, y Spurlock, para su alivio, salió de entre las sombras.

—Hecho —anunció el ladrón.

—¿La puerta?

—Véalo usted mismo.

Utterson se volvió y vio la puerta ligeramente entreabierta, y asintió con satisfacción.

—Entonces ¿nos veremos de nuevo en Bedford Row, señor Spurlock?

—Cuando necesite algún servicio —dijo Spurlock—, me verá.



El ladrón enseñó los dientes y desapareció de nuevo en la oscuridad.

Ya solo, Utterson extendió una mano hacia la horrible puerta, la abrió poco a poco y, cogiendo aire con fuerza, entró. La sala estaba oscura como una cripta. Se notaba un potente olor a pulimento de muebles y polvo. Se quedó inmóvil un buen rato, un minuto entero quizá, familiarizándose con el aspecto áspero del edificio, ya que allí, después de todo, era el lugar donde Jekyll había llevado a cabo sus espantosos experimentos, y luego encendió una cerilla, prendió la linterna que llevaba y procedió a avanzar con precauciones.

Casi inmediatamente tropezó con una protuberancia y cayó, armando un considerable escándalo.

Cuando recogió la linterna, que llameaba con intensidad, vio que su pie se había enredado en la pierna curvada de una estatua, una figura hindú, un objeto que podría pertenecer perfectamente a sir Palfrey Bramble. De hecho, ahora que levantaba la linterna y dirigía su luz hacia la sala, vio numerosos tesoros dispuestos en torno a la habitación, junto con otros muchos artículos ocultos bajo sábanas para evitar el polvo.

Estaba levantando el borde de uno de esos lienzos, y viendo el tentador atisbo de una araña Luis XV, cuando se oyó un sonido de roce y una llave que giraba en la cerradura.

¡Alguien estaba entrando en las salas por el otro lado!

Rápidamente, Utterson apagó la linterna y retrocedió dando tumbos. Llegó a la calle justo cuando la puerta de enfrente se abría con un crujido. Cayó fuera, en la acera, cerró la puerta cuya pintura estaba llena de burbujas y se lanzó hacia el refugio de un callejón.

Jadeando, se apretó de espaldas contra los ladrillos y vio que la puerta de la sala de disección se abría, y el tipejo menudo con la cara tiznada y odiosa, junto con el brutal mayordomo llamado Baxter, salían a la luz de las farolas de gas. Los dos hombres miraron a su alrededor sin tomar excesivas precauciones, porque estaba claro que no le habían visto, y luego bajaron por la calle lateral, internándose decididos en la noche.

Fortaleciendo su resolución con unas cuantas bocanadas de aire manchado de té, Utterson consultó su reloj de bolsillo (era ya la una) y decidió seguirlos hasta el infierno y más allá si era necesario, porque podía asegurar que estaban decididos a alguna infamia.

## UN RESPLANDOR INFERNAL

Uttersson fue siguiendo a los hombres como si fuera un zorro durante veinte minutos. Cada vez que doblaban una esquina se apresuraba; cuando seguían un camino recto, él se quedaba a una distancia cómoda, y cuando daban alguna indicación de que iban a doblar de nuevo, se metía con presteza en el escondrijo que tenía más cerca. Pero los dos hombres parecían ajenos a su presencia, charlaban con total libertad y miraban las nubes infernales, a veces daban alguna patada a algún resto en el suelo, y el hombre pequeño iba arrastrando los pies de una manera que a Uttersson le recordaba vagamente al señor Hyde.

De hecho, ahora que lo examinaba todo con tranquilidad, ¿no era concebible que el reclamante se hubiera transformado en un ser distinto? Aunque Uttersson había ocultado hacía mucho tiempo todas las fórmulas que había anotado Jekyll, ¿no era posible que algo, una sola página, quizá, hubiese quedado en casa de Jekyll, o hubiese vuelto a la luz desde algún sitio durante la investigación del impostor? Y si ese era el caso, ¿no era posible que el impostor se hubiera aprovechado de la pócima para proseguir sus siniestros designios, un hombre disfrazado y escondido tras otro disfraz?

—El doctor Disfraz, ciertamente —murmuró Uttersson para sí.

Pero en cuanto esas palabras hubieron escapado de sus labios, perdió por completo la pista de sus presas. Un coche de bomberos subió corriendo por la calle, los caballos fustigados hasta el frenesí, el cochero tocando la campana, y Uttersson se apretó contra la verja de una iglesia para dejarle el paso libre. Pero cuando el vehículo hubo desaparecido, dejando un rastro de aire alterado, descubrió, para su horror, que los dos hombres habían desaparecido.

Corrió a doblar la esquina y miró en todas las direcciones; eligió un camino por impulso y lo siguió durante tres manzanas, examinando todas las

calles laterales; luego volvió atrás y caminó en círculo, frenéticamente, pero no los vio por ninguna parte.

Al final se encontró en Cavendish Square, el barrio de Chauncey Wiseman y Edmond Keyes, entre otros, y de repente se le ocurrió una espantosa posibilidad.

Porque había seguido a los dos hombres esperando que llegasen a alguna puerta oscura, la guarida de algún contrabandista, quizá, un refugio de bandidos, pero si su destino eran los alrededores de Cavendish Square, ¿qué decía eso de sus intenciones? ¿Qué asunto podían tener ellos en un barrio respetable como aquél?

Utterson vaciló un poco, mientras las cenizas fragantes caían a su alrededor, y por fin decidió que su único recurso era pedir ayuda. Pero cuando entró en la comisaría de policía más cercana, que estaba a un par de manzanas de distancia, vio que el robusto policía de Yorkshire, el mismo al que había visto junto a la casa de Jekyll, estaba de pie en la entrada, sacudiéndose la ceniza del uniforme.

—Ah, hola otra vez, señor... ¿ha encontrado al final a su amigo?

Utterson se puso tenso.

—Lo... lo siento muchísimo, señor. He confundido este sitio con... — pero la inspiración le abandonó y retrocedió con torpeza y salió por la puerta, tropezando con sus propios pies, y salió tambaleándose a la calle.

Volvió a patrullar por el barrio, esperando coger a los dos culpables cuando salieran, quizá manchados de sangre, de alguna residencia de gente adinerada. Pero estaba claro que no podía continuar andando en círculos sin una explicación convincente para la policía. De modo que volvió a la plaza de Jekyll y se ocultó de nuevo como un grillo en una grieta, proponiéndose enfrentarse a los dos sospechosos cuando volvieran. Pero pasaron las horas, empezaron a aparecer los carritos de los lecheros y los jardineros y él se empezó a sentir cada vez más abatido y fatigado.

Ni siquiera estaba seguro de cómo volvió a casa, si es que volvió, porque se despertó caído en el escritorio de su despacho en Bedford Row, pegado a la carpeta por su propia baba. Alguien le daba unos golpecitos en el hombro.

—Utterson, querido amigo —era el señor Slaughter—, tenemos que hablar de este asunto. En privado, por favor.

Gideon Slaughter, un hombre que era como un querubín radiante con el

pelo color zanahoria, estaba intimidado y al mismo tiempo emocionado por la perspectiva de reprender al socio de mayor edad de la firma. En su imponente despacho, con mobiliario de proporciones olímpicas, se instaló detrás de su escritorio y nerviosamente empezó a frotar con los dedos su reloj de bolsillo.

—Ya sé que hay ocasiones en las que no funcionamos al límite de nuestras capacidades —empezó—, pero si realmente está usted tan enfermo como parece, querido Utterson, ¿no cree que sería mejor que descansara un poco?

—No estoy enfermo —le tranquilizó Utterson—. He tenido que atender unos asuntos urgentes, eso es todo.

—Relacionados con las propiedades de Jekyll.

—Eso es.

Slaughter frotó el reloj con más furia aún.

—¿Sabe usted? —dijo—, aunque no es asunto mío, naturalmente, me pregunto si no debería usted dejar que los acontecimientos siguieran su curso. Lo que quiero decir es que si ese hombre, el reclamante, es quien dice ser, entonces, ¿no cree que es mejor dejar que se establezca de buena fe y ofrecerle toda la ayuda que necesite?

Utterson se sintió traicionado.

—¿Con quién ha estado hablando usted de esto?

Slaughter empezó a darle cuerda al reloj.

—Bueno, la verdad es que tengo oídos, Utterson, tengo...

—Ha sido el señor Guest, ¿verdad?

—No, no ha sido el señor Guest.

—¿Entonces quién?

Slaughter seguía dando cuerda.

—Bueno, no hay ningún peligro en decírselo, supongo. Es ese inspector, el que...

—¿Newcomen? —dijo Utterson—. ¿El inspector Newcomen ha estado aquí?

—Pues sí. Él...

—¿Y qué demonios quería?

—Simplemente estaba haciendo unas preguntas. Aclarando algunas cosas.

—¡Aclarando cosas! —Utterson dejó que su mirada se perdiera en la nada.

—El asunto es, querido amigo —dijo Slaughter, cerrando de golpe el reloj—, que el hombre que se hace llamar Jekyll parece que tiene unas credenciales inusualmente buenas para ser un impostor. Parece que realmente ha convencido a muchos de sus antiguos amigos, ha recibido muchos apoyos, e incluso ha obtenido sustanciosos préstamos para que vaya saliendo adelante. ¿No cree pues, mi querido y viejo amigo, que sería mejor ver cómo se resuelve todo esto?

—¿Viejo? —exclamó Utterson.

Slaughter se puso rojo.

—Quiero decir que... bueno, ¿no cree usted que sería mejor para su salud, para no mencionar su paz mental, que abandonase usted alguna de sus ambiciones? Nadie vive para siempre, ¿no? Quiero decir... Fíjese lo que les ha ocurrido a Palfrey Bramble y a Edmond Keyes, que el Señor nos asista.

—¿Edmond Keyes?

—El profesor de historia antigua.

—Sí, maldita sea, ya sé quién es... ¿qué le ha pasado?

Slaughter se metió el reloj en un bolsillo.

—Querido Utterson... ¿quiere usted decir que no lo ha oído?

—¿Oír qué? ¿Qué?

—Bueno —continuó Slaughter, incómodo—. El profesor Keyes se cayó por las escaleras en plena noche, y se rompió la cabeza contra un balaustre. Murió al instante, pobre hombre. Digo yo que...

Pero no tuvo la oportunidad de terminar, porque Utterson ya estaba saliendo a toda velocidad por la puerta.

## LA FORTALEZA DE LA IDENTIDAD

—A ver si puedo seguir lo que me está diciendo usted ahora mismo —dijo Newcomen, echándose atrás en su silla—. Dos hombres empleados por el doctor Jekyll son ladrones y asesinos, enviados por la noche a realizar sus fechorías. Dice usted que eliminan a los caballeros que podrían saber demasiado de la identidad real de su amo, y por tanto, se han convertido en una amenaza, y mientras tanto, saquean los hogares de esos mismos caballeros, y se llevan como botín los artículos robados.

Utterson asintió.

—Consideremos las pruebas —dijo—. El medio hermano de Jekyll, un hombre que es posible que tuviera información crucial sobre el reclamante, ahora está muerto. El médico de Jekyll en el momento de su desaparición, un hombre que podía haberle identificado plenamente, ha desaparecido. Su dentista, que podía haberle reconocido por sus dientes, también está muerto, y sus archivos han ardido. Y más recientemente, en los últimos días, sir Palfrey Bramble y Edmond Keyes, dos de los amigos más íntimos de Jekyll, han muerto también.

Newcomen gruñó.

—Y sin embargo, todas esas muertes han sido investigadas por completo y todas las circunstancias sospechosas se han descartado. Tampoco faltan artículos de valor en sus respectivos hogares.

—Pero ¿puede usted dar fe realmente de esto? —alegó Utterson—. ¿Lo puede atestiguar de verdad?

—Si se hubiera cometido alguna impropiedad, yo lo habría sabido.

—Pero ¿no estarán cerradas ya las investigaciones de Bramble y Keyes, verdad?

—Sir Palfrey murió mientras dormía. Edmond Keyes, por lo que yo sé, murió como resultado de un accidente muy corriente.

—Entonces quizá le interese saber que los dos brutos de los que hablo, los que están empleados por el impostor, fueron vistos en la proximidad de la residencia de Keyes anoche.

—¿Quién los vio? —preguntó Newcomen—. ¿Usted?  
Utterson tosió.

—Alguien que conozco en Cavendish Square.

—Hummm... —dijo Newcomen—. No veo que eso suponga ninguna diferencia, en cualquier caso. Keyes murió el domingo por la mañana, muchas horas antes de lo que puedan haber visto anoche usted o alguna otra persona.

Utterson consiguió recuperarse rápidamente de su sorpresa.

—Y luego está la sencilla aplicación de la lógica —siguió—. Considere la probabilidad matemática de que se dé tal coincidencia, que un número tan elevado de hombres del círculo de Jekyll mueran en cuestión de meses.

—Yo soy policía, Utterson. Desde hace dieciocho años. Y supongo que sé bastante de probabilidades matemáticas.

—Para no mencionar el pequeño asunto de la recompensa del reclamante —probó Utterson—. Todos esos tesoros de la sala de disección, quiero decir... tienen que haber salido de alguna parte.

—Bueno, el doctor lleva fuera unos cuantos años, y es muy probable que haya acumulado unos cuantos recuerdos en ese tiempo. Además, ¿cómo sabe usted lo que hay en la sala de disección?

—Pues... durante la cena se lo oí contar a alguien —dijo Utterson.

—¿A quién?

—No lo recuerdo.

Newcomen lo miró, suspicaz.

—No habrá hecho usted alguna tontería, ¿verdad?

—Pero ¿no ve lo que está haciendo el impostor? —siguió Utterson—. Fingiendo que visita a algunos viejos amigos, examina bien sus hogares y luego envía a sus esbirros para que saqueen sus objetos de valor. Y silencien a sus ocupantes, también, si acaban enterándose de sus fechorías.

—Hace unos minutos me decía usted que las víctimas eran asesinadas por

saber demasiado de Jekyll —decía el inspector—. ¿Ahora dice que los mataron porque sorprendieron a los ladrones en pleno robo?

—Una cosa o la otra, no hay ninguna diferencia —insistió Utterson—. Y otro detalle, inspector. Uno más. Es usted muy libre de no creerme cuando se lo digo, pero tengo buenos motivos para sospechar que el ladrón más pequeño, el hombrecillo de rostro odioso, de hecho es el reclamante disfrazado. De esa manera, podría proseguir sus empresas asesinas sin ser detectado.

—¿El hombrecillo es el reclamante también?

—Eso es.

—¿El doctor Jekyll?

—El hombre que asegura ser Jekyll... podría ser.

Newcomen bufó.

—Esto se está poniendo bastante fantástico, Utte...

—Ya sé cómo suena —le interrumpió Utterson—. Lo sé. Pero no creo que haga ningún daño investigar con una mente abierta, ¿verdad? Como favor para un hombre que, creo que puedo decirlo sin mentir, tiene la reputación de ser el abogado menos nervioso de Londres.

—¿Es usted el menos nervioso?

—¿Tiene usted motivos para rebatírmelo?

Newcomen parecía a punto de decir algo, pero acabó negando con la cabeza.

—Muy bien, señor Utterson —dijo—. Entonces, quizá pueda indicarme usted qué puedo hacer para que se ponga todavía menos nervioso...

Una hora más tarde, más o menos, los dos hombres entraron en casa de Jekyll, dirigidos por el propio reclamante. Una tormenta se iba aproximando, enviando sus andanadas de truenos, y la porcelana de la cocina, los espejos del pasillo y el latón que se encontraba ante la chimenea tintineaban todos siguiendo su ritmo.

—Espero que no haya ningún problema. —El reclamante, confortablemente vestido con el batín favorito de Jekyll, levantó las cejas, inocentemente.

—Solo un pequeño asunto —le aseguró Newcomen—, que necesita aclaración.



Utterson fue más directo.

—¿Dónde estuviste anoche... puedes responder a eso?

—¿Anoche? —la frente del reclamante se arrugó más aún—. ¿Por qué lo preguntas, querido Utterson?

—¿Saliste a la calle, por casualidad?

—Pues resulta que estaba visitando a nuestro común amigo Christopher Piggott... como pueden verificar preguntándole al propio Piggott.

—¿Y después? ¿Cuándo volviste a casa?

—Me retiré a la cama, naturalmente.

—¿Ah, sí? ¿De verdad?

—Supongo que no puedo demostrártelo, Utterson, si estás decidido a no creer nada de lo que yo diga.

Utterson frunció el ceño.

—¿Y dónde, si se puede saber, estaba el mayordomo?

—¿El mayordomo?

—El señor Baxter. Tu mayordomo. Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Baxter? Espero que no le estuvieran siguiendo.

—Eso no es una respuesta.

—Bien, me disgusta tener que decepcionarte, pero Baxter estaba comprando víveres para mi próxima cena.

—Viveres para la cena, ¿eh?

—Cerdo, sobre todo. En un matadero, el de Ogden. Conoce al capataz.

—¿Y lo visita a medianoche?

—Bueno, yo no le hago demasiadas preguntas. Puerta de atrás, ejem, mirar a otro lado, ya sabes. Espero que eso no le preocupe, inspector.

Newcomen se encogió de hombros.

—He oído hablar de tales cosas.

—Ah, sí —rio Utterson—. Un matadero dices, ¿no? Sí, claro, un matadero. Pero dime, ¿quién de ellos es el que mata? ¿Es Baxter o el otro?

—¿Qué otro? —Por aquel entonces ya habían recorrido el jardín y llegaron a la puerta interior, a la sala de disección.

—El hombrecillo pequeño. El duende. ¿Quién es? ¿Eres tú?

—Ah. —El reclamante ya estaba metiendo la llave en la cerradura—.

Supongo que ya han conocido a Eddie.

—¡Eddie! —Era el nombre de pila de Hyde.

—Mi mozo.

—Ah, así es que es un mozo.

El reclamante había abierto la puerta, y allí, dentro de la semioscuridad de la sala de disección, como si le hubieran dado la entrada de antemano, estaba el feo hombrecillo con la cara chamuscada y restregada, Eddie, afilando un cuchillo en una piedra de afilar.

—Hablando del rey de Roma... —dijo el reclamante, divertido—. Utterson estaba hablando de ti.

—¿Falta algo, señor? —dijo el hombrecillo, arrugando la cara.

—Nada en absoluto —dijo su amo—. Aunque creo que por ahora sería mejor que te ocupases en la cocina, amigo.

—Ciertamente, señor. —Dándose un golpecito en la gorra, el hombrecillo, que olía como una chimenea sucia, pasó junto a ellos y se dirigió hacia el interior.

Utterson estaba desconcertado por la absoluta «insolencia» de todo aquello, como si se estuvieran burlando de él. Pero su distracción no era tan grande como para no darse cuenta de que, en la oscuridad de la sala de disección, los artículos robados todavía estaban ocultos bajo unas sábanas. De modo que llegó hasta uno de ellos de repente, corriendo por la habitación, y arrancó la primera cobertura con un floreo.

Pero debajo no había otra cosa que un antiguo tocador de Jekyll. Utterson arrancó otra sábana: un arcón con cajones, también original de la casa de Jekyll. Otro: una otomana recargadamente tallada. Utterson no la reconoció al principio, y el corazón le dio un vuelco, pero luego sí.

Y otro objeto. Y otro. Y otro más.

Al final dejó expuestos en la sombría sala un montón de muebles destapados, pero en ninguna parte encontró una escultura hindú ni una araña Luis XV, ni nada de lo que había visto la noche anterior.

Levantó la vista, con la sangre bombeando por su cuerpo, y encontró al reclamante y el inspector que le miraban con frialdad.

—¡Lo ha escondido todo! —escupió al reclamante—. ¡Lo ha escondido en algún lugar de la casa!

—¿Escondido, Utterson?

—¡El botín! ¡Los tesoros que ha robado de las casas de otros!

—Puede usted registrar toda la casa, si así lo desea.

El reclamante tenía un brillo extraño en los ojos; el inspector, por contraste, no estaba nada impresionado. Los relámpagos lo iluminaban todo a través de la cúpula.

Y de repente, una terrible convicción se apoderó de Utterson.

—¡Me viste anoche!, ¿verdad? Sabías que yo estaba siguiendo a tus hombres. Y sabías que estaba aquí también... aquí mismo, en esta misma sala.

El reclamante parecía perplejo.

—Mi querido amigo... —dijo—. No estoy seguro de lo que estás sugiriendo... —Miró a Newcomen para que le ayudara—. ¿Está diciendo que entró aquí anoche?

—Espero que no —dijo Newcomen.

—Dios mío... —siguió el reclamante, frunciendo el ceño un poco más—. No puedo ni pensarlo. Quiero decir que la casa de un hombre es su castillo, su último refugio, su fortaleza. —Miró a Utterson—. La mismísima fortaleza de su identidad.

Utterson respingó.

—¡La fortaleza! —Se quedó mirando al reclamante con los ojos muy abiertos, tragó saliva y miró al inspector, y le señaló con el dedo, acusadoramente—. ¡Está usando las mismas palabras que Jekyll! ¡De su declaración! —gritó—. ¡Está usando las palabras de Henry Jekyll!

Ante lo cual, el inspector Newcomen mostró más desdén aún, mientras el propio reclamante ofrecía una sonrisa vaga.

Y Utterson, de pie en medio de la sala de disección, supo que lo habían descuartizado... destrozado quirúrgicamente. Y supo que para siempre le verían como un loco.

Pero él no estaba loco.

¡No lo estaba!

Aunque era el único hombre en todo Londres que lo sabía.

# LAS LLAVES DEL INFIERNO Y LA MUERTE

Muchos años antes, Utterson fue el joven abogado defensor que representó a Travis Hardwicke, caballero de la Orden del Imperio de la India, otrora gobernador de distrito de la Compañía de las Indias Orientales, cuando encontraron a Hardwicke a solas con el cuerpo de Percy Sullivan, un hombre de negocios rival, en la parte trasera de los salones del club de la compañía, en St James Square. La cabeza de Sullivan estaba machacada a golpes; el arma, un atizador, todavía se hallaba en la mano de Hardwicke. El propio Hardwicke estaba conmocionado, y no había nadie más en las cercanías. A pesar de la ausencia de algún motivo claro, parecía un caso muy claro de asesinato.

Pero cuando el equipo legal interrogó a Hardwicke, este insistió repetida y persuasivamente en que él había actuado en defensa propia. Decía que la víctima le había atraído hasta el club vacío con malvadas intenciones; decía que Sullivan, durante años, se vio consumido por los celos y la ambición, decía que el hombre tenía un historial de fraudes y tergiversaciones y aseguraba que Sullivan le había estado acosando con amenazas y chantajes.

Hardwicke conocía todos los detalles de una manera nítida. Recordaba los incidentes con una precisión asombrosa; nunca titubeaba ni se contradecía a sí mismo, y además, estaba claro que creía en todo lo que decía.

Y sin embargo estaba completamente loco. En el tribunal de justicia sus afirmaciones fueron refutadas rápidamente con pruebas de antiguos colegas y relaciones perdidas. Pronto quedó bien claro que Hardwicke había ido obsesionándose con Sullivan durante años considerándole enemigo suyo, y que había proyectado en él todos los motivos siniestros que infectaban su

propio corazón. Así, había sido capaz de inventar hechos, recuerdos e incluso documentos sin ser consciente en absoluto del papel que él mismo había representado en aquella farsa. En efecto, era un ser dividido, incapaz de distinguir la realidad de sus propias ficciones y sin consciencia de sus propios actos, incluso en el momento en que los estaba realizando.

Aunque el caso, que causó sensación en su momento, se desvaneció con rapidez del recuerdo del público, en la mente de Utterson quedó profundamente grabado el gran poder distorsionador de la imaginación. Y como consecuencia, decidió que nunca se dejaría atrapar aceptando el testimonio de ningún hombre sin pruebas incontrovertibles (e incluso entonces se reservaría una cierta sospecha). A través de esos medios, consiguió renombre como hombre que no se dejaba corromper por la irreflexión o la sentimentalidad, una piedra de afilar sobre la cual otros podían ir limando sus delirios.

Y sin embargo, ahora Utterson tenía que preguntarse si él mismo no estaría delirando. Si su percepción de la realidad no se habría desencajado. Si no tendría que desafiar su propia identidad.

¿Se habría vuelto loco, realmente?

Pero una y otra vez, por mucho que enjuiciaba el caso en su mente, no conseguía sacudir los cimientos de sus convicciones fundamentales. Las declaraciones escritas de Henry Jekyll y Hastie Lanyon habían existido de verdad. Él no era dado de forma natural a las fantasías. Así que todo en aquellos documentos era real. Bebiendo una pócima, Jekyll se había transformado en Hyde. Como Hyde, había cometido muchos delitos inenarrables. Y se había suicidado, en el cuerpo de Hyde.

Y eso significaba que el reclamante era un impostor. Tenía que serlo. Sencillamente, no había otra explicación posible.

Con su fe más firme todavía, ahora que había resistido un bombardeo infligido a sí mismo, Utterson volvió con renovada energía a Gaunt Street, encontró el baúl que contenía las recetas de Jekyll y se enfrentó a Poole.

—Usted era el que conseguía los polvos y productos químicos del doctor Jekyll, ¿verdad?

—Algunas veces —admitió el mayordomo.

—¿Puede decirme qué químico era el que le proporcionaba sus suministros? ¿Especialmente en el último año de su vida?

—Si se refiere a antes de que desapareciera mi amo —dijo Poole—, usaba unos cuantos proveedores al por mayor, pero el principal era Maw & Co., de la calle C.

—¿El que tiene los faroles rojos y azules?

—Ese mismo, señor.

—Entonces prepare una cena ligera, Poole, y yo volveré, si todo va bien, a las ocho en punto.

Pero en Maw & Co. descubrió que el hombre que habitualmente servía los pedidos del doctor Jekyll, un tal señor Halliday, se había retirado a Bethnal Green hacía tiempo. Sin dejarse amilanar, Utterson tomó el tren para ir a casa del anciano.

El químico, que tenía las manos llenas de cicatrices y un carácter cáustico, pareció desconcertado ante las preguntas del abogado.

—¿Qué es lo que anda buscando?

—Una receta de Jekyll para una pócima que compuso numerosas veces antes de su muerte. —Utterson le tendió algunas de las recetas del doctor.

—¿Cree que puedo identificar una pócima solo con los ingredientes?

—Confío en su ayuda.

—Jekyll era un tipo muy raro —recordó Halliday—. Me pedía unas combinaciones muy extrañas.

—La pócima que tengo en mente era particularmente extraña, tenía un olor muy fuerte y una efervescencia visible. Sus efectos eran rápidos y dramáticos.

—No estará diciendo que fue lo que mató al doctor, ¿verdad?

—No, directamente no.

—Entonces, ¿por qué quiere esto, precisamente?

Utterson suspiró.

—Yo era el abogado de Jekyll y su amigo más querido. Necesito probar que la mezcla en cuestión tuvo un efecto decisivo en su personalidad.

—Si lo hizo, no fue cosa mala —dijo Halliday, aunque no siguió explicándose. Al final, eligió una de las recetas de la colección de Utterson—. Creo que es esta la que debería buscar.

Utterson inspeccionó los ingredientes: fósforo, etanol, cocaína, hongos alucinógenos y otros elementos... realmente, una mezcla peculiar.

—Jekyll hablaba de una cierta cantidad de sal.

—Posiblemente cromato de sodio.

—Él sugería que esa sal en particular, que era esencial para su fórmula, tenía impurezas.

Halliday gruñó.

—En Maw's no se venden sales contaminadas. Quizá la obtuvo en algún otro lugar.

—¿Sabe usted dónde podría ser?

—Jekyll no me lo contaba todo.

—Entonces, ¿no tiene ni idea de cómo podrían haberse contaminado?

—Como le digo, Jekyll pedía muchísimo cromato de sodio... le ponía los dedos amarillos. Podría haberse contaminado si estuviera almacenado en un recipiente que contuviera residuos de otros polvos. En cualquier caso, si fuera usted, esa sería la sal que buscaría.

—¿Vende Maw & Co. esa sal, por casualidad?

—Por supuesto —dijo Halliday—, pero no contaminada, eso se lo aseguro, a menos que sus estándares de calidad hayan decaído desde mis tiempos.

—Entonces tendré que trabajar con lo que tengan.

Volvió a toda prisa a Maw & Co., recogió los suministros necesarios y los llevó en un cajón a Gaunt Street, donde su cena todavía se estaba cocinando en la cocina.

—No importa, Poole —dijo—. Suba arriba conmigo.

El mayordomo siguió a su amo obedientemente hasta el despacho, donde Utterson sacó los diversos ingredientes.

—¿Reconoce usted estas sales y tinturas?

El mayordomo parecía dubitativo.

—Son los mismos ingredientes que Jekyll usó en su último e infame experimento —explicó Utterson.

—¿Señor?

—Es cierto... y ahora me propongo mezclarlos y hacer una pócima, para probar que un hombre es capaz de transformarse en otro ser, igual que su antiguo amo se transformó en Edward Hyde.

Poole parpadeó.

—¿Que mi amo... se transformó en el señor Hyde?

—¡Increíble pero cierto, Poole! Ese es el secreto que he estado ocultándole los últimos siete años. El hombre que encontramos muerto en la sala de disección aquella noche no solo era el señor Hyde... era también el doctor Jekyll. Y esta noche, aquí, en esta misma casa, yo se lo demostraré. ¡Prepararé esa pócima delante de usted, y me transformaré en otro hombre!

—Señor...

—Dude todo lo que quiera, Poole, pero espere... ¡espere y verá!

Rápidamente midió los líquidos y polvos y los fue mezclando en un vaso graduado, del que emanaban vapores y olores nauseabundos. Y cuando el brebaje adoptó un color morado intenso, y luego verde vegetal, tal y como describía Hastie Lanyon en su declaración, Utterson supo que el preparado era bueno.

—Y ahora, Poole —dijo, levantando el vaso—, debe ser testigo de la locura de su antiguo amo. No aparte los ojos; no tiemble, no retroceda; por encima de todo, debe usar todas sus fuerzas para evitar que yo salga de esta habitación, ¡porque tengo en mis manos las llaves del infierno y de la muerte, y dentro de mí se va a liberar un monstruo!

—Señor...

—Cierre la puerta, Poole... ¡y observe!

Y diciendo esto, Utterson echó la cabeza atrás y de un solo trago se bebió el contenido del vaso espumeante.



# EL SEÑOR UTTERSON Y JERICHO HORN

La pócima explotó en las entrañas de Utterson; su cabeza se inflamó, su visión se hizo borrosa; sufrió convulsiones, luchó por respirar, se cogió la garganta, notó que emergía la bilis, sus ojos se pusieron en blanco, la sangre rugió por todo su cuerpo, y la piel se le calentó como una bandeja en el horno.

—¡Señor! ¡Señor! —oyó que gritaba Poole.

Por un momento Utterson estuvo convencido de que iba a morir; incluso se preguntó si habría compartido el mismo veneno que mató al señor Hyde. Y reconoció que sería un justo castigo por su locura, por ser un idiota tan iluso, insensato y fantasioso. De modo que se rindió, y el suelo se abrió bajo sus pies, y se desmayó en una *chaise longue*, y sus miembros se aflojaron, y su cuerpo quedó flácido, y su corazón se detuvo, y se puso en manos de Dios.

Hubo negrura, y luego más negrura.

Pero luego ocurrió algo notable. Como si estuviera en un sueño, Utterson vio que su propio cuerpo se retorció y se doblaba en dos; vio que Poole se inclinaba sobre él, notó que todo su cuerpo se reordenaba, oyó que sus huesos rechinaban y se curvaban, sus músculos se tensaban y se hinchaban, su pelo crecía hirsuto, como el de un lobo, sus intestinos se llenaban de espuma, sus nudillos crujían, los dientes le serraban los labios, y probó la sangre como un elixir en su garganta.

—¡Dios mío! —exclamó Poole, retrocediendo.

Y Utterson, exultante, comprendió que no estaba muerto, después de todo, que había cambiado de forma, que había desatado un demonio que tenía dentro, y que años de respetabilidad habían quedado desgarrados, como un

velo.

—¡Señor!

Esa transformación tendría que haber bastado para Utterson. Su intención, al preparar la pócima, era solo probar una posibilidad ante el mayordomo y ante sí mismo. Pero ahora, como el doctor Jekyll antes que él, se notaba embriagado por una sensación de libertad, de temeridad abrumadora, porque todas las paredes de Londres estaban en fila ante él, gritando para que las rompiera.

Ya no era el ángel Gabriel. Era Jericho Horn.

Abrió los ojos y se puso de pie, notándose más fuerte, más esbelto, más nervudo, y tan tenso como un muelle a punto de saltar.

—¡Tiene que sentarse! —intentó Poole.

—¡Échese atrás, ingrato!

La voz, gutural y dominante, desgarraba el aire como si fuera metralla, y solo tardíamente se dio cuenta Utterson, con sorpresa y deleite, de que era la suya.

—Señor...

Utterson golpeó al mayordomo en el pecho tan fuerte que Poole perdió el equilibrio, se agarró a las cortinas y por fin cayó al suelo, y Utterson echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—¡Tendría que haberlo hecho hace años! —gritó, y escupió con odio a Poole, e inmediatamente salió por la puerta.

Bajó las escaleras, cogió su sombrero y el bastón con cabeza de cobra (el sombrero se lo caló hasta las sienes, el bastón parecía una porra) y abrió de golpe la puerta con la maldad en el corazón y la venganza en el alma.

Subiendo la calle, encontró que su tremenda energía y sus miles de pensamientos apenas podían quedar contenidos en un solo cuerpo, de modo que se agitó, fue dando tumbos, gruñó y se rio, trotó y se encorvó, saltó y giró de un lado de la calle a otro, golpeó las farolas y aporreó las paredes.

Los viandantes se encogían y se protegían de él, porque Utterson era como una bola de fuego en forma humana.

—Buenas tardes, señoras —gruñó, quitándose el sombrero—. ¡Y díganme «cómo está usted, Jericho Horn»!

Al acercarse al Támesis, la cabeza se le llenó de sonidos de campanas,

trompas y violoncelos, de modo que imaginó que estaba a punto de encontrarse con alguna orquesta infernal, pero luego comprendió que no estaba «oliendo» el río, sino que lo estaba «oyendo», porque todos sus sentidos se habían reacomodado, y ahora los olores tenían sonido, y el sonido tenía olor y el color tenía sensaciones... ¡era como si hubiera vuelto a nacer!

No hizo ni una sola pausa, no titubeó en su camino. Era un instrumento de sus instintos bestiales; cargó directamente por los bulevares más bulliciosos, calles serpenteantes y retorcidos callejones; aterrorizó a ratas y gatos y cucarachas, siseó lleno de emoción cuando la gente a su alrededor corría para ponerse a salvo, y mientras tanto, las farolas de gas chillaban, el aire le lamía el rostro, los colores apestabán, los adoquines del suelo relumbraban bajo sus pies.

Finalmente se encontró delante de la casa de Jekyll, donde no había luz en las ventanas; golpeó fuertemente con el llamador y dio puñetazos en la madera, sin resultado alguno; se dio la vuelta y bufó a un grupito de mirones curiosos que pusieron mala cara y echaron a correr, y luego dobló la esquina hasta la entrada de la sala de disección, donde encontró al mozo, Eddie, que volvía a casa con su botín en una bolsa.

—¿Me reconoces?

Y como el bribón no respondía, Utterson lo agarró por el cuello y lo arrojó a los adoquines, y apretó las manos en torno a su garganta y le clavó las uñas en la carne.

—¿Dónde está tu amo?

Eddie se retorció y aspiró el aire entrecortadamente, y sus ojos sobresalieron; luchó, por decir algo, hasta que el señor Horn aflojó las manos.

—Digo que dónde está tu amo.

—¡En... en el teatro!

—¿Qué teatro?

—Un teatro... del West End.

—¿Cuál?

—No... no... —Eddie intentaba respirar desesperadamente—, ¡no lo sé!

Horn arrojó al hombre a un lado y se alejó, primero arrastrando los pies, luego aceleró, cogió velocidad, moviendo los codos al compás, con los pies casi sin tocar el suelo. Iba riéndose, graznando, dando patadas y tarareando, y

por encima de su cabeza resonaban los truenos y zigzagueaban los relámpagos, y, oh, todo le daba vueltas con aquel despliegue maravilloso, porque tanto dentro como fuera de él resonaba una tormenta tremenda.

En el distrito de los teatros, las luces siseaban y las multitudes se agolpaban en las calles, entre un caos de coches de punto y carruajes; había señoras y caballeros majestuosos, hombres con traje de gala y brillantes chisteras, damas con plumas, pieles y sedas susurrantes.

Mientras ocurría todo esto, Horn corría como una flecha, regodeándose en su propio desagrado, emocionándose con su propia repulsión, pero por todas partes adonde dirigía sus ojos no veía ni rastro del reclamante, nada en absoluto, hasta que un fuerte olor invadió su nariz y encendió un interruptor en su cerebro; y luego su nariz, sus ojos y oídos... todos sus sentidos, al unísono, le dijeron que había captado el hedor del impostor.

Y ahí estaba el odioso villano, ataviado como un guardia montado prusiano, saliendo del teatro Gaiety con la viuda Spratling del brazo, ¡qué mujer más artera!, que con su bombasí escarlata parecía tan barata como un cigarro hecho con hojas de col.

Horn notó que su corazón estallaba, que su frente se fruncía; percibió la lujuria de la viuda como si oyera el grito de un mulero y bebió su propio odio como un vino largo tiempo fermentado.

Un relámpago serpenteó por el cielo, la lluvia empezó a golpear las calles; el reclamante y la viuda corrieron por una calle mal iluminada, y el propio Horn corrió también tras ellos, con la sangre tan caliente que humeaba en su piel. A mitad de camino, con el agua rugiendo y gorgoteando en los desagües, el impostor se dio la vuelta con una mirada de reproche.

—¿Le conozco, señor?

—¡A lo mejor conoces esto! —gritó Horn, y golpeó con su bastón la nariz del hombre; sonó un crujido de hueso y brotó un chorro de sangre. Horn lo golpeó una y otra vez, una y otra vez, una lluvia de golpes que rompían los huesos, y la viuda se puso a chillar como una arpía.

Finalmente, el impostor quedó en el suelo del callejón, con la vida huyendo de él en charcos centelleantes, y Nora, ensangrentada, quedó con la espalda apretada contra los ladrillos, mientras los truenos gruñían, y Horn metía su cabeza delante de su rostro.

—¿Qué, soy Gabriel ahora —rio socarronamente—o soy Lucifer?

Entonces se abalanzó sobre ella y le arrancó el vestido de los hombros, de modo que su piel rosada brilló bajo las farolas de gas, y la agarró por la garganta y la miró a los ojos, dispuesto a tomarla allí mismo como un gato callejero.

Pero de repente sonó un silbato y al darse la vuelta vio a cuatro agentes de policía que corrían hacia el callejón, y con un magreo final a la desmayada Nora, se echó a correr por el callejón, se metió en Surrey Street y fue resbalando por los caminos más oscuros hasta el terraplén, dando muchos giros y vueltas hasta que se fundió con la noche.

La tormenta ya se estaba disipando por aquel entonces, pero caía una lluvia helada que empapaba sus ropas. Se dirigió con rapidez a Gaunt Street, con los huesos crujiendo y volviendo a arreglarse, y con los músculos desinflados, de modo que notó que se estaba transformando una vez más en el respetable abogado de Bedford Row. Con esa certeza, una gran vergüenza se fue apoderando de él a cada paso: apenas podía creer que los poderes diabólicos lo hubieran poseído. Huyó de la luz y sollozó bajo la lluvia lleno de pesar, y anhelando la consoladora familiaridad de su chimenea.

En Gaunt Street, como no encontraba su llave, llamó a la puerta hasta que apareció Poole y entonces Utterson entró en el vestíbulo, donde se quedó chorreante y empapado.

—Yo... yo... —Pero no podía hablar.

Corrió escaleras arriba hasta su despacho y se echó en *la chaise longue*, y sollozó tapándose la cara con las manos hasta que la oscuridad una vez más le invadió. Y cuando abrió los ojos, encontró a su mayordomo de pie ante él con expresión inquisitiva.

—¡Lo he matado a palos, Poole! —exclamó.

—¿A quién ha matado a palos?

—¡Al impostor! ¡Al hombre que se hace llamar Jekyll!

—¡Dios! —dijo Poole—. ¿Cuándo?

—Ahora mismo. Hace veinte minutos.

—¡Hace veinte minutos!

—En un callejón del Strand. Oh, ¿por qué no me ha obedecido, Poole, cuando le he ordenado que no me permitiera salir de esta habitación?

El mayordomo estaba desconcertado.

—Pero señor...

—Sí, ya lo sé, Poole, es culpa mía, por supuesto. ¡Es mía, por tomar esa pócima infernal!

—Pero señor...

—Nada de esto habría pasado de no ser por esa fórmula. ¡Arruinó a Jekyll y me ha arruinado a mí! ¿Qué voy a hacer ahora, con sangre en las manos?

—Pero señor... —Poole se humedeció los labios—. Le aseguro, señor, que usted no ha matado a nadie.

—Sí, sí que lo he hecho, Poole, ¡usted no estaba allí y no lo ha visto!

—No, no lo ha hecho, señor, lo sé con toda seguridad.

—No puede saberlo, Poole.

—Sí que puedo —insistió el mayordomo—. Porque no ha salido usted de esta habitación, señor. Después de beberse el líquido, ha caído en el sofá, retorciéndose y temblando, y ha ido durmiéndose y despertándose desde entonces.

Utterson cerró los ojos, incrédulo.

—¿Cómo?

—Señor, se lo prometo... lleva usted aquí en esta habitación por lo menos una hora.

Utterson negó con la cabeza.

—Miente... ¡tiene que estar mintiendo!

—Señor, lo juro sobre la Biblia.

—Pero yo estaba en la calle... lo vi todo... lo «sentí» todo.

—Usted se agitaba y se quejaba, señor, y gritaba también, pero no ha salido de esta habitación.

Utterson se tocó la camisa, que estaba mojada.

—¿Y por qué tengo la ropa mojada de lluvia?

—No es lluvia, señor, sino transpiración.

—¿Transpiración?

—Estaba usted muy sudoroso, señor, y echaba espuma por la boca también.

—¡Aaah! —dijo Utterson, viendo por primera vez que todo aquello podía ser cierto—. ¿Quiere decir que no he salido en ningún momento?

—En absoluto, señor.

—¿Entonces no soy un asesino, después de todo?

—No, que yo sepa al menos, señor.

—¿Y la pócima no me ha transformado?

—Solo le ha hecho retorcerse y sudar, señor.

Pero ahora Utterson se enfrentaba con una perspectiva igual de desagradable que la de ser un asesino: la terrible posibilidad de que la fórmula de Jekyll no hubiera transformado nunca a nadie, y que Jekyll no fuese Hyde.

De nuevo la vergüenza y el miedo le invadieron.

—¡Fue la sal contaminada! —exclamó.

—¿Señor?

—¡La sal impura! Está claro que la pócima necesita la sal impura...

Miró a Poole, como retándole a que estuviera en desacuerdo. Pero la expresión de Poole se había transformado, le pareció, de una compasión condescendiente a un hiriente desdén.

Utterson corrió hacia la puerta.

## LA LLAVE ARDIENTE

Con los ojos desorbitados y despeinado, Utterson pasó gran parte de la mañana siguiente visitando todas las farmacias en un radio de cinco kilómetros del hogar de Jekyll. Solo unos pocos recordaban al doctor y nadie admitió haberle vendido unas sales contaminadas. Solo le quedó un pequeño fragmento de esperanza al saber de un anciano químico llamado Enoch Fell, que, de forma similar al señor Halliday, había servido algunos de los pedidos más excéntricos del doctor. Pero, a diferencia del señor Halliday, el paradero de Enoch Fell era desconocido, e incluso se suponía que había muerto. Utterson, vagamente consciente del efecto intimidatorio que su aspecto estaba teniendo en aquellos a los que interrogaba, soltó una risita sombría.

Era siniestramente divertido, en realidad, el número de obstáculos que estaba encontrando en su camino: suficientes, desde luego, para que el hombre más racional del mundo se cuestionase sus facultades mentales. Solo quedaban dos días para que pudiera asumir con todo derecho el control pleno de las propiedades de Jekyll y seguía siendo el único hombre en todo Londres que se interponía en el camino de los designios del impostor.

De vuelta en su oficina en Bedford Row, no se sorprendió al descubrir que el reclamante había contratado los servicios de un abogado con muy elevadas credenciales, el señor Aubrey Bent, concluyendo así formalmente su asociación con Utterson & Slaughter.

—Cree que ha ganado —musitó Utterson—. Cree que ya ha ganado este terrible juego.

—¿Juego, señor? —dijo Guest.

Utterson lo desdeñó.

—No importa —dijo—. ¿Recuerda, por casualidad, la reciente muerte de



Teddy Jekyll, el medio hermano de Henry?

—Thomas Jekyll, señor.

—¿Perdón, cómo dice?

—Se llamaba Thomas Jekyll, señor. Yo me llamo Teddy.

—Claro, claro —dijo Utterson—. Sin embargo, quiero que me encuentre la firma que llevaba sus asuntos.

—Eran Kemp & Beatty de Essex Street, señor.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo recuerdo muy bien, señor, porque seguí muy de cerca todo lo que tenía que ver con el doctor Jekyll... incluso los asuntos de su medio hermano.

—¿Ah, sí? —Utterson no tendría que haberse sorprendido, Guest era como una urraca con los detalles insignificantes, pero no pudo evitar sospechar algún motivo siniestro—. Bueno, pues allá voy ahora... a Kemp & Beatty. Estén preparados para recibirme o no —cogió su sombrero.

—Pero y el...

—No me importa nada... sea lo que sea. Slaughter se puede hacer cargo.

—El señor Slaughter, si me permite que se lo diga, señor, está muy preocupado...

—¡Slaughter se puede ir al infierno! —escupió Utterson—. ¡Si no voy yo primero!

Utterson tuvo tiempo de percatarse de la mirada de alarma o incluso de asombro que le dirigió su administrativo, y luego corrió escaleras abajo. Pero allí, por desgraciada coincidencia, tropezó con el propio señor Slaughter que salía del excusado.

—Ah, señor Utterson —dijo el socio más joven—. Me pregunto si podría tener unas palabras con usted...

—¡No tengo tiempo! —exclamó Utterson—. ¡Quítese de mi camino, por el amor de Dios!

Abriéndose paso entre empleados y carros, Utterson llegó a Essex Street y preguntó por Rupert Kent, a quien conocía de la Sociedad Legal.

—Pues sí, yo estaba muy unido a Thomas Jekyll —admitió el leonino abogado unos minutos más tarde, en el consolador refugio de su despacho forrado con paneles de madera—. Le consideraba un amigo por encima de todo lo demás, igual que usted con Henry. Y del mismo modo que pasó entre

usted y Henry, no pude evitar su caída al final. ¿Por qué lo pregunta, Utterson? ¿Tiene algo que ver con el repentino regreso de su hermano?

Kemp era un hombre muy fiable, agudo como un estoque, y Utterson tuvo pocas dudas a la hora de ser lo más honrado posible.

—Es un asunto complicado —replicó, secándose la frente—. Pero últimamente he llegado a preguntarme si el hermano de Jekyll, su antiguo amigo Thomas, está muerto realmente.

Kemp sonrió.

—Mi querido amigo, ¿no estará sugiriendo que Thomas Jekyll pudo haber ocupado el lugar de su hermano, en un intento audaz de reclamar sus propiedades?

Utterson gruñó.

—Parece que mis sospechas han llegado antes que yo mismo.

—Bueno, se ha hablado un poco en los círculos legales, como era de esperar. Pero sea cual sea su teoría, puede tranquilizarse usted. Para empezar, Thomas se parecía muy poco a Henry, solo eran medio hermanos, como sabrá, y en cuanto a su muerte, puedo verificarla categóricamente porque me llamaron a mí para identificarle.

—¿Lo vio usted con sus propios ojos?

—Y lo olí con mi propia nariz. Además, el estado calamitoso del cuerpo indicaba que Thomas jamás se levantaría de entre los muertos.

—¿Descompuesto?

—Y mutilado.

—¿No había ninguna pista de la identidad de los atacantes?

—Bueno, Thomas frecuentaba unas compañías muy cuestionables, de eso no cabe ninguna duda. A menudo temía por él, y resultó que no andaba muy desencaminado. Pero no —dijo Kemp—, no hubo ningún culpable obvio. Y en cualquier caso, el rastro se había quedado completamente frío para el momento en que fue descubierto el cuerpo. Thomas tenía que haber viajado a América, ¿sabe?, y durante largo tiempo, su ausencia no se consideró sospechosa.

Utterson se quedó pensativo.

—¿Dice que tenía que ir a América?

—Durante semanas después de su muerte, todo el mundo creía que

simplemente estaba fuera del país.

—¿Y eso mismo no le parece a usted obra de profesionales?

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, encargarse de un hombre en el momento más adecuado... cuando está a punto de irse al extranjero, y nadie sospecharía que le pasa algo malo hasta que fuera demasiado tarde...

—Es una posibilidad intrigante.

Utterson pensó un poco más.

—De hecho, ¿no cree posible que un criminal bien preparado, o incluso un grupo de criminales, podría pasar meses, años incluso, recogiendo datos sobre los hábitos e historia de un caballero desaparecido, con la idea de asumir su identidad, en un momento dado?

Kemp se encogió de hombros.

—Es una idea atractiva —admitió—, y no carece de precedentes, supongo. —Negó con la cabeza y soltó una risita—. Pero de verdad, Utterson, ha desarrollado usted una mente muy tortuosa en los últimos años, ¿verdad?

—Solo en los últimos diez días —replicó Utterson—. Solo en los últimos diez días...

Dejó el despacho de Kemp con la llave de la puerta de Richard Enfield ardiendo en su bolsillo. Aunque había olvidado a su pariente con la creciente confusión que vivía, la mención del viaje frustrado de Thomas Jekyll a América había suscitado otra terrible posibilidad. Así que, preparado para lo peor, subió las oscuras escaleras del apartamento de Enfield en Piccadilly, con el bastón fuertemente agarrado en la mano.

En cuanto abrió la puerta olió la descomposición. Flores muertas, aire muerto, carne muerta. Cerró la garganta y fue andando como un gato por las habitaciones. No tardó mucho tiempo.

Richard Enfield estaba echado boca arriba en el salón. Había una mancha de sangre, seca hacía mucho tiempo, que se extendía desde su cabeza por la alfombra turca. Bolsas de viaje y maletas estaban apiladas allí cerca. Un baúl de viaje, con el monograma R.E., se alzaba junto al cuerpo como una lápida.

Utterson se arrodilló (los escarabajos negros salieron disparados del cuerpo) y examinó una enorme depresión, llena de gusanos, que se abría en la

cabeza de su pariente. El resultado de un pesado golpe con una barra de metal o hachuela, sin duda... lo suficiente para acabar con la vida de Enfield en un instante. Muerto, cabe la posibilidad, porque podía identificar al misterioso hombre de su club. Muerto, probablemente, porque estaba demasiado cerca de Utterson. Muerto, casi seguro, porque estaba a punto de revelar algo incriminador.

Pero lo que parecía fuera de toda discusión para Utterson es que lo habían matado o bien el reclamante o sus sabuesos...

Sin embargo, sabía cómo responderían los demás. Un simple accidente, dirían. Lamentable, sin duda, pero mucho más corriente de lo que uno podría pensar. «Tropezó y se dio con la cabeza en la esquina de la mesa... mire, incluso se puede ver un poco de pelo en el borde de mármol. Y ahí, la pastilla de jabón con la que resbaló».

Y en cuanto a los actos delictivos, desecharían cualquier sugerencia de ello de inmediato. A menos, por supuesto, que decidieran que el responsable era el propio Utterson, el único hombre en Londres que tenía la llave de Enfield. «Llevaba un tiempo actuando de una manera muy extraña, milord, y estaba claro que tenía cosas que ocultar...»

En ambos casos se equivocarían terriblemente.

¿Verdad?

Utterson se quitó el sombrero y rezó un momento por el último amigo que le quedaba. Recordó los muchos paseos que habían dado juntos, los vigorosos debates en los que se enzarzaban, y juró con todo su corazón hacer justicia con el impostor y su banda de piratas. Porque ya no se trataba de un agravio personal, sino que ahora tenía un objetivo sagrado.

Y entonces, resistiéndose al impulso de buscar objetos de valor perdidos, salió del piso de Enfield, asegurándose de que en la escalera no había nadie, y se dirigió rápidamente a la calle, con el ala del sombrero bien baja.

## UN ALMA QUE PARTE

A media tarde, bajo unas nubes negras y desgarradas, Utterson estaba en el cementerio municipal de B., donde encontró al corpulento guarda irlandés intentando frenéticamente esconder un frasco que llevaba.

—Hace siete años —le dijo al guarda, muy tenso—, pagué para que enterrasen a un hombre llamado Edward Hyde. Ese hombre era un criminal, un asesino, y sin embargo me sentí obligado a procurar que le dieran un entierro cristiano, debido a mi amistad particular con su guardián, un doctor de cierto renombre. Pero yo no asistí al entierro, solo pagué la lápida, de modo que no tengo ni idea de dónde reposa en este cementerio.

—Yo conozco bastante bien la tumba —dijo el guardián, secándose los labios con el dorso de la mano—. Una tumba muy corriente... le puedo llevar allí ahora mismo.

—Hay más... —siguió Utterson—. La verdad es que me gustaría inspeccionar el cuerpo.

—¿«Inspeccionar», señor?

—De hecho, lo exijo. Quiero que exhumen el cuerpo, lo antes posible.

—¿Hoy, señor?

—Sí, inmediatamente. Pagaré lo que haga falta.

El guardián negó con la cabeza.

—Pero haría falta una orden del...

—No —dijo con firmeza Utterson—, no hace falta. Soy abogado, señor, y soy el propietario del terreno donde descansa ese hombre. Él no tenía familia alguna, y por lo tanto yo soy su custodio legal. De modo que tengo todo el derecho a exigir una exhumación.

De hecho, después de dejar el apartamento de Enfield, Utterson se había

sentido abrumado por la necesidad de ver el cuerpo de Edward Hyde. Tenía que verificar de una vez por todas que ese pequeño monstruo estaba muerto de verdad. Porque si podía hacer tal cosa, acallaría todas las dudas que quedaban de que el tipo realmente había revivido de alguna manera, y Jekyll con él.

—Quizá —siguió el guarda—, pero no es responsabilidad mía. Yo no estaba aquí hace siete años, y no tuve nada que ver con ese entierro.

—Eso no me importa en absoluto.

—Pero yo no estaba aquí entonces —insistió el guarda—. El tipo que estaba en este puesto... lo despidieron. También a los sepultureros... y yo no estaba aquí, ya le digo.

Utterson levantó una mano para tranquilizarle.

—No he venido a investigar sus prácticas, se lo aseguro. Simplemente, quiero comprobar que el cuerpo está ahí, para satisfacer mi curiosidad sobre su estado. Procedamos sin demora. Aquí —buscó en su bolsillo— tiene una guinea ahora, por anticipado, por las molestias.

No más de media hora más tarde, estaban en un rincón descuidado del cementerio, lleno de lápidas inclinadas y malas hierbas. Los enterradores, tarareando cancioncillas de *music hall*, iban apartando la tierra empapada con las palas, y dejaron al descubierto las maderas podridas del ataúd de Hyde.

—¿Está usted seguro de que sabe lo que le espera, señor Utterson? —preguntó el guarda, aprensivo—. Después de siete años en una tumba, un cuerpo cambia mucho, se lo aseguro.

—Le reconoceré, señor, no tengo ninguna duda... aunque solo sea por su tamaño.

Cuando abrieron la tapa, una ráfaga de viento recorrió el recinto, sobresaltando a los mirlos en los tejos. La neblina se fue arremolinando como un alma que parte. Y todo el mundo, incluido Utterson, se inclinó hacia delante.

Los enterradores dieron un respingo. El guarda se santiguó con rapidez.

Pero Utterson, con una resistencia que se estaba convirtiendo en su segunda naturaleza, se limitó a soltar una risita.

El ataúd de Edward Hyde estaba vacío.

## BLASFEMIA DE BLASFEMIAS

—El tío que estaba aquí antes que yo —murmuró el guarda—, era malo. Robaba joyas a los muertos y les quitaba la ropa, y si no había parientes, intentaba vender los cuerpos también. Es posible que su amigo el señor Hyde ni siquiera llegara a esta tumba, o lo sacaran poco después. Siento muchísimo tener que decirle esto, señor Utterson, y espero que no le impresione demasiado... pero le vuelvo a decir, y lo juro ante la tumba de mi queridísima madre, que yo no tengo nada que ver con este asunto.

Utterson, sin embargo, ni siquiera le escuchaba. Como cristiano, asistía a la iglesia cada semana, observaba los principales días festivos, leía libros de teología, y practicaba lo mejor que podía las enseñanzas del Testamento. De modo que cuando el camino de la vida se retorció inesperadamente, o cuando se veía obligado a sobrellevar alguna que otra tormenta, se consolaba con la convicción de que las vicisitudes de las vidas humanas estaban destinadas a fortalecer sus pactos con Dios y no a debilitarlos.

Pero ahora, con una sonrisa estereotipada fija casi permanentemente en su rostro, había empezado a preguntarse si Dios no estaría probándole y torturándole al mismo tiempo. Si no lo habría señalado especialmente para el castigo, o incluso para la muerte. Si no se habría convertido en juguete de unos seres superiores. Y si (blasfemia de blasfemias) Dios y Satán no se habrían convertido en uno solo.

Cuando llegó a Gaunt Street los empleados ya se iban a casa desde sus contadurías. En el vestíbulo, Poole le esperaba con el correo del día: una carta del señor Slaughter, que Utterson ignoró; algo de Dover, información obsoleta referente al paradero de Enfield, y una tercera carta escrita al parecer con algo de prisa del señor Kemp, el abogado.

Utterson estaba dando vueltas a este sobre en sus manos cuando notó que

su mayordomo seguía a su lado.

—¿Tiene algo que decirme, Poole?

Las mejillas de Poole enrojecieron.

—Es sobre el doctor Jekyll, señor.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, señor... —El mayordomo se agitó, incómodo—. El doctor ha estado en contacto conmigo, sabe, y entonces...

Utterson bufó.

—Le ha pedido que vuelva a ser su mayordomo, ¿verdad?

—Bueno, señor...

—Y desea usted ser liberado inmediatamente de su servicio aquí, ¿no?

—Bueno, yo...

Utterson meneó la cabeza.

—*Et tu, Brute?*

—¿Señor?

—No importa —dijo Utterson—. Él tenía planeado todo esto, ¿sabe? El doctor Disfraz lo ha planeado todo. Cree que usted sabe algo que puede serle útil. O cree que su testimonio resultará el apoyo más valioso de todos. Sea cual sea el caso, le utilizará, Poole, como ha utilizado a otros muchos antes, y luego se deshará de usted.

—Señor, no estoy seguro...

—Le digo que lo desechará. Lo matará. Lo matará sin parpadear siquiera. Y cuando llegue ese momento, Poole —Utterson miraba a los ojos al mayordomo—, cuando llegue ese momento, quiero que piense en mí, su antiguo amo, y quiero que pronuncie una disculpa al viejo Utterson. Y entonces vaya andando... o mejor no, salte a la tumba que se habrá cavado usted mismo.

Poole se puso tenso.

—Si es eso lo que cree...

—¡Bah, salga de mi vista, lacayo estúpido! ¡Recoja sus cosas y lárguese, maldito sea! ¡Mal rayo le parta a usted y a todos los hombres a los que ha servido... mal rayo los parta a todos!

Y sin esperar respuesta salió como loco hacia su despacho, donde abrió la carta de Kemp:



*Mi querido Utterson:*

*Hoy en día me ha planteado la posibilidad de que un impostor, o un grupo de ellos, estudiaran la vida de una persona desaparecida con el fin de ocupar fraudulentamente la existencia de dicha persona.*

*Yo aseguraba que ese crimen podía tener precedentes, pero solo después de que usted se fuera he recordado un caso notablemente similar, no hace ni diez años, en Edimburgo. Un hombre llamado Alexander MacKenzie, un noble muy importante, se suponía que estaba muerto desde hacía siete años cuando un caballero que se parecía muchísimo a él llegó a la ciudad, asegurando que era el hombre desaparecido. Su porte, sus maneras, su dicción, su conocimiento íntimo de los hábitos y la historia de MacKenzie, bastaron para convencer incluso a los hombres que más dudaban de que él fuera realmente el aristócrata perdido. Pero solo unos días después de obtener el pleno control de la propiedad desapareció sin dejar rastro, llevándose con él las considerables riquezas del lord, y por lo que yo sé hasta el momento, no se sabe nada más de su paradero.*

*Confío en que todo esto le sea de alguna ayuda, sin causarle más sufrimiento.*

*Atentamente suyo,*

*RUPERT KEMP*

Febrilmente, Utterson hizo la maleta y corrió escaleras abajo, donde tropezó con Poole, que se iba también con su propio maletín. Los dos hombres no se dijeron nada el uno al otro, ni siquiera un insulto o un murmullo, y en la esquina tomaron direcciones diametralmente opuestas: el mayordomo a casa de su antiguo y futuro amo; el abogado a la estación de King's Cross, y desde allí, en el tren nocturno, a Edimburgo.

## UNA CIUDAD DISFRAZADA

A la mañana siguiente, antes siquiera de que el tren se hubiese detenido con un chirrido, Utterson bajó de un salto al andén y subió corriendo la rampa hacia Waverley Bridge. Esperaba unas nubes amenazadoras, un viento furioso, el humo vomitado desde montones de chimeneas, el hedor a desechos de fábricas de cerveza y humo de carbón, todo aquello que ya conocía de sus anteriores visitas a Edimburgo. Pero el sol que brillaba en un arco bajo, despojado de toda veladura, doraba los gabletes de la Old Town, chispeaba en los escaparates de las tiendas de Princess Street e inundaba las calles en forma de media luna de la New Town con reflejos veteados de bronce. Hasta las mismísimas ciudades, al parecer, se habían disfrazado con sus mejores galas para ponerle nervioso.

Al cabo de unos minutos se encontraba en la dirección de George Street de Theodore Macleod & Sons, socio corresponsal de Utterson & Slaughter. Allí se reunió con Tarquin Macleod, socio subalterno, que reconoció una relativa familiaridad con el caso del «reclamante MacKenzie», observando al mismo tiempo que el consejero legal del lord (y por tanto de su suplantador) era el señor Carroll, de Shandwick Place. Pero como el señor Carroll se había «vuelto un poco lerdo», Utterson haría mucho mejor en consultar al señor Richard Pringle, del *Edinburgh Evening News*, un hombre excepcionalmente bien documentado en la historia criminal de la ciudad.

Esperando encontrar a otro pequeño y agrio escocés, de cara y personalidad graníticas, Utterson se sorprendió al ver que Pringle era un joven enérgico, con el cabello rojo como la llama, de treinta y cinco años como mucho, con unos tirantes de alegres colores y las mangas de la camisa manchadas de tinta.

—Sí, recuerdo bastante bien al reclamante —dijo el hombre, preparando

el té—. Yo entonces trabajaba en la policía de la ciudad, al mando de un inspector que se llamaba Groves. La investigación no fue nada de lo que enorgullecerse, la verdad: Groves, que se suicidó el año pasado, no era el hombre más inteligente del mundo que digamos, pero las particularidades del caso me causaron una gran impresión, porque creo que fue uno de los delitos más atrevidos y meticulosamente preparados que se han visto jamás en esta ciudad, y el reclamante, uno de los más osados y brillantes que han caminado nunca por estas calles. ¿Azúcar?

—¿Perdón?

—En el té.

—No, gracias. Esto... sí, gracias. O sea... ¿qué decía usted del reclamante? —Utterson, todavía agarrando su bolsa de viaje, se inclinó hacia delante en su asiento.

—El reclamante, sí. Era un tipo diabólicamente astuto, desde luego. No solo engañó a Groves, cosa que no suponía un logro demasiado espectacular, todo hay que decirlo, sino que engañó a algunos de los conocidos más íntimos del propio MacKenzie, e incluso a miembros de su familia.

—¿MacKenzie tenía parientes?

—No muchos, y bastante distantes. De hecho era una especie de recluso, vivía solo en su propiedad de Kirkliston, y ese fue precisamente el motivo, sospecho, de que su identidad fuese tan fácilmente suplantada cuando desapareció.

—¿Y cómo desapareció exactamente? —preguntó Utterson.

—Bueno, eso siempre ha sido un misterio. Se cree que tuvo un accidente en uno de sus paseos a pie por las Highlands, que cayó en un pozo de una mina o algo parecido, pero nadie lo sabe con seguridad. Quizá se suicidara. A lo mejor lo asesinaron, por un medio u otro. En cualquier caso, no se esperaba que volviese, de modo que la gente se sorprendió mucho cuando lo hizo. ¿No estará demasiado caliente? —Pringle puso una taza humeante en la mesa.

—Sí, gracias —dijo Utterson, ignorando el té por completo—. O sea, que no, gracias. ¿Y quién iba a heredar la propiedad?

—Algunos sobrinos y sobrinas suyos de Boston, creo. Pero eso no llegó a pasar porque el reclamante demostró su identidad con total éxito (fraudulentamente, como sabemos ahora), liquidó todos los bienes y se

desvaneció sin dejar rastro.

—De modo que podríamos decir con seguridad que el reclamante investigó exhaustivamente la vía de MacKenzie por anticipado.

—Exhaustivamente, sí. Del todo. Recogió información de amigos, compañeros de negocios, miembros de su club, incluso los proveedores que habían trabajado en su propiedad. Revolvió cielo y tierra. Y todo tan discretamente que nadie en aquel momento tuvo sospecha alguna.

—Y los que le proporcionaron esa información... ¿qué ocurrió con ellos?

—Ah, ¿también sabe eso, entonces?

Utterson apretó su bolsa de viaje.

—¿Saber el qué?

Pringle, sin embargo, cambió de tema repentinamente.

—¿Puedo preguntarle, señor Utterson, si conocía personalmente al señor MacKenzie? ¿O simplemente representa usted a alguien que le conocía?

Utterson se puso tenso.

—Represento a alguien en Londres que se encuentra en una situación notablemente similar... alguien que debía heredar una propiedad y a quien quizá se le niegue por parte de un hombre que podría muy bien ser el mismo delincuente que ejerció su oficio aquí en Edimburgo.

—¡No me diga! —Pringle removió su bebida—. ¿El mismo impostor, piensa usted, pero reclamando otra propiedad?

—Un bellaco cuyos métodos parecen idénticos a los que usted ha descrito. Un asesino sin corazón, que no duda en eliminar a aquellos que saben demasiado de él.

—¿Y les roba al mismo tiempo?

Utterson guiñó los ojos.

—¿Perdone?

Pringle dejó su cucharilla con un tintineo.

—Bueno, si hablamos del mismo hombre, y sería muy satisfactorio pensar que en efecto es así, entonces debería usted saber que una de las diabluras del hombre consistió en explorar los hogares de los conocidos de MacKenzie, incluso después de haberse presentado a ellos, y más tarde enviar a uno de sus cómplices, un antiguo deshollinador, para que entrase en sus hogares por el tejado.

Utterson estaba helado.

—¿Un deshollinador?

—Eso es.

—¿De modo que ese hombre tenía un cómplice?

—Efectivamente.

—Entonces dígame —la voz de Utterson le raspaba la garganta—, dígame... ¿ese deshollinador era un hombre bajito y renegrado, con una cara especialmente fea?

—Pues sí, efectivamente —confirmó Pringle—. ¿Por qué? ¿Ha conocido usted a ese bribón, acaso?

Utterson se echó a temblar.

—Es posible que sí.

—Entonces tiene usted mucha suerte de estar vivo todavía, señor Utterson. El reclamante y sus cómplices robaron muchas cosas de los hogares de los desprevenidos, y no dudaron en matar, si era necesario. Aunque, por supuesto, hicieron lo posible para disfrazar los crímenes como accidentes naturales... engañando a muchos, incluyendo a los representantes de la ley, me avergüenza decirlo.

—Así que quizá —dijo Utterson, tragando saliva—, quizá se encontrase a un hombre muerto, con una brecha en el cráneo, y se supusiera erróneamente que se había dado un golpe contra una barandilla o una mesa, ¿verdad?

—Sí, exactamente. Eran extraordinariamente eficientes a la hora de cubrir sus huellas. Incluso después de huir con su botín, se tomaron grandes molestias para destruir todas las pruebas. Un joven secretario de la firma de abogados del reclamante, por ejemplo, había registrado una serie de detalles de sus tratos con esos hombres, siguiendo instrucciones de la policía, pero lo encontraron estrangulado días después y los archivos habían desaparecido.

Utterson temblaba.

—Y dígame —dijo, con la voz tan baja que apenas era un susurro—, dígame, ese impostor, el hombre que ocupó el lugar de MacKenzie... ¿recuerda usted cómo era?

—Yo mismo lo vi en varias ocasiones.

—Entonces era... era... —Utterson se humedeció los labios—, ¿era un hombre especialmente guapo y apuesto, con la piel de tipo mediterráneo, los

ojos castaños muy brillantes, el cabello espeso y bien peinado, y los dientes blancos y relucientes?

Pringle frunció el ceño.

—Pues no... no era así, en absoluto.

—¿No?

—No era guapo en absoluto, me temo. Aunque tampoco lo era MacKenzie, el hombre a quien suplantaba.

Utterson pensó en otras posibilidades.

—Entonces quizá fuese disfrazado... ¿un disfraz muy sofisticado?

—Dudo de que ningún hombre pudiera haberse disfrazado hasta ese punto. Porque MacKenzie era grueso y robusto, y su aspecto no era nada atractivo.

—Entonces quizá... —Utterson empezó, desesperado, pero vio que no podía continuar: «Entonces quizá no estemos hablando del mismo hombre, después de todo...».

—Por favor —dijo Pringle—. Permítame un minuto o dos. El reclamante nunca permitió que se le fotografiara, es cierto, pero en los archivos tenemos un retrato de Alexander MacKenzie, y así se hará usted una buena idea del aspecto del reclamante.

Pringle se dirigió a la biblioteca del periódico mientras Utterson pensaba en el extraño giro que adoptaban los acontecimientos. ¿Serían dos impostores distintos? ¿Habría venido a Edimburgo persiguiendo a una sombra? ¿Podría estar Dios burlándose de él por última vez? El suelo bajo sus pies vibraba con el estrépito de las prensas.

—Aquí está —dijo Pringle, que volvió con una hoja de tamaño folio—. Un grabado de Alexander MacKenzie. Que, quizá con unos años menos, es idéntico al aspecto del hombre que asumió su identidad.

Utterson miró el retrato e inmediatamente dio un respingo.

¡El hombre de aquel retrato era la viva imagen de Baxter, el mayordomo de nariz chata!

## YA SABÍA LO QUE LE DIRÍAN

Sentado en el vagón del tren, armado con un fajo de recortes de periódico e informes policiales tan grueso como una guía Bradshaw, Utterson se sentía reivindicado. No estaba loco. Ni siquiera era un excéntrico. En realidad todo aquello era mucho más oscuro y siniestro de lo que podía haber imaginado. El impostor y sus socios habían cometido todo tipo de delitos en el pasado (fraude, robo, asesinato) y habían escapado sin una sola condena. No era de extrañar, pues, que actuasen ahora con tal audacia... ¡porque esperaban escapar de nuevo y quedar impunes!

Sin embargo, Utterson tenía poca confianza en que ninguna de sus nuevas pruebas convenciese al inspector Newcomen y sus colegas. El reclamante ya había hecho lo posible para desacreditarle fatalmente a sus ojos. Y sabía exactamente lo que dirían.

El retrato del reclamante de MacKenzie, por ejemplo: insistirían en que solo tenía un parecido muy remoto con el mayordomo, Baxter, o como quiera que se llamase. Hablarían de la nariz intacta, de las orejas planas, de la barbilla más prominente. Insistirían en que el auténtico MacKenzie parecía mucho más viejo que su supuesto imitador. Y rechazarían la posibilidad misma de que un boxeador de modales bruscos pudiera hacerse pasar por un lord escocés.

Desdeñarían con indiferencia las descripciones que hacía el periódico del criado de MacKenzie (español, con el pelo oscuro, muy atildado), negando que demostraban, tal y como creía firmemente Utterson, que aquél era el hombre que actualmente se hacía pasar por Henry Jekyll.

También alegarían que estaba claro que el chico de los recados del reclamante de MacKenzie, el antiguo deshollinador, no era la misma persona que el mozo del reclamante de Jekyll, Eddie. Y al hacerlo así pondrían de

relieve las diferencias que resultaban obvias en el informe policial, en el cual el deshollinador era descrito en general como «mongoloide» y «simiesco», y luego declararían que eran dos hombres totalmente distintos.

Se deleitarían señalando que el hombre que aseguraba que era Jekyll había recogido un número impresionante de declaraciones juradas de hombres de alto rango, ignorando deliberadamente las declaraciones en el mismo sentido que también había recogido el reclamante de MacKenzie, ¡como si los apoyos de los caballeros de Londres fueran muchísimo más creíbles que los de unos escoceses empapados en whisky!

Y finalmente, dirían que Utterson ya había demostrado que no era fiable en absoluto. Recordarían sus falsas acusaciones y sus teorías ridículas. Se mofarían de la absurda insistencia en que Jekyll y Hyde eran la misma persona. Murmurarían sobre la enorme herencia de la cual él se vería ahora privado. Animarían a Poole a contarles detalles de su errática conducta. Se reirían de su amor no correspondido por la viuda Spratling. Incluso puede que se hubiesen enterado de su desesperado ataque al impostor y la viuda en un callejón del West End... «No, espera —pensó Utterson—, eso solo fue un sueño...»

En cualquier caso, bastaba saber que hubo otras víctimas antes que él, y ahora al menos podía evitar que el mismo destino cayese sobre otros en el futuro. Pero ¿cómo se iba a enfrentar a los villanos, exactamente? ¿Qué podía lograr él, un abogado enjuto, de cincuenta y muchos años, contra una banda implacable de tres personas? ¿Podía amenazarlos? ¿Secuestrarlos? ¿Estaba dispuesto, Dios no lo permitiera, a sacrificar su propia vida? ¿O acaso los impostores se proponían acabar con él ya mismo, cuando quedaba solo un día para que Jekyll fuese declarado oficialmente muerto?

Tales eran las preguntas que daban vueltas en la cabeza de Utterson, mientras el tren iba recorriendo la ondulada campiña inglesa y el collar de nobles ciudades que se encontraban entre Edimburgo y Londres.

Salió de King's Cross mirando repetidamente por encima del hombro. Se metió a toda prisa en un coche de alquiler y corrió a casa con el corazón saltándole en el pecho. Fue precipitadamente a la puerta y trasteó buscando la llave... —porque ya no había mayordomo alguno que le abriera—, cuando una figura emergió entre las sombras de la puerta de al lado. Utterson se echó atrás, a la defensiva, levantando su bastón con cabeza de búho.



Pero solo era su vecino, el agrimensor retirado, el señor Grimsby.

—El cartero me ha dicho que le entregara esto —explicó Grimsby, tendiéndole la correspondencia y frunciendo el ceño, preocupado—. ¿Está usted bien, señor Utterson? Parece enfermo.

—¿Enfermo? —Se echó a reír Utterson—. Nunca me he encontrado mejor.

En el vestíbulo examinó con rapidez las cartas, dejó a un lado dos mensajes del señor Slaughter y al final abrió un paquete procedente del químico Enoch Fell.

Dentro se encontraba un papel de color doblado, y una nota explicativa:

*Señor:*

*Me han dicho que está usted buscando un suministro de Sal especial, de un Tipo que yo le suministré al señor HENRY JEKYLL. La sal era de un LOTE que le compré a un proveedor de dudosa reputación en CHEAPSIDE, al hallarse ausente mi suministrador habitual.*

*Después supe que esa sal había sido almacenada en un recipiente que contenía también otras muchas sales, en cantidades suficientes para contaminar el polvo mencionado, pero guardé una pequeña cantidad, por si se me requería otra vez.*

*Aquí incluyo una dosis de esta sal, con la esperanza de que le resulte útil, pero bajo las circunstancias presentes, he decidido no incluir factura. Confío en que use juiciosamente esta sustancia.*

*Su humilde servidor.*

*Enoch Fell, QUÍMICO*

Utterson notó un escalofrío. Aunque hubiera sentido que unos poderes muy elevados se estaban burlando de él, la verdad es que ahora se preguntaba si Dios mismo no le estaría guiando por el camino final. Porque allí, además de todas las pruebas que había recogido en Edimburgo, se encontraba la última pieza del rompecabezas: el polvo que podía completar la pócima. Y allí estaba también, probablemente, la respuesta a todos sus problemas: un medio de disfrazarse y conseguir una fuerza sobrehumana. Se enfrentaría a los villanos ahora mismo, los vencería y escaparía sin ser identificado.

Sonó la campanilla del porche. Utterson levantó su bastón y abrió la puerta, dispuesto a todo. Pero no era más que su administrativo jefe.

—Señor Utterson —dijo Guest, quitándose el sombrero—, ¿puedo hablar un momento con usted?

Utterson estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices, cuando se dio cuenta de que era exactamente esto lo que necesitaba.

—¡Pues claro! —dijo, arrastrando prácticamente al interior al joven—. ¡Entre, entre, mi querido Guest, y observe!

En el vestíbulo, Guest intentó decir algo pero Utterson no tenía tiempo para escucharle.

—¡Eso no importa! —dijo—. Está usted aquí por un buen motivo, ¿sabe? ¡Dios le ha enviado! Es usted un cronista santo. ¡Tiene usted un objetivo divino!

Empujó al escribiente escaleras arriba hasta su despacho, donde frenéticamente añadió la sal de Fell a los otros ingredientes y los removió con furia en un vaso, mientras informaba a Guest de todo lo que había descubierto en Edimburgo, la historia del reclamante de MacKenzie y todo lo que venía antes.

—¡De modo que atención, querido amigo, por su vida! —acabó—. ¡Y prepárese usted, doctor Disfraz!

—Señor, señor... —Guest parecía confundido—, ¿no irá usted a beberse ese líquido?

—Ah, no se preocupe usted por mí... no se preocupe ni un solo minuto por Gabriel Utterson... «¡porque igual que Satán se transformó en un ángel de luz, así un ángel de luz se transformará ahora en Satán!»

Y diciendo esto, cogió el vaso de líquido espumeante y se lo bebió entero, dejó el vaso vacío encima de la mesa y se limpió los labios con la manga.

Entonces se quedó mirando a Guest, mientras su visión se emborronaba y oscilaba, y sus músculos latían y se agitaban, su sangre se calentaba y bramaba en su cabeza, y sus músculos se hinchaban y se resituaban; sus huesos se contorsionaron audiblemente, el pelo se le retorció, los dientes y las uñas crecieron, se le arqueó la espalda y vio una mirada de asombro, de absoluta incredulidad, en la cara de su administrativo.

Pero no, esta vez no era un sueño... Utterson sabía que esta vez no. Esta vez era real. Estaba ocurriendo de verdad. Los cimientos se desmoronaban,

las paredes se derrumbaban, y finalmente lo había conseguido. Había abierto una brecha... no, en realidad había demolido la fortaleza de la identidad.

# DECLARACIÓN SOBRE EL CASO DE TEDDY GUEST

Han pasado ahora mismo veinticuatro horas desde los acontecimientos de ayer por la tarde, y se ha convertido en mi ingrata tarea poner en papel mis pensamientos relativos al señor Gabriel Utterson y la locura que últimamente se apoderó de él. El detective inspector Newcomen, de Scotland Yard, ha prometido visitarme en breve, tanto para recoger mi informe como para inspeccionar otros documentos que se hallan en mi posesión, de modo que no hay certeza de que pueda completar esta narración a tiempo para su examen. Sin embargo, aunque mi mano tiembla aún al escribir esto, contemplo como un deber sagrado, un «objetivo divino», como el propio señor Utterson lo habría llamado, registrar estos recuerdos para la posteridad, y dejar a los otros que hagan con ellos lo que deseen.

Entré en contacto por primera vez con el señor Utterson hace unos catorce años, poco después de que él fundara la firma con el señor Slaughter, y no mucho antes de que los dos hombres se trasladaran al despacho de Bedford Row (que sigue ocupando todavía la firma). Debido a las apuradas circunstancias de mi empleador en ese momento, y a la alta estima en la cual tenían mi caligrafía, porque creo que puedo decir sin pecar de excesivo orgullo que estaba entre los mejores de mi profesión, mencionado en el mismo grupo que el señor Greaves de Burton & Leach, o el señor Fairley de Marshall, Bidwell & Swanston, rápidamente me vi transferido al escritorio principal de Utterson & Slaughter, un puesto que enseguida hice mío.

Debo decir sin asomo de duda que estoy en deuda para siempre con el señor Utterson, tanto por emplearme ya desde un principio como por defenderme después en todas las oportunidades. Se convirtió, *in loco*

*parentis*, en una figura paternal para mí, muy interesado en mi progreso tanto profesional como personal. Nunca me intimidó, nunca me reconvino públicamente, y siempre estaba dispuesto a reconocer mi buen trabajo y mi puntualidad. Era un hombre muy ascético en todo, exceptuando su debilidad por los vinos de buenas cosechas, e incluso me admitió en la intimidad de su hogar en algunas ocasiones (el mayor honor que creo haber recibido), y no vaciló casi nunca en confiarme el conocimiento de todas sus dudas e incertidumbres (de las cuales, antes de su declive, había bien pocas).

También resultó comprensivo y me dio todo su apoyo cuando me vi obligado a acomodar a mi querido padre, antiguo contable de Tavistock, en mi pobre alojamiento de Londres. Las facultades de mi padre, en aquel momento, fallaban tanto que la tarea de cuidar de él me ocupaba todo el tiempo libre del que disponía, y a menudo debía ausentarme de Bedford Row durante largos periodos. Incluso entonces, cuando algunos en la firma cuestionaron mis prioridades, y cuando el señor Slaughter solicitó alguna compensación, el señor Utterson fue mi más decidido guardián y defensor. No quiso que se me aplicara sanción alguna, ni en salario ni en estatus, y cuando mi padre finalmente pasó a mejor vida, el primer impulso del señor Utterson fue consolarme como si hubiera sido un tío, compartir mi dolor y darme la bienvenida de vuelta al despacho con todos los privilegios a los que estaba acostumbrado.

Sin embargo, al ocuparme de mi padre en sus últimos años, me convertí, para bien y para mal, en un experto en la fragilidad de la condición humana, en las finas líneas que separan la mente consciente de la excentricidad y la excentricidad de la absoluta locura. Fue una cosa terrible de verdad presenciar cómo mi padre, un hombre que siempre había sido un caudal de sentido común y pensamiento práctico, se desintegraba hasta el punto en que era incapaz de recordar sus actividades de unos minutos antes; se confundía con su propio paradero, sospechaba de las intenciones de los demás y no recordaba las personas y hechos más importantes de su vida. Gradualmente, ante mis propios ojos, un hombre orgulloso acabó despojado de su dignidad, y en realidad hasta de su propia identidad.

En el caso del señor Utterson, me siento inclinado a creer que su desintegración, más súbita que gradual (y limitada a dos brotes inesperados) empezó hace unos siete años, en medio de las misteriosas circunstancias que

rodearon la desaparición de su buen amigo, el doctor Henry Jekyll. Hasta aquel momento, lo más cerca que había llegado el señor Utterson de una «conducta excéntrica» era a través de su curiosa colección de bastones de paseo, porque no parecía que pasara un mes entero sin adquirir uno nuevo, frecuentemente coronado con una cabeza de animal, que agitaba ostentosamente por la oficina, como invitando a la admiración. Por qué encontraba necesario poseer un bosque semejante de bastones, y qué hacía con ellos cuando ya no los necesitaba siempre ha sido un cierto misterio para nosotros, en el despacho, pero yo siempre he sospechado que el señor Utterson, cuando todavía era joven, debió de fijar su mente en poseer tales objetos, y los dotó de una importancia simbólica excepcional, hasta el punto de que todo su éxito no agotaba su necesidad de afirmar su estatus, o conseguir para sí mismo una cierta seguridad, a través de la compra de un nuevo bastón.

Excepto por esa entrañable idiosincrasia, creo que puedo decir que nunca he conocido a un hombre con una actitud menos caprichosa que el señor Gabriel Utterson. En realidad, fue esa cualidad la que le convirtió en un modelo de cordura para todos en su círculo. Él era muy consciente de ese hecho (me lo confesó abiertamente) y había hecho de todo ello un emblema, porque estaba justificadamente orgulloso de su situación como «faro en torno al cual los barcos luchan para mantenerse a flote, y a menudo naufragan».

Ciertamente, uno de esos barcos era Henry Jekyll. De las actividades del doctor que precedieron inmediatamente a su desaparición la verdad es que sé muy poco, excepto que eran muy poco habituales. En mis tratos con él, hasta ese momento, al ser cliente de la firma legal, siempre encontré que era una persona de excepcional buen sentido y generosidad. Era un hombre que pagaba una factura sin mirarla, que nunca se quejaba por temas triviales, y que siempre estaba dispuesto a mantener una conversación cordial sobre temas de lo más amplio que se pueda imaginar. Era alquimista, igual que físico, con un gran interés por formular medicinas con las cuales esperaba combatir todo tipo de enfermedades, y se comprometió a esa misión con la devoción de un faquir. En cuanto al señor Hyde, no llegué a conocerle personalmente, solo oí hablar de él por cotilleos, pero como muchos otros, he llegado a creer que ese desagradable hombrecillo, cuyo origen desconozco, era simplemente un voluntario que accedió a probar algunos elixires del

doctor, y a someterse a sus subsiguientes exámenes, a cambio de un pago negociado. En realidad, debió de ejercer una cierta influencia maligna sobre Jekyll, o puede que el doctor se sintiera agobiado por el fracaso de sus experimentos; fuera cual fuese el caso, existen pocas dudas de que, antes de su desaparición, el doctor Jekyll estaba inusualmente preocupado, y exhibía una naturaleza que oscilaba con intensidad entre el abatimiento más profundo y una exuberancia febril.

Estaba claro que el señor Utterson culpaba al señor Hyde por ese desequilibrio, y cultivó muchas teorías siniestras sobre él. Yo mismo quizá, inadvertidamente, animé esas ideas cuando me llamó para que examinara una carta escrita por la mano de Hyde, en la cual observé una similitud con la letra del doctor Jekyll; y a partir de mi inocente observación, el señor Utterson concluyó no sé por qué motivo que Jekyll estaba «falsificando» cartas para Hyde (antes de llegar, como se hizo evidente más recientemente, a una conclusión más fantástica todavía).

Que el señor Hyde era un asesino se puede decir sin duda alguna, y que Jekyll le dio refugio, quizá como resultado de su propia complicidad, también parece posible. Sea cual sea la realidad de su relación, lo que es cierto es que el señor Utterson quedó profundamente alterado por ese hecho, habiéndose nombrado a sí mismo custodio de Jekyll, o incluso su ángel guardián. Decidido por tanto a separar a ambos hombres, por las noches patrullaba las calles en torno a la casa de Jekyll y perseguía al señor Hyde como un sabueso, y se sintió tan deslumbrado por el hechizo de esa misión que se había impuesto a sí mismo, que perdió de vista, por primera vez en su vida, sus responsabilidades profesionales.

(Hay que observar, de paso, que el bastón usado por el señor Hyde para asesinar a sir Danvers Carew había sido un regalo hecho al doctor Jekyll por el señor Utterson, de modo que no es inconcebible que la misma idea de que uno de sus bastones hubiera acabado de una manera tan desconsiderada en manos del otro hombre, un criminal común además, bastara para encender en el señor Utterson un agravio y unos celos autodestructivos.)

El caso es que fue más o menos en esa época cuando en el despacho observamos las ausencias inexplicables del señor Utterson, el aspecto desastrado que tenía a veces, su impaciencia general con los asuntos cotidianos, junto con sus ocasionales lapsos de memoria. Pero lo tomamos

como aflicciones temporales, que no tenían consecuencias duraderas, al no ser capaces de ver en ellas los primeros parpadeos de una locura que al final acabaría engulléndole.

Ciertamente, el suicidio del señor Hyde, junto con la desaparición del doctor Jekyll, pusieron fin temporalmente a los síntomas más obvios, porque el señor Utterson volvió a la oficina y a atender a sus clientes con la dedicación por la cual era justamente celebrado. Solo los que estábamos más cerca de él reconocíamos un misterioso y nuevo aspecto de su personalidad, algo entre lo que siente un hombre que ha sufrido un gran trauma y un cazador de tesoros después de descubrir una cueva de piratas.

Hay que admitir aquí que pocos de nosotros pensamos que ese cambio era positivo. De hecho, hubo considerable inquietud en la firma por la persistencia de algunos misterios. Por ejemplo, por qué Jekyll había nombrado repentinamente al señor Utterson como único beneficiario suyo, poco antes de su desaparición. Y por qué el señor Utterson parecía tan poco preocupado por el destino de su amigo (casi como si pensara que el doctor no iba a volver nunca). Corrieron rumores durante un tiempo, siempre a espaldas del señor Utterson, y quizá se avanzara en algunas direcciones ridículas; baste con decir que una sospecha general, a partir de entonces, se cernió siempre sobre el señor Utterson, e hizo que muchos lo empezaran a tratar con una reserva estudiada.

Pero al cabo de un tiempo no se dijo nada más sobre el asunto, y las semillas de la sospecha, sin alimento que las nutriera, no consiguieron prosperar, y por mi parte, estaba demasiado ocupado cuidando a mi padre para dejarme inquietar por unas ideas tan oscuras.

Acercándonos al séptimo aniversario de la desaparición del doctor, sin embargo, pocos en la oficina pudieron dejar de notar nuevas alteraciones en el señor Utterson. Porque de repente, aquel hombre de un ascetismo despiadado empezó a murmurar enigmas filosóficos, se quedaba mirando al vacío durante largos periodos, y se iba corriendo al final de la jornada sin preocuparse si dejaba el trabajo sin acabar o no. Y no solo eso, parece ser, sino que especulaba sobre lo que podría hacer con las riquezas que se le avecinaban, pero de repente tenía también aspiraciones románticas... porque se le había visto por la ciudad con una mujer de aspecto matronil, una viuda ostentosa que se decía que tenía un gusto especial por los hombres de riqueza



reciente.

Pues bien: así como la relación de Jekyll con el señor Hyde era la causa de gran consternación para el señor Utterson, así ese inesperado *affaire de coeur* resultó muy inquietante para mí, porque yo había contemplado al señor Utterson durante mucho tiempo como mi héroe personal, que había marcado un camino que yo estaba destinado a seguir; y en gran parte, lo que encontraba admirable en ese hombre era su decisión de desdeñar esos asuntos que tanto podían debilitar la propia resolución, y con esto me refiero a la lectura de novelas poco edificantes, el patrocinio de las artes de las meretrices y el cortejo de las damas fáciles. Durante la mayor parte del tiempo que lo conocí, el señor Utterson parecía felizmente inmune a tales fantasías, sin apreciables mermas para su bienestar... en realidad, parecía la prueba viviente de que uno puede prosperar en la vida sin manchar su corazón con el amor romántico.

«La medida de la infelicidad de un hombre es la distancia entre el lugar donde está y el lugar donde aspira a estar.» Esa perla de sabiduría, que tanto me había impresionado que la había anotado en mi diario y que murmuraba como un versículo bíblico, me fue ofrecida por el propio señor Utterson en persona en los tiempos en que felicidad e infelicidad le parecían como flores indistinguibles en un prado lejano.

Y ahora, ese hombre que no tenía tiempo para sueños parecía tan atacado por fantasías alocadas que solo podía preguntarme qué daño se habría producido en su mente. La identidad de una persona (como descubrí con mi padre) es una morada frágil, sustentada por recuerdos, creencias, preceptos y percepciones del yo espigado a través de las respuestas de otros. Pero en el caso del señor Utterson, esa morada era un auténtico palacio, con torres, cámaras y mazmorras con contrafuertes de mármol y enormes vigas de roble. Y ahora este hombre, precisamente este, intentaba reemplazar ese palacio con un castillo en el aire: ¡una quimera, un fantasma, un sueño de lo que quería ser!

Precisamente en tales abismos se cría la locura.

Ahora sería injusto, por supuesto, que yo asegurase que fueron solamente esos sueños los que volvieron loco al señor Utterson, pero yo sabía reconocer a un hombre que ya no controlaba su mente por completo. Y una vez más, junto con los otros de la firma, vi en el señor Utterson una confusión de

objetivos y una negligencia en el cumplimiento del deber, junto con un cambio notable de aspecto personal (a veces descuidado, a veces incongruentemente arreglado).

Nada se decía abiertamente aún, y no se compartían los sentimientos, más allá de alguna mirada desaprobadora, y si dirigíamos discretamente a alguno de nuestros clientes más exigentes hacia el señor Slaughter, era más por un acuerdo tácito que por una política oficial.

Las cosas llegaron a su punto álgido, sin embargo, con la imprevista reaparición del doctor Jekyll hace justamente dos semanas. De repente quedó bien claro que el señor Utterson creía genuinamente que Jekyll estaba muerto (y no solo desaparecido), y por tanto, que el reclamante de Jekyll, que parecía auténtico a todos aquellos que le vieron, y cuya explicación para su ausencia resultó altamente creíble, se convirtió a ojos del señor Utterson en un charlatán impío, un ladrón de la identidad de Jekyll, al que había que desenmascarar antes de que pusiera sus demoníacas manos en la fortuna del doctor.

Baste con decir que la errática conducta del señor Utterson rápidamente adoptó un tono más oscuro. En el trabajo estaba muy agitado, con un humor que a veces rayaba en la violencia; mostraba una descortesía intolerable con los clientes de la firma, era especialmente abrasivo con el señor Slaughter y también inusualmente prepotente con el resto del personal. Su rostro estaba blanco como la cera, tenía las mejillas hundidas, las uñas mordidas y en carne viva, el pelo parecía una hilera de plumas desordenadas, su ropa estaba manchada de vino, y al mismo tiempo confundía los nombres, olvidaba los detalles más básicos y según todas las apariencias, contemplaba sus deberes profesionales como un obstáculo para objetivos mucho más importantes. En un momento dado, me pidió que examinara dos ejemplos de escritura, convencido contra toda evidencia de que «el impostor» estaba falsificando la letra del auténtico doctor; en otro caso, me presentó dos gruesos documentos, encargándome la responsabilidad de ocultarlos, por si lo mataban o desaparecía, y en otra ocasión, la última vez que lo vi en Bedford Row, murmuró juramentos incomprensibles y luego importunó al señor Slaughter en la escalera.

Al mismo tiempo, más o menos, nos visitó el inspector Newcomen, de Scotland Yard, que nos reveló que el señor Utterson era muy conocido entre

las filas de la policía por merodear en la zona en torno al hogar del doctor Jekyll día y noche, hasta el punto de que se había convertido en una especie de deporte para los agentes locales acercarse a él sigilosamente y mantener charlas inofensivas, para averiguar qué tenía en mente. Pero Newcomen era muy remiso a adoptar acción alguna debido al lugar preeminente que ocupaba el señor Utterson en los tribunales, aunque admitía que albergaba preocupaciones sobre las facultades del hombre, desde hacía un tiempo.

De modo que el señor Slaughter convocó una reunión en la oficina y animó al personal a divulgar todas sus preocupaciones, y como caballos salvajes que llevan demasiado tiempo confinados en un establo, los empleados se regodearon en su libertad. Es justo decir que el retrato que emergió del señor Utterson era el de un hombre cuyo temperamento era solo una ligerísima fachada para un alma profundamente perturbada. Con gran pesar, por tanto, el señor Slaughter decidió pedirle al señor Utterson que se retirase unos cuantos meses, al final de los cuales se tomaría una decisión con respecto a su futuro.

El señor Slaughter se proponía enfrentarse al señor Utterson sobre el asunto *in propria persona*, pero como este último no volvió por la tarde, ni al día siguiente, se despacharon numerosas cartas a su dirección de Gaunt Street, todas ellas sin respuesta. De modo que me encargaron a mí la responsabilidad de visitar al señor Utterson para entregarle una declaración firmada informándole de la resolución de la empresa, y esperar una respuesta adecuada en el caso de que el señor Utterson decidiera no volver él mismo a las oficinas.

A mi llegada, sin embargo, me encontré al señor Utterson en tal estado de febril agitación que no quiso escucharme. Rechazando todos mis esfuerzos por hacerme oír, me arrastró al interior de la casa y me obligó a escuchar sus locas diatribas.

Acababa de volver de Escocia, decía, donde había desenterrado pruebas de que el reclamante Jekyll había estado implicado en muchos delitos sensacionales, incluyendo el asesinato. Me advertía de que yo mismo estaba lejos de encontrarme a salvo ya que «el demonio» podía acudir a mis aposentos en cualquier momento a estrangularme.

Siguió contándome lo sustancial de las cartas secretas que previamente había puesto en mi custodia, no para ahorrarme la molestia de leerlas, decía,

sino sencillamente para ayudar a explicar lo que estaba a punto de hacer. Por cierto, desde entonces he consultado esos documentos, que tengo ahora mismo a mi lado, pendientes del examen del inspector Newcomen, y me complace decir que son burdas imitaciones. Aunque pretenden ser una recreación de las cartas escritas por Henry Jekyll y Hastie Lanyon, la narración está tan trufada de expresiones que sé muy bien que son propias del señor Utterson («las provincias del bien y del mal», «una furiosa propensión al mal», «la fortaleza de la identidad») que tengo pocas dudas en identificar al señor Utterson mismo como su autor.

El caso es que aseguraba que el doctor Jekyll había preparado una bebida mágica que, no se sabe cómo, lo convertía, como a algún personaje de cuento, en el señor Hyde. Admitía que al principio fue incapaz de probar semejante cosa, debido a la ausencia de unos polvos especiales, pero ahora que le habían llegado esos polvos, cinco minutos antes de mi llegada, aseguraba, el experimento podía llevarse a cabo conmigo como testigo.

—¡Observe! —exclamó—. ¡Yo soy Satán! —y se bebió la pócima burbujeante.

Yo hice lo que pude para detenerle, pero me obligó a sentarme en una silla donde, estupefacto, vi que la fórmula hacía su efecto. Vi que el rostro se contorsionaba, se le ponían los ojos en blanco y se llevaba las manos a la garganta. Jadeó y resolló, su cuerpo se retorció, y durante escasos momentos, casi creí que en realidad estaba contemplando una transformación sobrenatural.

Pero cuando cayó de rodillas y empezó a echar espuma por la boca, supe que lo que estaba presenciando eran las convulsiones de un envenenado, y que había visto exactamente la misma reacción en un hombre que había tragado inadvertidamente veneno para ratas en Tavistock (el hombre murió poco después).

Así que salí corriendo de la casa y llamé a todas las puertas del barrio; finalmente, pude localizar a un médico y corrimos a toda prisa de nuevo a la morada de Utterson. Pero no habíamos hecho más que llegar al umbral cuando una figura pasó a toda prisa entre nosotros y salió corriendo a la calle.

Aunque al principio temí que pudiera ser un ladrón oportunista que se hubiera aprovechado al ver la puerta abierta, pronto quedó claro que la figura era la del propio señor Utterson, poseído por una fuerza maníaca. Cuando

recuperamos el aplomo y nos pusimos a perseguirle, él ya había llegado a la esquina y se dirigía hacia la City.

Rápidamente, el doctor y yo paramos un coche de alquiler y fuimos en su persecución, ganando terreno al llegar a Waterloo Bridge. Hay que reconocer que, para un hombre de sus años, el señor Utterson se movía con una agilidad considerable, saltando y brincando como un mono por encima de los obstáculos y rebotando por las paredes como una mosca frenética. Pero yo había contemplado antes este fenómeno también entre los internos del manicomio de Tavistock, que en un momento dado se escaparon y organizaron un buen tumulto en la ciudad, muchos de ellos realizando asombrosas proezas de corta duración.

Las calles, a aquella hora de la noche, estaban vacías en su mayor parte, gracias a Dios, porque no quiero ni imaginar los daños que el señor Utterson podría haber infligido si le hubiesen bloqueado el paso. Aun así, cuando fui a cogerle desde el coche, se volvió hacia mí con los ojos llameantes y un rictus en la boca, enseñándome los dientes amarillos, me lanzó una ráfaga de aliento rancio y me golpeó violentamente el brazo, y luego bajó a todo correr por un callejón sin iluminar y se alejó.

En ese momento le perdimos por completo en un laberinto de calles, y nos podríamos haber retirado o al menos haber pedido ayuda en una comisaría de policía, pero entonces una idea, o más bien una certeza, se apoderó de mí y se la transmití de inmediato al conductor del coche.

Porque solo podía haber un lugar, a la luz de su obsesión, al que se pudiera dirigir el señor Utterson... y ese era el hogar del doctor Henry Jekyll.

El corazón me latía como loco al abrírnos paso entre el laberinto de calles, esperando desesperadamente no llegar tarde (porque yo siempre había admirado al doctor, y me horrorizaba la idea de que le atacaran, y no digamos de que le mataran).

Y efectivamente, cuando llegamos a la calle de Jekyll, oímos un chillido que no parecía terrenal, medio humano y medio de bestia. La puerta del hogar del doctor estaba abierta de par en par y los residentes se habían reunido fuera. Oí una conmoción frenética seguida por el ruido de un golpe escalofriante, y cuando levanté la vista a la ventana del primer piso (lo juro por Dios) vio un chorro de sangre que atravesaba el marco de la ventana, resplandeciendo con un color chillón ante los espectadores que estábamos

abajo. Mi mayor temor era que el señor Utterson ya hubiese infligido a su archienemigo la última venganza.

Subí a saltos las escaleras hacia el estudio y vi un cuadro espantoso: cuatro hombres salpicados de sangre y diversas materias corporales. Uno de ellos era el hombre robusto que sabía que se llamaba Baxter, con una marca roja en la frente (donde, según supe después, el señor Utterson le había golpeado con su bastón); el segundo era el doctor Jekyll, que se había derrumbado en una butaca con una mano en el corazón; el tercero era Poole, de pie en medio de la habitación, sujetando entre sus manos un hacha ensangrentada, y por último, estaba el propio señor Utterson, retorcido grotescamente en el suelo.

El estado de su cuerpo, en particular el daño infligido (porque tenía un hueco en el pecho del tamaño de una cabeza de hacha) indicaban inmediatamente que la vida del desgraciado señor Gabriel Utterson había llegado a su fin.

Me costaba aceptarlo todavía, porque aunque había perdido por completo la fe en mi empleador, nunca había contemplado en serio la posibilidad de su muerte. Y además, estaba la horrorosa expresión de su rostro, que sabía que me perseguiría durante mucho tiempo: una mirada horrible, llena de furia y de dolor, más allá de toda descripción posible.

Durante un rato todos nos quedamos de pie en aquella habitación, estupefactos, y si alguien dijo algo, yo no estaba en situación de oírlo. Luego, volviendo en mí, descubrí que había entrado mucha gente, entre ellos oficiales de policía, y hubo un torbellino de movimiento mientras el cuerpo de Utterson se cubría con un sudario, y los otros se limpiaban la sangre de sus ropas, y nos vimos todos transportados, no sé cómo, porque no lo recuerdo, a una comisaría, donde nos sentamos juntos, esperando que nos interrogasen.

Y fue allí donde el doctor Jekyll conversó conmigo por primera vez desde hacía años. Tenía la voz ronca, y sus labios temblaban mientras hablaba, pero se mostraba más comprensivo que nunca. Recordaba mi nombre, incluso me preguntó por mi padre, y se disculpó profusamente por haberme atraído hacia aquel drama terrible. Admitía que, por muy conmocionado que estuviera por encontrar a Utterson culpable de unas pasiones tan violentas (por no mencionar semejantes hazañas de su imaginación retorcida) en sus días de Cambridge había conocido a un hombre muy distinto, un «chico lleno de

vida», que era efusivo, luchador, intrépido y muy aficionado a las bromas y los caprichos. Decía que la transformación, cuando llegó, fue tan súbita como completa, y aunque era difícil adjudicarla a una sola explicación, él sospechaba que tenía algo que ver con un desengaño romántico y una horripilante noche en un cementerio (ninguna de las dos cosas se preocupó de discutir las con detalle). Estaba claro, en cualquier caso, que el Utterson «tempestuoso» llevaba muchos años oculto y durmiente bajo el curtido pellejo del abogado, y que solo hizo falta la sacudida de un hecho inesperado para que tomara el mando. Lo que más lamentaba Jekyll ahora, dijo, era no haber sido capaz de diagnosticar la extensión de la enfermedad de su amigo, mientras todavía estaba en posición de rescatarlo.

Me sentí tremendamente conmovido por todo aquello, y si hubiera tenido alguna duda sobre la identidad del doctor, se habrían evaporado por completo. Porque veía que él hablaba con total sinceridad, que una lágrima se desprendía de sus ojos, y reconocí además en su noble rostro una integridad que yo sabía que era el sello inconfundible de los hombres de fiar. De modo que, aun en mi estado de agitación, fui capaz de asegurarle que las misteriosas «transiciones de personalidad» de Utterson nos habían tenido preocupados durante un tiempo, y seguí informándole de las absurdas teorías del hombre, su viaje impulsivo a Edimburgo, e incluso las cartas fantasiosas que había dejado en mi posesión, cartas que me pidió examinar en persona, antes de remitirlas a la policía, para poder satisfacer su curiosidad médica.

—Nos convertimos en niños febriles, cuando se alteran nuestros sueños —dijo; un triste epitafio, pensé yo, pero no por ello menos acertado.

De nuevo, no pude evitar sino sentir una gran piedad por el hombre, porque cuando debería estar celebrando su regreso, se hallaba sumido en el luto (no solo por el señor Utterson, su más fiel amigo, sino por otros en su círculo que por desgracia también nos habían abandonado para irse con el Señor, poco después de darle la bienvenida a casa).

El inspector Newcomen estaba también profundamente turbado cuando me interrogó, porque aunque había observado desde el principio el descenso del señor Utterson a la locura, admitía que no se había dado cuenta plenamente de lo que pasaba, y siempre había albergado la esperanza de que el abogado se recuperase. De modo que me instó a que escribiera todo lo que recordaba, en cuanto fuera capaz, porque, según dijo, «hay todavía muchas

preguntas que requieren una respuesta».

Anoche yo no podía dormir, y hoy el señor Slaughter me ha permitido no ir a trabajar para así poder ordenar mis pensamientos. He pasado mucho tiempo caminando por las calles de Londres, bajo un sol tan exuberante que los animales de los zoos de la ciudad trompeteaban y alborotaban festivamente, y de vez en cuando, una lágrima me humedecía la mejilla. Finalmente, cuando mis manos han dejado de temblar, he vuelto a casa.

Y ahora, ya avanzada la tarde, mientras me preparo para dejar ya la pluma, veo a través de la ventana a un caballero con una capa oscura que baja de un coche de alquiler junto a mi puerta: creo que es el doctor Jekyll, aunque resulta difícil estar seguro, debido a la niebla. Pero no puedo concluir esta declaración sin observar, con profunda tristeza, que aunque vivimos en una época de avances sin precedentes, de barcos de vapor, locomotoras y relojes eléctricos, y de exploradores que penetran en regiones jamás exploradas del mundo, los mayores misterios, y los mayores peligros también, siguen estando escondidos en las mazmorras de la imaginación humana. Porque mientras nuestras mentes son capaces, incuestionablemente, de cosas maravillosas y profundas, también albergan una debilidad por la envidia, los celos, los malentendidos, los delirios, las sensaciones, la racionalización, la credulidad, los caprichos más extravagantes, la distorsión de los motivos de los amigos, y la atribución a otros de los poderes del demonio, todo lo cual he presenciado de primera mano durante el extraño caso del doctor Jekyll y el señor Utterson.